

RA  
A

JUAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

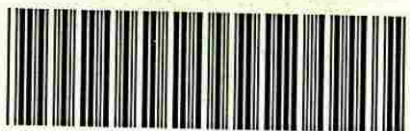
SCIA

SINUÉS

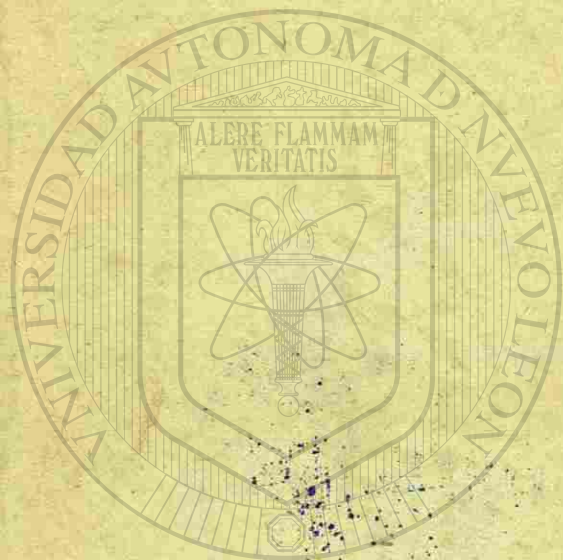


LA  
PRIMERA  
FALTA

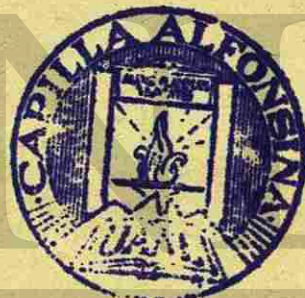
205567  
.S5  
P75



1020027439



UANL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PRIMERA FALTA

UANL

Núm. Clas. 86181  
Núm. Autor 34487  
Núm. Adg. 8  
Procedencia 8  
Precio S  
Fecha 29  
Clasificó 29  
Catalogó 29

MARIA DEL PILAR SINUÉS

LA

# PRIMERA FALTA

NOVELA ORIGINAL

NUEVA IMPRESIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
C/da. 1625 MONTERREY, MEXICO

MADRID  
LIBRERÍA GENERAL DE VICTORIANO SUÁREZ

48-Preclados-48

1908

100521

34487

863  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6765  
55  
P75

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REY  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1908.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello,  
Carrera de San Francisco, 4.

## LA PRIMERA FALTA

Aquél de vosotros que esté sin culpa, arrójele la primera piedra.

(Jesucristo.)

Sed compasivas para los extravíos de nuestro sexo, ¡oh jóvenes cristianas! Antes de acusar, pensad que detrás de la falta puede haber una terrible lucha y un profundo dolor, y delante, muchas lágrimas y una muy amarga expiación.

(LA AUTORA.—De la obra inédita *Un libro para las jóvenes.*)

El Duque de Montenegro quedó viudo cuando apenas había cumplido treinta años, con una niña que acababa de cumplir uno.

Amaba apasionadamente á su esposa, y le fué completamente imposible vivir bajo el cielo don-

863  
S.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

PQ6765  
55  
P75

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
ALFONSO REY  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID: 1908.—Est. tip. de la Viuda é hijos de M. Tello,  
Carrera de San Francisco, 4.

## LA PRIMERA FALTA

Aquél de vosotros que esté sin culpa, arrójele la primera piedra.

(Jesucristo.)

Sed compasivas para los extravíos de nuestro sexo, ¡oh jóvenes cristianas! Antes de acusar, pensad que detrás de la falta puede haber una terrible lucha y un profundo dolor, y delante, muchas lágrimas y una muy amarga expiación.

(LA AUTORA.—De la obra inédita *Un libro para las jóvenes.*)

El Duque de Montenegro quedó viudo cuando apenas había cumplido treinta años, con una niña que acababa de cumplir uno.

Amaba apasionadamente á su esposa, y le fué completamente imposible vivir bajo el cielo don-

de reposaba su cadáver, al menos en tanto que su dolor era vivo y profundo. Salió, pues, de Madrid, y se dirigió á París con su hija, la nodriza de ésta y su ayuda de cámara de confianza.

Se apeó en el gran Hotel del Louvre, y después se ocupó de buscar una casa que encontró en la bella y suntuosa calle de Rívoli; la hizo amueblar con elegancia, y se instaló en ella, montando su interior con esplendidez y tomando algunos criados más, dos carruajes y dos caballos de silla.

El Duque era rico, ó mejor dicho, opulento; tenía, si no un talento luminoso, el necesario para saber vivir, y un barniz de buena sociedad tan exquisito y delicado, que hacía de él un tipo de la primera y más alta distinción.

Había viajado mucho de soltero y residido en París y en Londres, y era tan admirador de la capital de Francia, que sólo el placer de estar en ella mitigó considerablemente el dolor de su reciente viudez.

En París volvió á encontrar á sus amigas, á sus amigos, el club, los teatros, las carreras de caballos, todo lo que le había encantado en otro tiempo. La Duquesa María, tan joven, tan hermosa, tan buena, tan adorable, que dormía en el cementerio de San Luis de Madrid y en un suntuoso mausoleo de mármol blanco, quedó casi olvidada en el corazón de su marido cuando apenas se cumplían seis meses de la estancia de éste en París.

Había, sin embargo, una persona que se acordaba de ella cada día más; y ésta era la nodriza de la niña, que comprendía lo que valía aquella joven angelical.

A cada desorden de los criados, á cada gran comida de hombres solos que daba el Duque, la severa Agueda exclamaba:

—¡Ah! ¡Si viviera la señora!...

—¿Qué haría?—le preguntó un día un criado.—¿Regañaría? ¿Tan huraña era?

—¡Huraña! Era un ángel sin alas—respondió Agueda.—No desplegaría los labios; pero es el caso que tampoco tendría por qué, pues no sucedería lo que sucede: el señor Duque llevaría una vida más arreglada, y vosotros también.

—Y no estaríamos aquí.

—Vendrían otros criados.

—¿Mejores que nosotros? ¡No sería cosa fácil!

—¡Pues no había de ser! Y además, que vosotros seríais mejores al verla y al oirla. Mi marido era un demonio en carne humana: la señora Duquesa nos llevó á los dos á su casa, á él de criado y á mí para criar á su hija. Pues bien: mi marido, con todas sus diabluras, se volvió tan manso como un cordero sin más que oír los buenos consejos que ella le daba. ¡Oh, la señora tenía la miel en los labios y la sabiduría en el alma!

El tierno recuerdo que Agueda guardaba de la Duquesa, fué transmitido á la pequeña Cristina



desde que ésta pudo comprenderla, y la niña conservaba de su madre una memoria llena de ternura y de entusiasmo.

Decidido el Duque de Montenegro á no volver á Madrid, vendió todo cuanto tenía y se instaló en París para siempre, proponiéndose, no obstante, pasar algunas temporadas viajando por puro recreo ó para tomar baños.

Entre las mujeres á la moda que trataba, halló por fin una que fijó irrevocablemente su atención y de la que se enamoró con locura.

Era una gran señora rusa, y notorio es que pocas como las rusas saben ser grandes señoras.

La que cautivó al Duque, que no era otra que la Princesa Fedora Kernok, había enviudado hacía ya seis años, y vivía en compañía de una niña encantadora, que nació después de morir su padre; era inmensamente rica y en extremo hermosa: su tez, algo morena, al contrario que la de casi todas sus compatriotas, la hacía parecer, más bien que una mujer del Norte, una hija del Mediodía; sin embargo, tenía los grandes ojos azules de las rusas, su nariz perfecta, su rosada boca y sus dientes de perlas, así como su elegante estatura y sus delicadas manos.

Cejas, pestañas y cabellos negros acababan de dar á la Princesa de Kernok un aspecto deslumbrador y que atraía tanto como encantaba.

La ví por primera vez en un baile que daban los Embajadores de Inglaterra, y fué tal el ascen-

diente que alcanzó sobre mí, que ya no pude separar de ella los ojos.

Su traje era rico y sencillo: se componía de un vestido de gro de Nápoles, blanco, sin más adorno que un magnífico encaje de Inglaterra, recogido en ondas con broches de perlas; gruesas perlas ceñían su garganta y se enredaban entre sus negros cabellos.

Pero más que su belleza tranquila y, sobre todo, inteligente, me llamó la atención la distinción de sus maneras; distinción tan completa y tan noble, que jamás, ni antes ni después, he visto otra que con ella se pudiera comparar.

Hablaba con el Duque de Montenegro, quien, á pesar de ser hombre de mundo, acostumbrado á vencer sus emociones, no podía ocultar la violenta pasión de que estaba poseído y que se advertía en todas sus acciones.

Fedora contaba ya treinta y cuatro años, porque había estado casada durante doce sin tener ningún hijo: así es que la única hija que le había dado Dios para consuelo de su viudez, era para ella el objeto de una ardiente idolatría.

Tenía un hermano muy joven entonces, que vivía en Londres con un opulento tío suyo, hermano de su madre.

Aquella seductora mujer cautivó al Duque por todas las maneras con que se puede cautivar á un hombre: le era muy superior en talento, instrucción y trato social. Su esposo, gran diplomático, la

había hecho frecuentar, desde la época de su casamiento, la sociedad de los hombres más distinguidos de todas las naciones, pues había desempeñado varias veces la Embajada de Rusia en París: así es que Fedora hablaba seis idiomas y estaba al corriente de todas las cuestiones de alta importancia política.

El afecto del Duque pareció interesarle, más por lo profundo y sincero, que porque halagase su vanidad, en razón á que habían sido solicitados su cariño y su mano por los primeros personajes célebres del mundo. Sin embargo, fuerza es decir que en ninguno de éstos había hallado la afección ciega y constante, el culto que le dedicaba Montenegro: el amor de éste era el más verdadero, el más apasionado, el más capaz de sacrificios que ella había hecho sentir en su vida.

El Duque le habló de matrimonio; pero la Princesa meció negativamente la cabeza, y respondió:

—No quiero dar á mi casa un jefe que no sea el padre de mi hija, ni á su hija de usted, amigo mío, una mujer que ejerza autoridad sobre ella sin ser su madre: seré, pues, su amiga de usted, pero no su esposa.

—¡Ah, Fedora! ¡veo claramente que usted no me ama!—exclamó el Duque.

—Confieso á usted que no me ha inspirado una pasión ardiente y exclusiva; pero le tengo cariño y aprecio sus buenas cualidades.

—¡Y yo amo á usted como un loco!

—Ya lo sé y se lo agradezco; pero ámeme usted un poco menos para que pueda amar á su hija un poco más; imíteme usted: yo amo á mi Diana un poco más que á usted.

—¿Cree usted que su hija sería conmigo desgraciada?

—No por cierto; pero así será más dichosa.

El Duque tuvo, pues, que contentarse con lo que le concedían, y aunque no era mucho, se consideró tan feliz, que toda su vida fué poca para consagrarla al amor de la Princesa.

Ésta pidió que le llevasen á Cristina, á la que tomó y acarició con ternura, teniéndola en su regazo.

—¡Pobre niña sin madre!—exclamó contemplándola con tristeza.—Si yo no lo fuera, tú serías mi hija; pero no quiero ser madre más que de mi Diana. Sin embargo, quiero que seas su amiga y la compañera de sus juegos; su hermana, en lo posible.

Llevaron, pues, á Cristina á casa de la Princesa todos los días, y á no ser porque cada noche iba á dormir á la de su padre, hubiera podido creerse aquélla al lado de su madre y de su hermana.

Había entre las dos niñas notables diferencias, así físicas como morales.

Cristina era más hermosa que la hija de la Princesa: su tez, blanca como el nácar, hacía un contraste deslumbrador con sus ojos negros y rasga-

dos; no tenía los cabellos negros, sino de un armonioso color castaño; sus cejas y pestañas de color obscuro y el sonrosado de sus mejillas, acababan de dar tal realce á su hermosura, que se quedaban los ojos suspensos al contemplarla.

Diana era blanca y rubia; pero sus facciones carecían de regularidad: el mayor encanto de su fisonomía era una expresión de inalterable y plácida dulzura; su boca era grande, y su dentadura desigual y defectuosa, al paso que la boca de Cristina era una gruta de coral y perlas.

En lo que toca á su parte moral, Cristina era impresionable, soñadora, sensible hasta lo infinito. Altiva é impetuosa, dotada de un alma ardiente, la vista de un día risueño la alegraba, y los días nublados la sumergían en una profunda melancolía; su imaginación era tan viva, que jamás podía estar un instante ociosa; adoraba la lectura y la necesitaba, pues si no alimentaba su cabeza, se consumía con extrañas y quiméricas visiones.

Diana era más dulce, más apacible de carácter, porque sentía con mucha menos vehemencia; más igual y más prosáica, parecía nacida de padres pobres, pues todo le agradaba, todo la divertía, su apetito era inmejorable y su humor el más alegre.

Diana reía á carcajadas por la causa más leve.

Cristina no se reía nunca y sonreía pocas veces, descubriéndose siempre en su sonrisa un tinte de melancolía.

Diana estaba organizada para ser dichosa.

Cristina estaba dotada de un temple de alma el más propio para ser infeliz.

Por lo demás, las dos niñas se amaban tiernamente, y Cristina era amada con pasión por su padre y con verdadero cariño por la Princesa, que era la primera en compadecerla y en procurar calmar su sensibilidad con la prosa de la vida.

Del cariño que Agueda profesaba á la niña no hay más que decir que aquélla se hubiera dejado matar por evitarle un dolor de cabeza, y que miraba con una especie de orgullosa vanidad sobresalir la hermosura de su Cristina al lado de todas las niñas de su edad, como la rosa sobresale entre todas las flores de un jardín.

Cristina creció, pues, entre caricias y cuidados: todos la amaban. Diana no podía estar sin ella, y, por encargo de su madre, le daba el dulce nombre de hermana; vestían iguales, y juntas hicieron la primera Comuni6n.

El amor del Duque á la Princesa fué degenerando en una apacible amistad. Los años, según costumbre, enfriaron aquel sentimiento tierno, vivo y exclusivo, porque nada es comparable, para el remedio de las pasiones, al transcurso del tiempo; pero el afecto á que se redujo la que el Duque sentía, si bien más puro y más frío, siguió siendo hasta la muerte profundo é inalterable, como no podía menos de suceder tratándose de una mujer tan superior como la Princesa.

Por lo que á ésta toca, su corazón cambió poco respecto al Duque; pues el afecto que le dedicaba jamás había sido otra cosa que una amistad acendrada, pero tranquila.

La vida de las dos niñas era feliz y apacible, y se deslizaba como las aguas azules de un lago. A las ocho de la mañana en el buen tiempo, y á las nueve en la estación más rigurosa, llegaba Cristina acompañada de Agueda á casa de la Princesa, que era uno de los magníficos palacios del Faubourg Saint-Germain; la berlina obscura que las conducía se volvía á la *rue Rivoli*, y las dos permanecían hasta la noche en casa de la Princesa, pues conociendo ésta el cariño de Agueda por Cristina y sabiendo que nadie podía cuidar mejor á las dos niñas, había ordenado á la nodriza que se quedase allí siempre.

Cristina iba vestida de una bata muy sencilla. Entraba en el dormitorio de Diana, saltaba sobre su lecho y la despertaba con un abrazo y un beso; saltaba aquélla de la cama, se envolvía en un peñador y ambas entraban en el gabinete de tocador, donde las peinaba la camarera de Diana.

El guardarropa de Cristina era igual al de su amiga, y las dos tenían todos sus vestidos en una espaciosa sala, situada dentro del gabinete de tocador. La Princesa mandaba hacer perfectamente iguales los vestidos y sombreros para ambas niñas.

Acabado el tocador iban á desayunarse, y lue-

go entraban á ver á la Princesa, quien, después de vestida, pasaba una hora recostada en un sofá hablando con las niñas; hasta la hora del almuerzo, que era la una, se ocupaba el tiempo con el maestro de inglés, con el de música y el de dibujo; en seguida estudiaban un poco y se dedicaban á alguna labor de aguja hasta la hora del paseo; después de la comida, á la que siempre asistían dos ó tres personas de la intimidad de la Princesa, pasaban al salón para tomar el café, y las jóvenes cantaban acompañándose alternativamente, y se entregaban después á su labor de tapicería.

La noche que la Princesa iba al teatro la pasaban solas, y únicamente las acompañaba un rato á última hora el Duque, que con este fin dejaba la ópera ó la comedia. Estas noches eran las más felices para Diana y Cristina, pues estudiaban, discutían, leían versos en voz alta y hablaban con toda libertad de mil tonterías propias de sus cortos años.

Algunas veces decía Cristina:

—¿Vamos á hacer castillos en el aire, Diana?

—Vamos—respondía ésta.—Yo quiero que mi madre viva siempre, aunque sea muy anciana; que me toque en suerte un buen marido, amable y complaciente, que me compre lindos trajes y me lleve á los bailes, á los teatros, á las corridas de caballos y al bosque; y tú, ¿qué deseas?

—¿Yo? Un castillo solitario á orillas del mar; un esposo amante, enamorado, que se siente á mis

pies, á la luz de la luna, y diga versos que componga para mí; quiero también una barca para pasear al pie del castillo con el amado de mi corazón, sola con él y reclinada en su hombro, en tanto que entona una canción de amor.

—¡El mar! ¡Un castillo solitario! ¡Pasear en una barca!—exclamó Diana estupefacta la primera vez que oyó estas cosas;—¡pero eso es muy feo! ¿No vale más tener un espléndido palacio en la avenida de la Emperatriz, que es un sitio tan divertido? ¡Un palacio de esos cerrados con una hermosa verja de hierro, y cuyo parque está lleno de macetas con arbolitos enanos! ¿No vale más que la barca una buena y cómoda berlina, y en vez de un poeta lánguido y amarillo, que suspire versos al oído, un buen mozo que sepa galopar, que ría y que sea divertido?

—No puedo sufrir á los hombres alegres, ni tampoco á los hombres felices.

—Pues ¿cómo los quieres? ¿Desgraciados?

—Sí: desgraciados y tristes. Cuanto más melancólicos, mejor.

—Pero ¿por qué? Un hombre triste sólo puede estarlo, ó por ser muy pobre, en cuyo caso no te lo darán para marido, ó por ser perseguido, lo que indicará que no es muy bueno, y tampoco te convalidará casarte con él.

—Puede ser perseguido é inocente á la par.

—¡Qué tonterías! Desengáñate, que el que sólo atiende á su casa y á los negocios, no es perse-

guido ni molestado; y luego un hombre preocupado no ama á su mujer como debe.

—Yo no le quiero preocupado, sino triste.

—¿Triste sin motivo? Entonces será un tonto ó un hipocondriaco insoportable. ¡Tal vez te querrá tener encerrada como una monja!

Cristina quedó pensativa y como buscando frases que diesen á entender á su amiga lo que ella quería decir; después, sacudiendo su bella cabeza, le tomó la mano y le dijo con dulzura:

—Yo no sé cómo explicarme, mi amada Diana. Mira: yo no quiero para esposo ni un perdido ni un hipocondriaco, como tú dices, sino un hombre que sea sensible, que tenga mucho talento y que sea poeta, pues así será algo melancólico; quisiera que hubiera sido desgraciado, que hubiera sufrido muchos desengaños, porque de este modo me amaría con locura única y exclusivamente, como al ángel de su redención.

—Vamos—dijo Diana tras de algunos instantes de reflexión,—tú lo que quieres es un romántico, un pollo lánguido y sentimental. Pues, amiga, á mí no me gustan los pollos de ninguna manera.

—Ni á mí tampoco—respondió Cristina:—prefero á un pollo un hombre ya marchito; aunque tenga cuarenta años, no me importa; pero ha de ser de buena figura.

—¡Entonces será un hombre grave, que ya no hará versos! Vamos á ver, ¿te gustaría el Marqués de Montbar?

—¡Sí!—dijo Cristina á media voz y ocultando su semblante, lleno de rubor, en el seno de su amiga.

Esta la miró sorprendida.

—¡Qué! ¿Pensabas en él cuando me hacías la descripción del hombre que te gustaba?

—Sí por cierto.

—¡Pero es viudo! ¡Si tiene una hija casi de nuestra edad! Julia, ya la conoces.

—Lo sé; y sé, además, que fué muy desgraciado con su primera esposa.

—Así lo he oído yo decir también. Ella le detestaba, porque la casaron á la fuerza y amaba á otro; y le detestaba tanto, que se mató arrojándose al estanque de su jardín, á los quince días de haber nacido Julia. ¡Qué espantosa historia!

—Y bien—observó Cristina tomando de nuevo la mano de su amiga,—esa espantosa historia es lo que me hace tan interesante al Marqués de Montbar: yo sabría hacerle olvidar, á fuerza de ternura, el odioso desamor de aquella mujer.

—¡Y tienes quince años y él cuenta ya treinta y ocho! ¡Qué! ¡si nos trata como á niñas y nos trae dulces!

—Y, sin embargo, le amo.

—¡Ay, Dios! ¿Y cómo haremos para que lo sepa?—exclamó Diana.—Diselo á mi mamá y arreglará tu boda.

—¿Yo? ¡Jamás!—repuso Cristina.—¡Qué vergüenza! ¡Antes morir!

—¿Quieres que se lo diga yo?

—Diana—dijo agitada la joven española,—escúchame: si me amas, si en algo tienes mi reposo, nada digas á nadie de la confesión de mi amor. Sea un secreto que se quede entre las dos. ¿Me lo prometes?

—Sí—contestó la joven;—pero ¡qué importa que lo supiera mi mamá! En quince días arreglaba tu boda.

—Si dijeras una sola palabra, me moriría de vergüenza—exclamó Cristina.—Calla, calla por piedad, ó me arrepentiré de haberte hecho esta triste confidencia.

El Duque, que entró en aquel instante, interrumpió la conversación de las dos niñas, á las cuales abrazó con las mismas señales de ternura.

—¿Se ha tomado ya la colación, señoritas?—preguntó sentándose entre las dos en un canapé.

—Aún no,—dijo Cristina.

—Pues que la traigan. Me daréis algo, y yo, en cambio, os daré una nueva muy agradable.

—¡Qué, Duque! ¿Vas á cenar con nosotras?—exclamó gozosa Diana;—¡qué gusto! Nos contarás un cuento de los que tanto me hacen reír.

Dicho esto, la niña fué á tirar de la campanilla, y Agueda se presentó, pues se hallaba á la puerta, como un cancerbero, para no dejar pasar ni aun á los criados.

—Que nos sirvan—ordenó Diana,—con tres cubiertos y aquí mismo. El señor Duque nos acompaña.

—¡Eh! prepara el cuento—prosiguió la heredera de Kernok, echando sus brazos al cuello de Montenegro,—y que sea bonito.

—Esta noche no hay cuento—repuso el Duque;—pero allá va la noticia: mañana ha decidido tu madre llevaros al teatro; ¡y á qué teatrol... A la Grande Ópera, á su palco y vestidas de gran *toilette*; es decir, mañana hacemos una semipresentación de vosotras en el gran mundo.

Los criados trajeron una mesita ya servida, en la que había té, dulces, pastas y chocolate á la española para Cristina: era un refrigerio que la Princesa mandaba servir todas las noches á las niñas, pues decía que á la edad en que se crece, se necesita alimento para dormir bien.

El Duque tomó de todo, y cuando hubo acabado, le dijo Diana con su natural alegría:

—Lleva á mamá estos dulces, y dile que esa noticia no nos va á dejar dormir de placer.

—Papá—añadió Cristina,—esta noche me quedaré aquí para que hablemos de nuestros trajes.

—¿Es poco todo el día de mañana?—preguntó sonriendo el Duque.

—Es poco, muy poco—repuso Diana.—Dormiré en mi alcoba, y así hablaremos toda la noche del acontecimiento que nos espera.

—Julia irá también para acompañarnos—advirtió el Duque.—La Princesa se lo ha hecho ofrecer así al Marqués de Montbar.

—¿Y él irá?—preguntó Diana.

—Irá, y con algunos otros amigos. ¡No nos faltarán visitas!

El Duque, después de haber besado de nuevo á las dos jóvenes, salió lleno de alegría y de satisfacción.

Puede suponerse que Diana y Cristina no cerraron los ojos en toda la noche.

A la una volvió la Princesa de la Ópera, y entró á darles un beso, según acostumbraba á hacerlo cada noche con su hija, que jamás la veía, por estar completamente dormida.

—¡Cómo! ¿Os ha desvelado la gran noticia?— preguntó Fedora sonriendo.—De modo que debiendo acostaros á las once, estaréis desmayadas. Os servirán, como á mí, un vaso de leche, y lo tomaré con vosotras.

La camarera de la Princesa trajo los tres vasos, y cada una bebió el suyo; las jóvenes querían preguntar alguna cosa y no se atrevían.

—Llevaréis vestidos blancos, de gasa — dijo Fedora, —con transparentes de tafetán blanco; en los cabellos una sola rosa cada una, blanca también, y otras dos en los hombros; los cinturones serán blancos y cerrados, en vez de hebilla, con otra rosa: así estaréis muy bonitas. Julia irá vestida del mismo modo, pues la modista le hace el traje igual al vuestro; sólo que no le sentará tan bien, porque es muy morena. La pobre niña no puede lucir vuestras gracias ni vuestro talle, y yo



le compraría, á cualquier precio, un poco de la belleza que le falta para mañana por la noche. ¡Cuánto va á sufrir esta criatura al veros á las dos! Pero ¿qué hacer? Es un mal que no tiene remedio.

—En verdad, mamá—dijo Diana,—que siempre que veo á la pobre Julia, experimento un sentimiento de pena que casi me trae lágrimas á los ojos.

—¿Pues qué tiene?—preguntó sorprendida Cristina.

—¡Qué! ¿No has reparado que es bastante jorobada?—observó Diana.

—No—repuso Cristina:—no la he visto más que una noche en carruaje. Salía del teatro, y ya había subido á él, con su padre, cuando nosotras pasábamos, y mi papá, que nos acompañaba, mandó que se detuviera nuestra carretela para hablar al Marqués: es la única vez que he visto á la señorita Julia de Montbar, y, como estaba sentada, no pude distinguir su talle.

—Pues es muy deforme, ya lo verás,—afirmó Diana.

—No le faltaba más que eso á su pobre padre para ser desgraciado—dijo con un suspiro la Princesa:—¡una hija sola y verla así! Pero adiós, hijas mías: dormid con tranquilidad hasta mañana, sin pensar más que en que vais al teatro, porque si descubro ojeras en vuestras caritas, desistiré de un proyecto que tengo.

—¿Cuál, cuál?—preguntaron á la vez ambas jóvenes.

—No quiero decíroslo, porque sería quitaros completamente el sueño.

—¡Ah, señora!—exclamó Cristina.—Más lo perderemos pensando en cuál podrá ser ese proyecto y procurando adivinarlo.

—¡Sí, mamá! ¡Dilo, por Dios!—añadió Diana.

—Allá va, pues, queridas tiranas—dijo la Princesa.—Mañana hacéis en el mundo una media aparición, y dentro de quince días daré un baile para presentaros completamente en él: tenéis ya diez y seis años la una y quince la otra, y es preciso que os vayáis dando á conocer.

La promesa del baile hirió á las dos niñas de una sorpresa tal, que ni una ni otra dijeron una sola palabra. Cristina fué la primera que se repuso, y exclamó con profundo asombro:

—¡Un baile!

—¡Estaremos en un baile!—repitió Diana uniendo las manos.

—¡Eh! á dormir—dijo la Princesa besando tiernamente á la señorita de Montenegro;—á dormir—repitió abrazando á Diana:—si las fiestas os causan demasiada sensación, habrá que renunciar á ellas.

La noble y encantadora dama tomó la palmaria de plata, que había traído en la mano, y volvió á su habitación, que era espaciosa, magnífica, llena de suntuosidad como la de una reina.

Sentóse en un sillón, y apoyando la mejilla en la palma de su blanca y aristocrática mano, quedó pensativa.

—En el mundo—se dijo,— los mayores triunfos van á ser para la belleza de Cristina, que es tan sobresaliente, tan perfecta, tan encantadora; su hermosura hará palidecer la gracia sencilla de mi hija... ya sé todo esto de antemano... ¿Qué comparación hay entre una y otra? Ninguna, y Cristina lleva todas las ventajas; pero ¿qué importa? En cambio, mi hija está dotada, gracias al cielo, de un organismo mucho más propio para ser feliz que esa pobre niña, para la que preveo, á pesar de los dones de la fortuna y de la belleza que le ha prodigado la suerte, un porvenir muy triste. ¡Si pudiéramos encontrar pronto para ella un buen esposo, tierno, grave y previsor, que contuviese, con una realidad agradable, su imaginación de fuego! ¡Quiéralo Dios y hágalo en su bondad, como fervorosamente se lo pido! En cuanto á mí, creo que he sido para ella una tierna y amorosa madre, y que, á faltarle yo, sería mucho más desgraciada.

La Princesa se arrodilló en su magnífico reclinatorio de terciopelo carmesí, coronado por una imagen del Salvador, y uniendo las manos, rezó con fervor las oraciones de la noche.

Las jóvenes se durmieron al fin, pero muy tarde, y despertaron ya muy entrado el día.

Este se pasó en hablar del acontecimiento de la

noche; en contemplar los vestidos que trajo la modista, y las rosas blancas elegidas por la misma Princesa en el salón de Guelot, el rey de las flores artificiales, y en pro barse los zapatos y los guantes.

Un peluquero de gran fama entre la aristocracia fué á peinar á Diana y á Cristina, y colocó sus cabellos del modo más á propósito para hacer resaltar la gracia juvenil de sus fisonomías, y de una manera á la par sencilla y artística, bajo la inspección de la Princesa.

Los largos cabellos rubios de Diana daban vuelta á su cabeza en dos espesas trenzas, que le formaban como una rica diadema de oro.

Los cabellos castaños, sedosos y naturalmente ondulados de Cristina se agrupaban en gruesos bucles sobre su frente, descendiendo por su cuello algunos más largos, que iban, según sus movimientos, á caer sobre su espalda.

Después de la comida, se vistieron; y cuando entraron, asidas del brazo, en el salón donde las esperaban la Princesa, el Duque y dos ó tres amigos de éste, todos dejaron escapar un grito ó una exclamación de sorpresa.

Diana estaba fresca y bonita como una rosa de Mayo; pero Cristina se asemejaba á Venus al salir de la espuma de las aguas, pura, virginal, inmaculada todavía.

Su estatura era mayor que la de su amiga, y á pesar de la endeble esbeltez de sus quince años,

era tal la perfección de sus delicadas formas, que lo que dejaba ver de sus hombros, espaldas y pecho el casto escote de su traje, parecía hecho á torno.

El color castaño subido de su espléndido cabello y sus grandes ojos negros, coronados de cejas y guarnecidos de pestañas negras, hacían resaltar la pureza de su alabastrino cutis, que parecía bruñido y mate como el nácar; la emoción había teñido sus mejillas de un color de rosa más subido que el de costumbre; y su frente, cubierta á medias por la rica masa de sus cabellos; su nariz, de dibujo griego, y su boquita de rosa, daban á su rostro esa expresión sublime que nos arrebató en las Vírgenes de Murillo.

—¡Dios mío! ¡Qué hermosa estás! —exclamó la Princesa, que, á pesar de figurarse en su mente cómo estaría Cristina engalanada, sintió una sorpresa dolorosa como madre.—Acércate para que te vea... Me has dejado deslumbrada, pues jamás te había creído tan bella.

—¡Y qué! —observó el Duque tomando á su vez á Diana por la mano y llevándola cerca de las bujías, —¿no está también ésta encantadora! ¡Mire usted qué ojos azules, qué talle, qué cabellera, y, sobre todo, qué aire noble y distinguido!

—También estás tú muy bonita, hija mía —dijo la Princesa.—Estoy contenta de vosotras. Ahora me toca á mí... mirad mi traje.

Las dos jóvenes dejaron escapar un grito de asombro.

Fedora llevaba un vestido de color de rosa pálido, con una cola tan espléndida como la de una reina, y masas de brillantes radiaban en sus cabellos, brazos y garganta; mas á pesar de ser tantas las joyas y valer una suma fabulosa, había presidido á su forma y colocación un gusto tan inteligente y exquisito, que parecía no sobrar ni una sola, y que la belleza de la gran dama las necesitaba todas como homenaje más bien que como ornamento.

La madre estaba también más hermosa que la hija, con su alta estatura, su blancura de marfil y sus cabellos negros; un velete de encaje blanco iba sujeto en ellos con una magnífica corona de brillantes, y caía cerca del talle.

—Ya es hora —dijo mirando al reloj de la chimenea.—Iremos las tres en mi berlina con uno de estos señores; y usted, Duque, se acomodará con los demás en otro carruaje. Llegaremos cuando se haya empezado, y esto basta para que no aparentemos una ridícula prisa de exhibir á estas niñas.

Cantábase aquella noche la *Norma*, del inmortal Bellini, y el acto primero tocaba á su fin cuando entraron en su palco la Princesa y las dos jóvenes.

El Marqués de Montbar se hallaba ya en él con su hija.

era tal la perfección de sus delicadas formas, que lo que dejaba ver de sus hombros, espaldas y pecho el casto escote de su traje, parecía hecho á torno.

El color castaño subido de su espléndido cabello y sus grandes ojos negros, coronados de cejas y guarnecidos de pestañas negras, hacían resaltar la pureza de su alabastrino cutis, que parecía bruñido y mate como el nácar; la emoción había teñido sus mejillas de un color de rosa más subido que el de costumbre; y su frente, cubierta á medias por la rica masa de sus cabellos; su nariz, de dibujo griego, y su boquita de rosa, daban á su rostro esa expresión sublime que nos arrebató en las Vírgenes de Murillo.

—¡Dios mío! ¡Qué hermosa estás! —exclamó la Princesa, que, á pesar de figurarse en su mente cómo estaría Cristina engalanada, sintió una sorpresa dolorosa como madre.—Acércate para que te vea... Me has dejado deslumbrada, pues jamás te había creído tan bella.

—¡Y qué! —observó el Duque tomando á su vez á Diana por la mano y llevándola cerca de las bujías,—¿no está también ésta encantadora! ¡Mire usted qué ojos azules, qué talle, qué cabellera, y, sobre todo, qué aire noble y distinguido!

—También estás tú muy bonita, hija mía —dijo la Princesa.—Estoy contenta de vosotras. Ahora me toca á mí... mirad mi traje.

Las dos jóvenes dejaron escapar un grito de asombro.

Fedora llevaba un vestido de color de rosa pálido, con una cola tan espléndida como la de una reina, y masas de brillantes radiaban en sus cabellos, brazos y garganta; mas á pesar de ser tantas las joyas y valer una suma fabulosa, había presidido á su forma y colocación un gusto tan inteligente y exquisito, que parecía no sobrar ni una sola, y que la belleza de la gran dama las necesitaba todas como homenaje más bien que como ornamento.

La madre estaba también más hermosa que la hija, con su alta estatura, su blancura de marfil y sus cabellos negros; un velete de encaje blanco iba sujeto en ellos con una magnífica corona de brillantes, y caía cerca del talle.

—Ya es hora —dijo mirando al reloj de la chimenea.—Iremos las tres en mi berlina con uno de estos señores; y usted, Duque, se acomodará con los demás en otro carruaje. Llegaremos cuando se haya empezado, y esto basta para que no aparentemos una ridícula prisa de exhibir á estas niñas.

Cantábase aquella noche la *Norma*, del inmortal Bellini, y el acto primero tocaba á su fin cuando entraron en su palco la Princesa y las dos jóvenes.

El Marqués de Montbar se hallaba ya en él con su hija.

Al entrar los recién llegados, padre é hija se levantaron, y Cristina pudo ver la deformidad de que le habían hablado.

Julia de Montbar era de muy poca estatura, aun para sus catorce años; su carita morena, dulce é inteligente, no presentaba ningún carácter de belleza; tenía una hermosa cabellera negra y ojos negros también, muy tristes y llenos de una inefable dulzura.

Se conocía que aquella niña era de salud delicadísima, y que más tarde ó más temprano debía morir de una enfermedad de pecho.

Nada de esto, sin embargo, hubiera atraído sobre ella la atención: lo que la fijaba de una manera tan triste como invencible, era la desigualdad del lado izquierdo de su espalda, que presentaba una prominencia extraordinaria.

Sus bracitos muy flacos y muy morenos, su cuello más moreno todavía, su cara huesuda ya y enflaquecida, ofrecían tal contraste con la pura y dulce belleza de Cristina, á cuyo lado se hallaba sentada, que parecía aún más fea de lo que lo era en realidad.

Su padre lo comprendió así, y la miró con desgarradora tristeza; pero ella, como si hubiera leído lo que pasaba en el alma del Marqués, le sonrió con una inefable expresión de dulzura y de conformidad.

El traje de Julia era igual al de las otras jóvenes; pero no presentaba ninguna gracia en su cor-

te y forma, causa del mísero cuerpo que encerraba.

Cristina, que era dulce y afectuosa, empezó á hablar á Julia así que cayó el telón; en tanto que Diana, deslumbrada, embriagada de alegría y de placer, pasaba revista á los trajes y adornos de todas las damas.

—¡Qué hermosa está esa criatura!—dijo en voz baja el Marqués á Fedora, señalando á Cristina. —No hay en todo el teatro una joven con quien poderla comparar.

Cristina oyó estas palabras, y, volviéndose, envió al Marqués una brillante y tierna mirada de elocuente gratitud.

Mr. de Montbar palideció y se quedó con los ojos fijos en el rostro encantador de Cristina.

La mirada que le habían dirigido estaba llena de amor, ó él estaba loco.

Después de algunos instantes de silencio, se acercó á la joven y le dijo:

—Estaba haciendo notar á la Princesa la belleza de usted, señorita: verdaderamente es arrebatadora.

—¿Le parece á usted así?—preguntó la joven turbada.

—Sí, señorita.

—¡Tanto mejor!—repuso Cristina en voz baja.

—¡Qué! ¿tiene usted en algo mi voto?

—¡En mucho!

Y Cristina volvió á mirar al Marqués con la

candidez y lealtad que se advertía en todas sus acciones y que residía en su alma.

El Marqués guardó silencio, turbado, conmovido de una manera desconocida.

Sentado detrás de Cristina, contemplaba su hermosura, la gracia esbelta de su espalda y cuello, gallardía de su virginal cabeza, y se preguntaba si era verdad lo que le decían los ojos de la joven, ó si sólo era una loca ilusión que él se había forjado.

No obstante, al llegar en el acto segundo al duo de Polión y de Adalgisa, en el bosque, aquella música ardiente, apasionada y voluptuosa hizo palpar con fuerza el corazón de la española; el rubor subió á sus mejillas, las lágrimas á sus ojos, y, dominada por una emoción profunda, exclamó volviéndose al Marqués de Montbar:

—¡Oh, qué bello debe ser verse amada así!

El Marqués la miró en silencio, y aquella mirada expresiva y triste hizo palidecer de súbito á la joven.

El Marqués volvió á preguntarse si soñaba; pero ya no había lugar á la duda: la fisonomía de Cristina hablaba demasiado claro, sin saberlo ella, que, en su inocencia, ignoraba con cuánta fidelidad asomaban á su rostro las impresiones de su alma.

Mr. de Montbar quedó toda la noche pensativo y silencioso; no miró á nadie: sentado detrás de la española, ora escuchaba la arrobadora música

de Bellini, ora aplicaba lo que oía á la expresión del rostro de Cristina, y se preguntaba si acaso se había engañado acerca de lo que pintaba.

En vano la Princesa le dirigió la palabra algunas veces: el Marqués le respondía; pero al instante volvía á caer en su distracción.

Las jóvenes fueron el objeto de la admiración general. Diana era una de las más ricas de Francia, y aun de Rusia, donde había nacido y donde las fortunas son las más colosales del mundo; el salón de su madre era uno de los centros más estimados de la aristocracia; la belleza de Fedora, proverbial en la alta sociedad de París, no menos que su talento y la distinción de sus hábitos y maneras: todas estas circunstancias hacían de la aparición en el mundo de la joven rusa un verdadero acontecimiento.

Su compañera, aunque no tan rica, era tan hermosa, y asimismo de una clase tan elevada, que aparecía como una nueva estrella en el cielo del matrimonio.

Sólo la pobre Julia se hallaba olvidada de todos, y aunque ocupaba uno de los sitios más visibles del palco, nadie reparaba en ella.

Dotada de un talento penetrante, como todos los seres imperfectos, la desgraciada criatura comprendió desde luego el triste papel que tenía reservado en el mundo, y se prometió renunciar á él.

—¡Oh!—pensaba en tanto que todas las damas

fijaban los gemelos en sus dos compañeras, —no volveré jamás á ninguna fiesta. He ahí á mi pobre padre humillado y pensativo, sin duda al ver el contraste que formo con estas dos hermosas jóvenes. ¿Por qué he venido? ¿Qué triste noche está pasando por causa mía! ¡Oh, jamás volveré á suceder! ¡Renunciaré á la sociedad, me refugiare en su amor... eso me bastará!

Julia, al llegar aquí, cambió el curso de sus pensamientos; su semblante tomó de repente una expresión de angustia desgarradora.

—¡Dios mío!—se dijo,—¡y si se volviera á casar! ¡Y si se olvidase de mí por otra mujer, ó me quitase, á lo menos, la mejor parte de su amor! ¡Ah! ¡Eso sería horrible! ¡Horrible para mí, pobre desheredada de todo amor en la tierra! Él es joven; tiene una figura interesante, un rostro hermoso... ¡no, no! ¡Dios no quería hacerme completamente desgraciada!

Un anciano, que entró seguido de dos jóvenes, distrajo á la pobre Julia de sus sombrías reflexiones.

—Bien venido, Mr. de Valence—dijo la Princesa presentando su mano al anciano con tanta coquetería y tanta gracia como si fuera un joven. —¿Estos dos señores que acompañan á usted, son sin duda sus hijos?

El Conde de Valence señaló á uno de los dos jóvenes y dijo, presentándole á Fedora:

—Mi hijo mayor, Vizconde de Valence, que se

hallaba viajando por Oriente; mi segundo hijo Edmundo, —añadió señalando al otro joven.

La Princesa les dió la mano sucesivamente y les dirigió algunas palabras afectuosas; luego, volviéndose á su hija, le dijo:

—Diana, aquí tienes al señor Conde de Valence, uno de los buenos amigos de tu padre, y á sus dos hijos. Dedicar al primero tu veneración y cariño, y á los segundos tu estimación y amistad, de las que estoy cierta son muy dignos.

Diana saludó graciosamente á los tres caballeros, presentando su pequeña mano primero al padre y después á los hijos, según su edad.

—Hija mía—dijo el Conde,—muchas veces te he tenido sobre mis rodillas; por cuya razón, ni tu madre ni tú debéis extrañar que te hable con familiaridad.

Y el anciano señor, cuya cabeza estaba blanca como la nieve, tomó en sus manos la rubia cabeza de Diana y estampó un beso en su nevada frente.

—Gracias, Conde, por el afecto que usted ha conservado á mi hija durante sus largos viajes—dijo la Princesa con emoción; —¿pero ha dejado usted acaso la Embajada que desempeñaba cerca del Sultán? ¿Ha vuelto usted definitivamente á París?

—Sí, señora, ó al menos cuento permanecer en él dos años.

El Conde, después de esta presentación, se vol-

vió hacia el Duque de Montenegro, conocido suyo también, y le presentó á sus hijos.

El Duque, á su vez, dió á conocer al Conde á Cristina, pues aunque la Princesa la trataba como á su hija en los actos de sociedad, por decirlo así, *oficiales*, no era posible alterar la costumbre establecida, según la cual correspondía al padre la presentación.

El Conde y sus hijos saludaron luego al Marqués de Montbar y á Julia, ya conocidos todos, y desde entonces se habló de mil cosas agradables, pues Mr. de Valence era persona de un talento tan brillante como cultivado.

El mayor de sus hijos llegaba ya á los treinta años: era un hombre de un exterior seductor por sus maneras, su reserva y la natural elegancia de su lenguaje, siempre benévolo, pero que tenía un tinte de altivez muy pronunciado; por lo demás, en sus grandes ojos oscuros se leía la sensibilidad de un alma noble, y sus labios, algo gruesos, indicaban la bondad, al mismo tiempo que en su elevada frente estaba escrita la inteligencia.

—Arturo es un hombre distinguido —dijo á media voz la Princesa á su anciano amigo señalándole á su hijo mayor.—¿Tiene algún proyecto de enlace, ó le tiene usted por él?

—No, amiga mía —repuso el Conde.—Mi hijo mayor se ha dedicado hasta ahora á satisfacer su pasión por los viajes y las ciencias, á lo que no me he opuesto, tanto porque esa afición le preservaba

de los desórdenes de la juventud, cuanto porque, siendo una persona instruída, puede servir mejor á su país; es un joven por la exquisita sensibilidad de su corazón y porque conserva vírgenes sus ilusiones, y además un hombre grave, un sabio. Sus costumbres son las más puras, su fe sagrada; cree en las santas verdades de la religión, que su madre le enseñó cuando niño, y cree ciegamente, lo que en un hombre de ciencia es tan extraño como nuevo; ama á su familia, respeta á las mujeres y tiene del amor la idea más elevada; en una palabra, estoy orgulloso de él.

La Princesa tomó la mano del Conde, la estrechó y dijo:

—Diana tiene ya diez y seis años, y su padre se llenaría de gozo en el cielo si el Vizconde de Valence pudiera llamarse un día Príncipe de Kernok.

—Arturo tiene ya treinta años —observó el Conde, que no se sorprendió al oír las palabras de la Princesa:—casi dobla la edad á Diana, querida Fedora. ¿Qué le parece á usted mi hijo menor?

—No tan bien como su hermano—respondió la Princesa,—y eso que su figura es infinitamente más hermosa: ¡qué mirada tan triste! ¡qué amarga sonrisa! ¿Ha sido desgraciado en amores?

—Sí, y varias veces, según he podido saber, porque él es reservado con todos y conmigo también. A la muerte de mi hermano mayor, hereda-



rá un título opulento y será mucho más rico que Arturo.

La representación terminó, y todos salieron del palco.

Los carruajes esperaban. La Princesa y las tres jóvenes fueron en el mismo, y en otro el Duque de Montenegro, el Marqués de Montbar y el Conde de Valence; los dos hermanos, hijos de éste, subieron en el suyo. A la puerta del palacio de Kernok se despidieron todos, quedándose dentro la Princesa y su hija.

Desde allí, el Duque y Cristina tomaron el camino de su casa; el Marqués de Montbar y Julia el de la suya, y otro tanto hicieron el Conde de Valence y sus hijos.

### III

El baile dado por la Princesa en la siguiente semana, para presentar definitivamente al mundo á las dos jóvenes, fué magnífico y se habló de él en París durante algunos meses después.

Los soberbios salones del palacio de Kernok estaban profusamente iluminados, adornados de flores y llenos de lo más escogido y brillante que encerraba la capital de Francia.

Las dos niñas llevaban trajes blancos y sencillos como los que habían llevado al teatro, con la sola diferencia de estar recogidos con guirnalda de hiedra.

Dos collares de perlas finas, de gran tamaño y del todo iguales, ceñían las esbeltas gargantas de Diana y de Cristina.

La edad de ésta era aún demasiado escasa para presentarla en el mundo, pues sólo contaba quince años y medio; pero su alta estatura y lo desarrollada que estaba le hacían aparentar alguna más.

Diana tenía ocho meses más que su amiga; pero era mucho más niña que ésta, tanto por la alegría de su carácter, cuanto por la sencillez de sus gustos.

Su inocencia, su gracia, su ingenuidad y la dul-

rá un título opulento y será mucho más rico que Arturo.

La representación terminó, y todos salieron del palco.

Los carruajes esperaban. La Princesa y las tres jóvenes fueron en el mismo, y en otro el Duque de Montenegro, el Marqués de Montbar y el Conde de Valence; los dos hermanos, hijos de éste, subieron en el suyo. A la puerta del palacio de Kernok se despidieron todos, quedándose dentro la Princesa y su hija.

Desde allí, el Duque y Cristina tomaron el camino de su casa; el Marqués de Montbar y Julia el de la suya, y otro tanto hicieron el Conde de Valence y sus hijos.

### III

El baile dado por la Princesa en la siguiente semana, para presentar definitivamente al mundo á las dos jóvenes, fué magnífico y se habló de él en París durante algunos meses después.

Los soberbios salones del palacio de Kernok estaban profusamente iluminados, adornados de flores y llenos de lo más escogido y brillante que encerraba la capital de Francia.

Las dos niñas llevaban trajes blancos y sencillos como los que habían llevado al teatro, con la sola diferencia de estar recogidos con guirnaldas de hiedra.

Dos collares de perlas finas, de gran tamaño y del todo iguales, ceñían las esbeltas gargantas de Diana y de Cristina.

La edad de ésta era aún demasiado escasa para presentarla en el mundo, pues sólo contaba quince años y medio; pero su alta estatura y lo desarrollada que estaba le hacían aparentar alguna más.

Diana tenía ocho meses más que su amiga; pero era mucho más niña que ésta, tanto por la alegría de su carácter, cuanto por la sencillez de sus gustos.

Su inocencia, su gracia, su ingenuidad y la dul-

zura de su rostro interesaron á Arturo, que se dedicó á ella en la noche del baile, con gran alegría de la Princesa y del anciano Conde de Valence: éstos se miraban y se hacían señas de inteligencia al ver á los dos jóvenes conversar juntos, y pintarse un gozo sencillo en la inocente cara de Diana y un interés creciente en la noble fisonomía del Vizconde.

Cristina se hallaba sentada en un ángulo, silenciosa y triste; bailó tres ó cuatro veces, y luego dijo que se hallaba cansada, y fué á sentarse al lado de la Princesa.

—¿Qué tienes, querida mía?—le preguntó ésta;—¿te sientes mal? ¿estás fatigada?

—Sí, señora—repuso la joven.—Como no estoy acostumbrada á tanto ruido, me duele la cabeza.

—Pues vete á aquel gabinete—dijo la Princesa señalando á uno que se hallaba al fin del salón;—allí está el señor de Montbar hojeando unos álbums que he recibido hoy: dile de mi parte que te lleve á tomar un helado y que te los enseñe después.

Cristina palideció y quedó inmóvil y muda.

Fedora pensó que la fatiga la indisponía ó que el olor de las innumerables macetas de piedra blanca, cargadas de flores, que decoraban el salón, influía en el organismo nervioso de la joven; levantóse, la tomó del brazo y se dirigió con ella al gabinete.

—Marqués—dijo,—Cristina no se siente buena; su malestar debe ser efecto del calor y la fatiga: llévela usted al comedor, que le den un helado, y luego distráigala usted un poco en la galería para que tome el aire.

La Princesa, dichas estas palabras, se dirigió de nuevo al salón.

Cristina y el Marqués quedaron solos.

—¿Es cierto que está usted mala, señorita?—preguntó con voz insegura Mr. de Montbar.

—No me siento bien—respondió la joven con trémula voz.—Estas fiestas me divierten poco.

—A mí me fatigan—dijo el Marqués,—y en ellas padezco más que de ordinario.

—Entonces, ¿por qué ha venido usted?—preguntó Cristina andando ya hacia la galería con su compañero.

—He venido por ver á usted,—respondió éste con una sencillez casi solemne.

Cristina tembló y no tuvo valor para contestar una palabra hasta después de pasados algunos instantes.

—Marqués—observó,—reflexione usted lo que me dice, porque sus palabras me hacen una sensación profunda. Ya lo ve usted... casi tengo miedo de lo que oigo.

—Desde la noche de la ópera—dijo el Marqués,—sólo pienso en usted, Cristina. He dejado de venir todos estos días, temeroso de dejar adelantarse una afeción fuerte, irresistible, que se al-

zaba en mi alma... mi amor hacia usted; pero hoy no he podido acallar mi deseo de verla, de decirle lo que siento. Cristina, yo he creído ver en los ojos de usted un sentimiento de benevolencia... ¿me atreveré á decirlo? casi de cariño hacia mí, y ahora temo haberme equivocado.

—No se ha equivocado usted — respondió la joven:—yo le amo.

—¡Ah, Dios mío! ¿será verdad?—exclamó el Marqués;—¿y cómo? ¿desde cuándo? ¿y por qué? ¿Por qué he merecido yo esa dicha, pudiendo ser casi su padre de usted, y siendo además un hombre tétrico á causa de mis desgracias?

—Esas desgracias son el origen del amor que á usted profeso—respondió la joven.—Hay para mí más atractivos en amar á un hombre que ha sufrido los desengaños del mundo, que en amar á otro que espera de él la felicidad, y que se cuida poco ó nada de su mujer. Usted ha sido, según dicen, muy infeliz, y aunque no sé á punto fijo por qué, me basta que lo haya sido para que yo le ame.

—¡Ángel de bondad!—exclamó el Marqués estrechando con pasión la mano de Cristina.—Yo debo hablar á usted de mi pasado, y lo voy á hacer ahora mismo, porque si mi historia no la asusta, mañana quiero pedir su mano. Sentémonos aquí—añadió el Marqués haciendo entrar á la joven en una salita situada al fin de la larga galería de cristales:—desde el salón nos ven; pero

no es probable que vengan á interrumpirnos, porque se va á abrir el *buffet*.

Cristina, cuya fisonomía se había iluminado con la expresión de una alegría plácida y serena, se sentó en un diván de seda, y el Marqués tomó asiento á su lado y empezó así con voz conmovida:

—Tengo cerca de treinta y nueve años, es decir, veinticuatro más que usted, mi querida niña: por la misma época en que usted vino al mundo, mi padre, anciano ya y muy enfermo desde hacía seis años, me llamó á su cuarto, tomó mi mano y me preguntó:

—Jorge, ¿qué te parece la señorita Adela de V...?

—¿A mí, padre mío? ¡Bien!—le respondí:—me parece bonita.

—Tiene diez y nueve años—prosiguió mi padre;—es, como tú dices, bonita, y, aunque no rica, su fortuna es regular. ¿Te casarías con ella?

—No tendría inconveniente — contesté;—pero ella tal vez lo tenga.

—¿No amas á nadie?

—No, padre mío. Mis devaneos no han tenido hasta ahora bastante interés para llegar hasta mi corazón.

—Ella creo que ha amado ya; pero á una especie de aventurero indigno de ella. Su madre quiere casarla, á fin de disipar la tristeza pertinaz que se ha apoderado de su espíritu, y ha

pensado en tí. Yo puedo morir de un instante á otro, hijo mío, y quisiera dejarte casado con Adela.

—Padre mío—respondí,—ya he dicho que esa joven me agrada; creo que podré curar su tristeza con mis atenciones y mi cariño; pero ¿y si ella me tiene aversión? ¿y si rehusa unirse á mí? Jamás la obtendré por la fuerza; y tanto menos, cuanto que no estoy enamorado de ella.

—Adela ha dicho que se casará contenta contigo. Así, pues, y no habiendo por tu parte ninguna oposición, esta noche te presentará á ella, como su prometido, mi amigo el Conde de Valence.

En efecto: el Conde de Valence me llevó aquella noche á casa de la madre de Adela, en defecto de mi padre, que desde hacía algún tiempo no salía de su cuarto.

Adela era muy bella, y lo había sido más, porque su belleza estaba alterada por las lágrimas y el insomnio. Me recibió con dulzura, y su madre con muestras del mayor cariño; á mí me pareció ella mejor que otras veces todavía, y salí contento de poder complacer á mi padre sin ningún esfuerzo de parte mía.

Un mes después nos casamos, y no habían pasado quince días desde nuestra unión, cuando mi pobre padre murió en mis brazos, bendiciéndome por mi obediencia.

Peró ¡ah! que no sabía el anciano la amarga

copa que me quedaba que apurar, además del dolor de su muerte.

Yo no sé si Adela recibió alguna carta del hombre á quien había amado, recordándole sus promesas ó acriminándola por su proceder: lo cierto es que desde que se vió unida á mí por los lazos indisolubles del casamiento, se apoderó de ella una desesperación que en vano procuraba ocultarme; sólo comprendió lo pesado de su cadena cuando ya no podía huir de ella, y si alguna vez se rendía al sueño, se la oía llamar á voces al hombre á quien había amado y al que no podía olvidar.

En vano procuraba ocultarme los estragos que hacía en ella aquella pasión fatal; en vano sonreía é inventaba mil ardiles generosos para engañarme: la esperanza misma de una próxima maternidad pudo consolarla de haber enajenado para siempre su libertad.

Nueve meses habían pasado desde nuestra unión, cuando un día fatal le trajeron una carta: era de su antiguo amante, que le decía que, supuesto que ella había faltado á todas sus promesas, aprovechándose de la libertad en que le había dejado, pensaba casarse también. Yo ví la carta, que no tenía firma; pero la desgraciada conoció bien la mano que la había escrito.

Desde aquel día, la languidez que la consumía, el aburrimiento de la vida y sus terribles insomnios, tomaron un desarrollo aterrador. Llegada la

hora del alumbramiento, dió á luz á la pobre Julia, y la vista de su deformidad acabó de extrañar su razón.

¡Cuánto sufrí durante cinco meses, Cristinal! ¡Cómo me avergonzaba de la aversión que mi mujer sentía hacia mí y que en vano quería ocultarme! Y, sin embargo, yo me preguntaba cuál era mi culpa ó mi delito para tan amargo castigo, y qué me faltaba para ser amado, y nada hallaba que me remordiese la conciencia. Mi corazón tierno y expansivo; mi alma, que tenía aspiraciones al amor, á la belleza ideal, á todo lo grande y noble, gemían sin cesar en perpetuas tinieblas; no me quejaba, y ponía toda la fuerza de mi voluntad en aliviar á mi desgraciada esposa, sobre todo acerca del estado de su hija; pero esta violencia mataba para siempre la alegría de mi juventud, que bien pronto debía apagarse por completo bajo el golpe más terrible.

Unos quince días después del nacimiento de Julia, y cerca ya del amanecer, me había retirado á descansar á ruegos de mi esposa, á cuyo lado había pasado la noche: quedaba con ella la enfermera, y rendido de fatiga, porque hacía muchos días que no me acostaba, me tendí sobre mi lecho.

Poco hacía que me había entregado al sueño, cuando oí gritos y gemidos que me despertaron lleno de sobresalto. Mi casa, situada en el arrabal Saint-Honoré, tenía un extenso jardín, y á él daba

la ventana de mi cuarto; corrí á ella y la abrí, porque del jardín subían los gritos. ¡Cielos! ¡qué espantoso espectáculo se ofreció á mis ojos! El cadáver de Adela, extraído del estanque por el jardinero y su hijo, era conducido por éstos, que pasaban por debajo de la ventana.

Caí privado de conocimiento, porque mi ánimo, fatigado con tantas penas, no pudo resistir tan tremenda emoción, y permanecí veinte días entre la vida y la muerte, sumergido en un espantoso delirio.

En cuanto mis fuerzas lo permitieron, dejé á Julia con su abuela materna, y me fuí á viajar; pero mi espíritu abatido ha permanecido siempre sombrío y triste, y volví, al cabo de dos años, con la misma melancolía que me llevé.

Julia seguía lo mismo, á pesar de haberse agotado todos los recursos de la ciencia para remediar el ultraje impuesto á su cuerpo por la naturaleza; y la vista de esta pobre criatura, el triste recuerdo del fin desastroso de su madre, la memoria de la ingratitud con que pagó mis desvelos, y el amor que empezaba á nacer para ella en el fondo de mi corazón, y que sin duda le hubiera profesado, aumentaron mi tristeza en vez de disiparla.

Muchas veces me he dicho, Cristina, que yo no podía inspirar amor á nadie. Juzgue usted si habré visto una luz celeste en sus ojos, cuando he creído que me prometían un poco de ternura...

¡Ah! ¡ahora es cuando digo que Dios es todo misericordioso!

El Marqués inclinó su cabeza y dejó en la pequeña mano de Cristina un ardiente beso y una gruesa lágrima.

—Y bien, Jorge—dijo la joven con acento vibrante,—yo te amaré por todos los que no te han amado y por aquella pobre mujer obcecada que te desconoció.

—Luego, Cristina mía—exclamó Mr. de Montbar,—¿puedo pedir mañana tu mano?

—Por mí, esta noche.

—No, no—dijo el Marqués:—te conozco lo bastante para saber que eres demasiado entusiasta; tu edad es, además, la de una niña, y aunque la vehemencia de tus impresiones te haga aparecer decidida, es conveniente asegurarse. Esperemos, no por mí, para quien poseerte será la felicidad suprema, sino por tí: reflexiona un poco en mis años; en que tengo una hija, por la que debo mirar, y en que no soy tampoco muy rico. Necesito, á pesar de mi título, trabajar para que tú tengas todo lo que quieras tener en bienestar y hasta en fausto. Tú, Cristina mía, puedes aspirar á un enlace brillantísimo, ya por el nombre que llevas, ya por tu hermosura y juventud; además, tu padre te dará una fortuna más que regular: ¡piénsalo, piénsalo! No quiero tomar el delirio de un momento por una decisión; consúltalo con la Princesa: te lo suplico, Cristina, y no me respon-

das hasta pasado algún tiempo. ¡Considera que si te arrepintieras después de casados, me volvería loco ó me costaría la vida!

—¡Jorge, yo te amo!—dijo Cristina.—¡Sólo esto te digo! ¡Sólo esto te repetiré siempre! Si quieres que espere, esperaré; si quieres que hable del asunto á la Princesa, también lo haré; pero ningún consejo, ninguna objeción podrán torcer mi voluntad de ser tu esposa.

—¡Dios te lo pague!—exclamó el Marqués.—Gran deuda contraigo contigo si he de volverte la felicidad que me das en este instante. Habla tú á la Princesa, y yo hablaré á tu padre esta misma noche.

—¿Antes de salir de aquí?

—Ahora mismo. Vamos al salón y te dejaré al lado de la Princesa, para ir al instante á buscar la seguridad de mi dicha.

El Marqués y Cristina volvieron al salón del baile.



#### IV

Al día siguiente, y á eso de las dos de la tarde, se hallaban, en el salón de Fedora, ésta y la hija del Duque de Montenegro.

Diana estaba también con su madre y con su amiga, y, sentada en el hueco del balcón, se ocupaba de una labor de tapicería; pero sólo en la apariencia, pues frecuentemente dejaba escapar la aguja y quedaba inmóvil y como sumergida en una profunda cavilación.

Su dulce y apacible semblante pintaba una emoción extraordinaria, y cuando dejaba de trabajar llevaba los ojos desde su madre á su amiga, espionando el semblante de cada una con inquietud é interés.

—¿De modo — dijo la Princesa prosiguiendo una conversación ya empezada, — que estás decidida á casarte con el Marqués, querida Cristina?

—Sí, señora—respondió la joven;—completamente decidida.

—¿No te importa la diferencia de edad?

—Nada, señora.

—Mira, hija mía, que tú serás aún muy joven cuando él sea un anciano; considera que no halla-



rás en él el amante rendido y apasionado que tú desearías.

Cristina sonrió con la expresión de una sublime confianza.

—Es un hombre que ha sufrido—prosiguió la Princesa;—que ya tiene pocas ilusiones, porque el dolor se las ha agotado; que gustará del retiro y del reposo.

—Yo también, señora.

La primera guardó algunos instantes de silencio, como si meditase alguna otra objeción que oponer; pero la que se le ocurría debía ser tan dura, que le hizo vacilar y detenerse por dos veces después de abrir los labios para formularla.

—Es preciso que te haga otra reflexión todavía—dijo con acento triste.—Cristina, mi corazón, que encierra para tí un cariño maternal, tiembla al pensar en este enlace, y yo no sé por qué: así es que debo hacerte cuantas advertencias se me ocurran, aunque te sean penosas y á mí también. Cristina, ¿has pensado en que el Marqués no supo hacerse amar de su primera esposa?

—Porque ella amaba á otro.

—No hay mujer que, por enamorada que se halle de un hombre, no sienta hacia otro gratitud al menos, si éste es para ella bueno, tierno y previsor. Conocí á la Marquesa..., era buena y de apacible condición; ¿qué la pudo arrastrar al violento extremo de darse la muerte, á ella tan sen-

cilla en sus creencias, tan sincera y verdaderamente piadosa?

—Tal vez, señora, sería el pesar de ver que su hija sacaba tan terrible imperfección.

—¡Tal vez!—dijo la Princesa pensativa.—Sí: quizá su espíritu, perturbado ya con el dolor de haberse unido con lazos que la separaban del hombre á quien amaba, acabó de extraviarse á la vista de la desgracia de su hija; ¿pero has pensado en esa hija? ¿Sabes los deberes que para con ella contraes? ¿Sabes que será un eterno cuidado y una pesada carga en tu vida? ¿Sabes que esa carga no se acabará nunca, porque Julia, á causa de su imperfección física, no se casará jamás?

Pasó como una nube por la frente de Cristina al oír estas palabras; pero casi en el mismo instante brilló en sus ojos un generoso ardor, y respondió:

—Todo lo sé.

—¿Te crees capaz de amar á Julia? ¿de mirar por ella? ¿de consolarla de su desgracia?

—Sí, señora.

—Piensa en que apenas podrás tener sobre ella autoridad alguna, porque es casi de tu edad; no olvides que es celosa hasta de las miradas de su padre, por lo mismo que su amor es el único con que cuenta en el mundo.

—Señora—dijo Cristina en cuya voz se notaba un ligero tinte de impaciencia,—aunque tengo poca edad, mi entendimiento es más sólido de lo

que de ella debe esperarse. No ignoro que mi unión con el Marqués presenta inconvenientes, sobre todo para mí; pero por todos pasos por una sola razón: le amo y creo que soy amada de él como yo deseo serlo; amo también á su hija por ser suya, y no será por falta de cariño y de cuidados de parte mía si Julia no es feliz. ¿Qué más puedo decir á usted? Si no me caso con Montbar, me tendré por la más desgraciada de las criaturas y no me casaré con nadie.

—¡Pero, Dios mío! ¿qué hay en Mr. de Montbar para que de este modo te haya cautivado?—exclamó Diana.—¡Hallarías tantos jóvenes y de mejor figura!...

—¿Qué posee de notable el Vizconde de Valencia para que te hayas tú enamorado de él?—preguntó Cristina á su amiga.—La primera vez que te presentas en sociedad te enamoras ya, y no quieres ni que te hablen de nadie más: ¿por qué te extrañas de que yo ame, desde hace tiempo, al Marqués?

Diana se puso muy colorada; luego, dominando su emoción, se levantó, se dirigió hacia su madre y la abrazó con ternura, diciendo:

—¡Mamá, no le impidamos que sea dichosa!

—Cristina—dijo la Princesa,—tu padre va á venir de un instante á otro para pedir mi parecer acerca de si debe conceder tu mano al Marqués, ó no. Ya que has pesado todas las dificultades; ya que tienes arraigado en el alma un amor grande

y profundo, un amor inextinguible y como es necesario para ser una buena esposa, no dejarás de ser, por causa mía, la Marquesa de Montbar; sólo te exijo una cosa, y te la exijo como la exigiría tu madre, si viviera: espera un año para casarte; entonces estarás próxima á cumplir los diez y siete, y además, Diana tardará todo ese tiempo también á ir al altar, y mi deseo es que juntas vayáis el mismo día.

—¡Señora, ó mejor dicho, querida madre mía, gracias mil veces!—dijo Cristina besando con ternura la mano de la Princesa.—Esperaré ese tiempo y más, si lo exige usted, para cerciorarme de que es firme mi resolución y de que mi amor por el Marqués no es un capricho, sino una afición ciega y profunda. Sí: me someto á todas las pruebas á que usted y mi buen padre quieran sujetarme.

—Ya es, pues, asunto concluído—dijo Fedora.—En ese tiempo, hija mía, estúdiate; frecuentarás la sociedad, verás lo más selecto de la juventud, y si alguna vez cambian tus sentimientos, no temas decírmelo. Lo mismo quiero que haga mi hija: ahora dice que ama al Vizconde; pero eso puede ser una ilusión de niña, y es preciso que se asegure antes de comprometer su porvenir. Esperemos, hijas mías, esperemos: aún sois muy niñas; aún hay muchas flores en el camino de vuestra existencia.

La Princesa se retiró después de abrazar á las

jóvenes; poco después llegó el Duque con el objeto de participarle, aunque ya lo había hecho por escrito, que el Marqués de Montbar le había pedido en la noche anterior la mano de su hija.

—Es preciso concedérsela — dijo Fedora. — Cristina le ama con un cariño serio y profundo.

—¡Es posible! — exclamó el Duque; — ¡a su edad! ¡a la edad del Marqués!

—El amor, amigo mío, no reconoce edades: avéngase usted á esa boda. El Marqués es la nobleza y la lealtad personificadas, y con nadie como con él podrá ser Cristina tan dichosa; si bien no es muy rico, tiene talento para acometer empresas, y creo que sabrá ganar dinero con su ingenio; es activo, probo, inteligente, caballero, y posee un alma bellísima. No nos quejemos ni usted ni yo de la elección de nuestras hijas, y roguemos á Dios porque no cambien.

El Duque quedó ya satisfecho con la opinión de su amiga y aliviado del enorme peso que era, para él, el cuidado de la suerte futura de su hija, á la que amaba con idolatría.

## V

El término de un año impuesto por la Princesa para probar el amor de Cristina en la apariencia, pero en realidad, no sólo para probar el de la joven, sino también el del Marqués, el de su hija y el del Vizconde de Valence por esta última, pasó rápidamente, sirviendo sólo para que Cristina se apasionase más y más de Mr. de Montbar.

No era esto extraño por cierto: el Marqués era el tipo perfecto del hombre bueno, amante y honrado, y además su figura, tan bella que muy pocos podían sostener con él la competencia, parecía haberse embellecido más todavía con los reflejos de dicha que le enviaba su alma embriagada con el amor de Cristina.

Era Jorge de Montbar un hombre de carácter melancólico y pensador, exaltado en sus sentimientos y, por lo mismo, poeta; la ternura y la indulgencia formaban la base de su índole; pero no una indulgencia débil, sino razonada y basada en una exquisita sensibilidad y benevolencia.

Verdaderamente valeroso, tenía, sin embargo, para las mujeres una galantería afectuosa y casi tímida, y era tan capaz de defenderlas de cualquier hombre como de respetarlas.

jóvenes; poco después llegó el Duque con el objeto de participarle, aunque ya lo había hecho por escrito, que el Marqués de Montbar le había pedido en la noche anterior la mano de su hija.

—Es preciso concedérsela — dijo Fedora. — Cristina le ama con un cariño serio y profundo.

—¡Es posible! — exclamó el Duque; — ¡a su edad! ¡a la edad del Marqués!

—El amor, amigo mío, no reconoce edades: avéngase usted á esa boda. El Marqués es la nobleza y la lealtad personificadas, y con nadie como con él podrá ser Cristina tan dichosa; si bien no es muy rico, tiene talento para acometer empresas, y creo que sabrá ganar dinero con su ingenio; es activo, probo, inteligente, caballero, y posee un alma bellísima. No nos quejemos ni usted ni yo de la elección de nuestras hijas, y roguemos á Dios porque no cambien.

El Duque quedó ya satisfecho con la opinión de su amiga y aliviado del enorme peso que era, para él, el cuidado de la suerte futura de su hija, á la que amaba con idolatría.

## V

El término de un año impuesto por la Princesa para probar el amor de Cristina en la apariencia, pero en realidad, no sólo para probar el de la joven, sino también el del Marqués, el de su hija y el del Vizconde de Valence por esta última, pasó rápidamente, sirviendo sólo para que Cristina se apasionase más y más de Mr. de Montbar.

No era esto extraño por cierto: el Marqués era el tipo perfecto del hombre bueno, amante y honrado, y además su figura, tan bella que muy pocos podían sostener con él la competencia, parecía haberse embellecido más todavía con los reflejos de dicha que le enviaba su alma embriagada con el amor de Cristina.

Era Jorge de Montbar un hombre de carácter melancólico y pensador, exaltado en sus sentimientos y, por lo mismo, poeta; la ternura y la indulgencia formaban la base de su índole; pero no una indulgencia débil, sino razonada y basada en una exquisita sensibilidad y benevolencia.

Verdaderamente valeroso, tenía, sin embargo, para las mujeres una galantería afectuosa y casi tímida, y era tan capaz de defenderlas de cualquier hombre como de respetarlas.

Desde su aparición en el mundo—del que había vivido retirado por espacio de trece años,—las mujeres le contemplaban con admiración y se disputaban sus obsequios y sus preferencias con una tenacidad que las hubiera comprometido mucho si el Marqués hubiera sido un hombre de otro modo de pensar.

Pero era tal su hidalguía y tanta la grandeza de su carácter, que ninguna corrió riesgo alguno, y las preferencias de que era objeto se consideraban como la cosa más natural del mundo.

Cristina fué envidiada, y esto la llenó de orgullo, porque su alma apasionada no podía interesarse por ningún hombre vulgar.

El Marqués era alto, y sus formas, sin poderse afirmar que empézaban á ser gruesas, habían perdido ya la esbeltez de la primera juventud; sus cabellos, castaños, eran naturalmente rizados, espesos y ya matizados con algunas hebras de plata.

Sus ojos, de un azul muy oscuro, estaban llenos de inteligencia, de ternura y de melancolía; su color era pálido, y negras sus cejas, sus pestañas y su bigote fino y rizado; una nariz de dibujo griego, una boca perfecta y una frente elevada completaban aquel conjunto, del cual eran los rasgos característicos la bondad, el talento y la energía de un alma grande y de un temple poco común.

Vestía con una rica sencillez y usaba pocas jo-

yas: los botones de su magnífica camisa de batista eran casi siempre de oro liso; una sola sortija, que era un cintillo de oro cerrado por un brillante, lucía en su dedo anular como recuerdo de su madre; la cadena y el sello de su reloj eran de escaso valor; no así éste, que, por su estructura, era una alhaja admirable.

Comía poco, dormía menos y había huído siempre de los desórdenes en que consumen su vida y sus fortunas tantos hombres de su clase; pero su inteligencia, vastísima ya por sí misma, se había enriquecido con tan extenso caudal de conocimientos, que era á la vez sabio y poeta, gran filósofo, profundo pensador, político eminente, hacendista notable y elocuente orador.

Reanimado; vuelto á la vida, por decirlo así, con el amor de Cristina, se sentó en la Cámara al abrirse la legislatura, y pocas sesiones se pasaron sin que apareciese como una lumbrera aquel hombre hasta entonces obscurecido.

Conociendo el elevado talento de Cristina y apreciándole más que nadie, quiso ser grande de todos modos y darle la opulencia de que ella se había visto rodeada, durante toda su vida, al lado de su padre y de la Princesa Fedora, y para esto adquirió una agencia de Bolsa, pues la actividad era ya necesaria al exceso de vida que sentía.

Cada mañana recibía Cristina, al despertarse, un hermoso ramo de flores, que Agueda le llevaba, y dentro de él un billete; el Marqués, además,

le llevaba libros de esos que, á la vez que deleitan el ánimo, alimentan el alma y que instruyen en la ciencia de la virtud: estas lecturas eran las más propias para la elevada inteligencia de Cristina y para su índole recta y altiva, tan casta y virginal, aunque por nada se sonrojaba.

Cristina era una niña pudorosa y digna, llena de ilusiones; un vaso de alabastro que conservaba intacto todo su perfume.

¡Qué felices eran las dos amigas! Cada noche se referían mutuamente las palabras de amor del hombre á quien cada una amaba.

Diana se contentaba con menos que su amiga. Esta, más apasionada, exigía más demostraciones y perdonaba menos cualquiera distracción: si tardaba el Marqués en llegar por la noche algunos minutos más de lo acostumbrado, Cristina sufría de un modo visible.

—¡Dios mío! ¡Qué gusto tienes en hacerte desgraciada! —le dijo un día Diana.—¿Qué te importa que tarde un poco más ó menos?

—No lo puedo remediar—repuso Cristina:—yo quisiera ser menos vehemente, tener tu calma... ¡Nadie ganaría en ello tanto como yo!

Pero á la llegada del Marqués, algunas dulces palabras la tranquilizaron, como sucedía siempre. Aquella naturaleza noble y generosa podía sufrir mucho, pero no podía guardar ningún resentimiento: en extremo sensible, le era además de todo punto imposible disimular lo que sentía.

Con más dicha que pesares, iba pasando el año señalado para el matrimonio de las dos jóvenes. El amor de Diana al Vizconde de Valence resistía á la prueba, y aquella ingenua y casta niña, lo mismo que la apasionada Cristina, pudiera decirse que sólo vivía por su amor.

Todo lo que el grave Arturo decía era para su inocente y risueña prometida motivo de admiración; le amaba y á la vez le respetaba de una manera tan verdadera como tierna y profunda, y esto es justamente lo que sucede en todos los dichosos matrimonios en que el hombre es superior á la generalidad, y la esposa tiene la superioridad encantadora de la inocencia y la virtud.

Tal vez Fedora hubiera deseado en su hija más tendencia á brillar, más ingenio, más condiciones para ser una mujer á la moda; pero Diana había nacido para ser la modesta flor que había de vivir al calor del hogar doméstico y para la práctica silenciosa de todas las virtudes cristianas.

Julia, la desgraciada hija del Marqués de Montbar, era la única persona que sufría amarga y profundamente; desde que sabía pensar, un solo sueño de ventura había acariciado su mente: el de vivir constantemente al lado de su padre, y el de que éste no partiría con nadie el cariño que la profesaba; la infeliz criatura creía tener un derecho á ello por su desgracia, y se decía que el alma noble y el elevado talento de su padre lo comprenderían así. A pesar de sus pocos años, la so-

ledad, la meditación y, sobre todo, el dolor, ese gran maestro de la vida, habían madurado su talento, naturalmente grande y precoz, como suele serlo en todos los infelices seres lisiados por la mano cruel del destino. Algunas veces, cuando podía escaparse de la vigilancia de su aya, se encerraba en su cuarto para llorar; pero la excelente señora, que la amaba verdadera y tiernamente, iba á buscarla y la consolaba de su desgracia con la seguridad del invariable cariño que su padre le profesaba.

Pero en vano Mme. de Varennes se esforzaba en tranquilizar por largo tiempo la tristeza de Julia: ésta volvía más dolorosa y más tenaz, y tomó un carácter alarmante desde que empezaron las relaciones del Marqués con Cristina.

¡Cosa extraña y terrible!

Al paso que el padre revivía y adquiría en su persona y en su corazón reflejos de alegría y de felicidad, la hija languidecía y se apagaba como una lámpara abandonada y á la cual se acaba el alimento.

Sin embargo, el Marqués no había dejado de amar á su hija: la veía, como antes, una hora cada día, que le dedicaba después del almuerzo; comía con ella por lo menos cuatro días de la semana, pues los otros dos comía en casa de la Princesa; la llevaba á paseo algunas tardes, é instalábala con empeño para que saliese con Mme. de Varennes y fuera al bosque y á los teatros; la in-

vitaba á que hiciese compras, y le encargaba que de nada se privase; pero Julia sacudía la cabeza con melancolía, y aunque delante de su padre fingía una sonrisa de complacencia y gratitud, al quedarse sola lloraba amarga y copiosamente, á pesar de todas las reflexiones de su excelente aya.

De esta suerte pasaron días y meses.

Una noche, ya muy tarde, llegó el Marqués á su casa preocupado y triste.

Cristina, indispuesta desde hacía dos días, se había agravado aquel día y tenía una fiebre ardiente. Mr. de Montbar, casi loco, pues aquel amor llenaba completamente su alma, había cedido á las instancias de la Princesa y se había retirado dos horas para volver al amanecer.

Decidido á pasar aquel tiempo sin acostarse, se sentó en un sillón y mandó al ayuda de cámara que pusiera una pantalla á la lámpara, y que se retirase hasta que amaneciera.

No bien había salido el criado, llamaron á la puerta. El Marqués, pensando que era su hija, que estaba con cuidado al ver que era tan tarde y deseaba averiguar si le había ocurrido algo, dijo:

—Entra, Julia.

La puerta se abrió, y la plácida y respetable figura de Mme. de Varennes apareció en el umbral.

—¡Qué, señora! ¿Está mala mi hija?— exclamó el Marqués levantándose.

—No, á Dios gracias, señor Marqués—res-

pondió el aya.—La señorita Julia está durmiendo en este instante: mi venida, muy importuna á esta hora, es sólo con el objeto de hablar á usted de un asunto importante.

—Entre usted, pues, y tome asiento—dijo el Marqués volviendo á ocupar su sillón.—Mucho favor me hará en acompañarme hasta que amanezca, porque no podría dormir. Veamos, mi querida señora, de qué se trata. ¿Necesita usted dinero? ¿Gasta Julia demasiado? No importa: mis negocios van bien y espero que produzcan mucho; no le consienta usted que se prive de nada.

—¡Ah, señor Marqués!—exclamó el aya,—¡la señorita Julia apenas gasta! ¡Desgraciadamente, nada desea, y el dinero de su tocador está intacto hace dos meses! ¡De eso precisamente venía á hablar á usted!

—¿Pues qué sucede? ¿está triste mi hija?

—Está muy triste, y temo que esté también enferma dentro de poco.

—¿Pero cuál es el motivo de su tristeza? ¿Qué es lo que la aflige?

—¡Señor Marqués, perdón!—dijo Mme. de Varennes con voz conmovida.—Quizá voy á faltar á la consideración que á usted debo y á mezclarme en cosas que no debería... ¡pero la señorita Julia me es tan querida!... ¡fuí amiga de su madre, y nada habrá que yo no intente para consolarla!

—¡Hable usted, hable usted!—exclamó el Marqués con voz agitada, pues sospechaba de lo que

se trataba.—¿Sabe usted lo que aflige á Julia? Dígalo usted sin rodeos.

—Pues bien, señor Marqués: su hija de usted no puede acostumbrarse á la idea de su casamiento; tiene celos de esa joven que va á ser su esposa de usted. Ella encontraba un consuelo al desgraciado destino que el cielo le ha señalado, á su probable aislamiento, en la seguridad de que el cariño de usted sería suyo y sólo suyo para siempre... y ahora la certeza de que se va usted á casar, de que la mejor parte de su corazón y de sus atenciones será para su esposa, la hace sufrir de un modo que me aterra.

—Jamás faltarán á Julia mi cariño y mi interés—repuso el Marqués.—porque sea buen esposo, no dejaré de ser buen padre.

—Eso mismo le he dicho yo mil veces; pero ¡ay! en vano; la llaga no se cierra; por el contrario, cada día se encona más.

—El tiempo la convencerá de mi ternura.

—¡Ah, señor Marqués! ¡desista usted de volverse á casar!—exclamó el aya uniendo sus manos é inclinándose casi hasta caer á los pies de Mr. de Montbar;—¡por amor á Julia, no se case usted!

—¡Señora!—repuso el Marqués,—¡esto es una locura! ¿Puede exigir mi hija que yo le sacrifique el reposo y la felicidad de toda mi vida? ¿Quiere que yo sea víctima de mi amor paterno? No puedo creer, en el buen sentido de Julia, tal preten-



sión, que, por otra parte, en manera alguna estoy dispuesto á satisfacer.

—¡Ah!—exclamó el aya.—Si esa niña fuese como las demás; si no hubiese venido al mundo marcada con un defecto físico que la imposibilita para el amor y para el matrimonio, sería injusto su dolor, y no tendría ningún derecho á exigir de usted tal sacrificio; ¡pero es tan desgraciada!

—¿Dejará de serlo porque yo lo sea también, señora?

—¡Usted puede olvidar á esa joven y consolarse con el amor de su hija!

—Señora—dijo el Marqués con acento grave y dulce á la vez,—usted no es una mujer vulgar, y, por consiguiente, voy á hablarle con confianza, seguro de que sabrá apreciarla. Aunque de más edad que mi primera esposa, fué usted su amiga, y ella distinguía á usted con su aprecio; distinción muy justificada y que influyó no poco en mi determinación, cuando rogué á usted que se encargase de Julia. Pues bien, amiga mía: ¿fuí yo dichoso en mi unión?

—¡Oh, no!—exclamó el aya:—fué usted desgraciado en demasía.

—La catástrofe que me arrebató á la madre de Julia, asombró mi espíritu de tal suerte, que ya sabe usted que he vivido por espacio de trece años alejado casi por completo de la vida, tanto de sus placeres como de sus ocupaciones; me sentía tan pequeño y de tan poco valor al recordar la aver-

sión de mi mujer, que ya no esperaba en el amor ni en la felicidad: una niña pura, hermosa, llena de esperanzas, de talento y de buenas cualidades, me amó... me devolvió la fe en la vida, en la felicidad; me hizo desear el trabajo y los goces de la familia; la amé á mi vez, temblando con la idea de que mi dicha fuera un sueño, y reviví... ¿y piensa usted que yo puedo renunciar ahora á todo eso para volver á la noche sombría en que he vivido?

Mme. de Verennes guardó algunos instantes de silencio, y respondió levantándose:

—No, señor: veo que usted no puede renunciar á la felicidad.

—Además, señora, de mi amor, media el de Cristina: ella me ama y me ha amado espontáneamente; yo no puedo rehusar ese amor tan puro, tan noble, tan desinteresado, sin llenarla de dolor y sin condenarme á la desesperación.

—No más, señor Marqués—dijo el aya;—me retiro. Sólo tengo una cosa que hacer: consolar y distraer á la pobre Julia, y suavizar su pena con la creencia de que Dios recompensa largamente en el cielo los dolores de la tierra.

El aya dijo estas palabras con una frialdad irridada. Mujer de edad avanzada y madre tierna de dos hijos, culpaba amargamente al Marqués por no sacrificarlo todo al interés de Julia, á la que amaba con pasión, tanto por ser hija de su desgraciada amiga, cuanto por la deformidad que

tan poderosamente debía contribuir á su infeliz destino.

Saludó al Marqués y salió de su habitación con las lágrimas en los ojos, compadeciéndose de la suerte de su educanda.

El Marqués pensó breves instantes en lo que había oído; luego se dijo que todo aquello eran fantásticos temores de niña mimada; que Cristina tenía por Julia un tierno interés, y que ésta se consolaría muy fácilmente de su casamiento; y viendo que ya apuntaba el día, salió de su cuarto y se dirigió precipitadamente al palacio de Kernok, donde se hallaba Cristina desde que, sintiéndose indispuesta, se había acostado.

En la mesa del recibimiento halló una bandeja con muchas tarjetas que se habían recibido durante la noche anterior; vió en una las armas del Conde de Valence, y extrañándole que no hubiera sido recibido por la Princesa, la tomó y leyó:

EDMUNDO DE VALENCE

*Se despide para Italia.*

—¡Ah!—se dijo el Marqués,—¡es el hijo menor! Ya estará contento su padre, pues quería que hiciera este viaje para ver si se cura de su mortal melancolía. ¡Pobre joven! ¡Muchos golpes debe haber llevado, y mucho se parece su estado al mío de otro tiempo! ¡Vamos á ver al ángel de mi guarda, y Dios le depare á él otro parecido!

## VI

Cristina salió de su corta enfermedad más fresca y más bella de lo que jamás lo había estado; durante los días de su indisposición había recibido tales pruebas del ardiente amor del Marqués, que casi la bendecía por habérselas proporcionado.

En efecto: aquel amor primero, último y único del Marqués—pues á su esposa no había llegado á amarla,—rayaba á una altura de la que no hay muchos ejemplos en nuestra gastada sociedad; desenvolvióse en el corazón de aquel hombre un raudal inmenso de ternura hasta entonces comprimido y mudo por falta de objeto.

Era Mr. de Montbar uno de esos hombres cuyo exquisito y delicado organismo no consiente excesos groseros y que no viven fuera de un círculo noble y elevado: cuando este círculo se estrecha ó desaparece, se repliegan en sí mismos, se aíslan y enmudecen, retirándose del camino de los vivos.

Tal sucedió al Marqués: Cristina, como un ángel de luz, vino á sacarle del purgatorio de su dolor, y le llevó á regiones espléndidas, serenas, llenas de esplendor y de gloria y para él desconocidas.

tan poderosamente debía contribuir á su infeliz destino.

Saludó al Marqués y salió de su habitación con las lágrimas en los ojos, compadeciéndose de la suerte de su educanda.

El Marqués pensó breves instantes en lo que había oído; luego se dijo que todo aquello eran fantásticos temores de niña mimada; que Cristina tenía por Julia un tierno interés, y que ésta se consolaría muy fácilmente de su casamiento; y viendo que ya apuntaba el día, salió de su cuarto y se dirigió precipitadamente al palacio de Kernok, donde se hallaba Cristina desde que, sintiéndose indispuesta, se había acostado.

En la mesa del recibimiento halló una bandeja con muchas tarjetas que se habían recibido durante la noche anterior; vió en una las armas del Conde de Valence, y extrañándole que no hubiera sido recibido por la Princesa, la tomó y leyó:

EDMUNDO DE VALENCE

*Se despide para Italia.*

—¡Ah!—se dijo el Marqués,—¡es el hijo menor! Ya estará contento su padre, pues quería que hiciera este viaje para ver si se cura de su mortal melancolía. ¡Pobre joven! ¡Muchos golpes debe haber llevado, y mucho se parece su estado al mío de otro tiempo! ¡Vamos á ver al ángel de mi guarda, y Dios le depare á él otro parecido!

## VI

Cristina salió de su corta enfermedad más fresca y más bella de lo que jamás lo había estado; durante los días de su indisposición había recibido tales pruebas del ardiente amor del Marqués, que casi la bendecía por habérselas proporcionado.

En efecto: aquel amor primero, último y único del Marqués—pues á su esposa no había llegado á amarla,—rayaba á una altura de la que no hay muchos ejemplos en nuestra gastada sociedad; desenvolvióse en el corazón de aquel hombre un raudal inmenso de ternura hasta entonces comprimido y mudo por falta de objeto.

Era Mr. de Montbar uno de esos hombres cuyo exquisito y delicado organismo no consiente excesos groseros y que no viven fuera de un círculo noble y elevado: cuando este círculo se estrecha ó desaparece, se repliegan en sí mismos, se aíslan y enmudecen, retirándose del camino de los vivos.

Tal sucedió al Marqués: Cristina, como un ángel de luz, vino á sacarle del purgatorio de su dolor, y le llevó á regiones espléndidas, serenas, llenas de esplendor y de gloria y para él desconocidas.

Con el amante revivió el hombre; el hombre de talento, de instrucción, de elevada inteligencia.

Cristina era para él el supremo bien: sin ella nada concebía; se imaginaba perderla porque se deshiciese su enlace, y caía en el caos, y la idea del no ser, del suicidio, llenaba su cabeza.

Extasiábase mirando su hermosura, aquella hermosura que participaba de la pureza de las vírgenes romanas y de la blandura de las vírgenes de Murillo; para cada perfección de Cristina, para cada una de sus bellezas, tenía él una adoración. Pasábase á veces largo rato mirando sus ojos, el corte de su frente, y la boca dulce y soñadora de la joven, y decía después á media voz:

—No, no hay ninguna como ella.

De esta suerte y aun antes de poseer á Cristina, se extasiaba en los delirios de una felicidad suprema.

Así pasaron otros cuatro meses; la Princesa se mostraba algunas veces en sociedad acompañada de las jóvenes y de sus futuros esposos.

En los salones todos los hombres miraban con envidia al Marqués y murmuraban:

—¡Qué dichoso es!

Todas las mujeres contemplaban á Cristina y decían:

—¡Feliz ella!

En tanto, Diana reía contenta como una cervatilla, y su grave prometido mecía la cabeza

como desmintiendo melancólicamente aquellas predicciones de ventura.

También unía un amor grande y profundo al Vizconde y á Diana; pero siendo otro el temple de sus almas, no tenía la espléndida manifestación que el de Cristina y el Marqués. Ya sabemos que en Diana había más prosa y quizá menos talento que en su amiga, y que tomaba la vida *por su lado bueno*, según se suele decir; en cuanto á Arturo, era así como deseaba á la compañera de su vida: ingenua, casta, sencilla, alegre y ajena á los sueños románticos de Cristina.

Esto no es decir que no estimase á la futura esposa del Marqués de Montbar, y que no la profesase un cariño fraternal: era el primero en reconocer sus bellas cualidades, su lealtad, su sensibilidad extrema, su elevado y exquisito talento, su imaginación vivaz y apasionada; pero la compadecía por estas mismas dotes y se alegraba mucho de que Diana no las tuviera.

—Querido Arturo—le dijo un día la Princesa: —muchas veces he deplorado que tuviese mi hija tanto candor y honradez y que no se pareciese un poco más á mí y un poco menos á su padre; pero veo que á usted le agrada tal como es, y bendigo á Dios por lo mismo que antes me quejaba.

—Señora—repuso Arturo,—nuestra Diana tiene cuanto necesita para ser feliz y dar la dicha al hombre que esté á su lado; no sucederá otro tanto á esa pobre niña, á quien deseo toda clase de

felicidades y á la cual, si se realizan mis temores, hemos de ver sumergida en grandes desgracias.

—¡Qué! ¿Teme usted algo por Cristina?

—Temo mucho: mi hermano empezaba á enamorarse seriamente de ella, y mi padre y yo, de común acuerdo, apresuramos su viaje para Italia á fin de alejarle de Cristina.

—¿Edmundo la amaba?

—Sí, señora.

—¡Pero si sólo la ha visto tres ó cuatro veces!

—Ese es uno de los tristes privilegios de Cristina: atraer, seducir, esclavizar con una mirada, y después fatigar con el peso mismo de sus pasiones y con el exceso de su sensibilidad.

—¿Pero no lloraba Edmundo un desengaño de una mujer á quien amaba?

—Muchos desengaños ha sufrido: así es que, sin tener mala opinión de las mujeres, da poco valor á su cariño.

—¡Quizá hubiera sido dichoso al lado de Cristina!—murmuró Fedora.—¡Pobre Edmundo! ¿Por qué no lo ha dicho usted? Al menos Cristina hubiera podido elegir.

—Bendito sea Dios que nos ha inspirado la idea de alejar á Edmundo, señora. ¡Mucho deploraría al verle unido á esa joven!

—¡Arturo!—exclamó severamente Fedora,—¿tiene usted mala opinión de Cristina? ¿Ignora usted que ha sido educada por mí y que la considero como á mi segunda hija?

—Admiro á Cristina tanto como la estimo y la respeto, señora—respondió el Vizconde;—pero no quiero verla esposa de mi hermano.

—¿Y Cristina ha sabido algo de ese amor?—preguntó la Princesa;—pero ¿qué digo? Si algo hubiera sabido, no lo hubiera dicho.

—El amor de mi hermano ha pasado desapercibido para ella; pues la pasión que alimenta hacia el Marqués es demasiado profunda, y mi hermano es demasiado noble para no ocultar la suya, sabiendo que Cristina estaba ligada á Montbar por un compromiso formal.

Algunos días después de esta conversación, se celebraron los dos enlaces en la iglesia de la Magdalena.

Las dos novias vestían trajes iguales de seda blanca con túnicas de encaje blanco de subido precio; sus aderezos eran de perlas, y perlas había también mezcladas en sus coronas de azahar: jamás esas hermosas flores han simbolizado más pureza é inocencia que colocadas en la frente de aquellas encantadoras niñas.

La Princesa, vestida de un largo traje de terciopelo negro, quiso acompañar á sus hijas á la iglesia, y sostuvo, como madrina, el yugo de seda blanca sobre sus cabezas.

Una alegría celeste radiaba en el rostro de aquella gran señora, aún joven y bella; la alegría de la maternidad feliz, que ha llenado hasta el fin santa y cumplidamente su dulce y noble tarea.

En medio de la turba de convidados, cubiertos de seda y encajes, de brillantes uniformes y condecoraciones, se veía en el templo una figurita débil y raquítica, que tenía impreso el sello de una mortal tristeza.

Hallábase vestida sencillamente de blanco, y su rostro moreno y pálido se destacaba amarillento de entre las blondas de su sombrero, que no alcanzaba á ocultar dos espesas bandas de cabellos negros.

Era Julia. Todo lo que llevaba era de un gusto exquisito y encargado precisamente por la Princesa á su modista, la más artista de París. Aquella mísera figura de quince años no presentaba ninguno de los rasgos característicos de su edad: hallábase marchita y como doblegada bajo el peso de un inmenso dolor.

A su lado, y arrodillada como ella, se hallaba su aya vestida de negro.

Cuando, terminada la ceremonia, bajaron del altar asidos de la mano Cristina y el Marqués, un grito agudo se escapó del pecho de Julia y cayó desmayada en los brazos de su aya.

Ni su padre ni la desposada oyeron este grito: tan absortos iban en su felicidad; pero Fedora lo oyó, corrió hacia el triste grupo, hizo conducir á Julia á su carruaje y que el aya subiese con ella.

—Vamos, hija mía—le dijo después de haber conseguido que volviera en sí haciéndola aspirar un pomito de sales;—tu dolor es culpable á los

ojos de Dios. Cristina será para tí una tierna amiga, una amable compañera; casi contáis los mismos años: tú la amarás y serás dichosa.

Julia bajó la cabeza sin responder, y dejó escapar de su oprimido pecho un profundo suspiro.

—Además—prosiguió la Princesa, —puedes vivir conmigo, Julia mía. Ahora quedo sola, pues Diana y su marido se van á su casa: quédate á mi lado y sé otra hija para mí. Mme. de Varennes vivirá á tu lado, pues yo no quiero privarte de su compañía; yo tendré la de las dos y me vendrá muy bien, pues la soledad me espanta.

—Gracias, señora—respondió Julia;—pero yo no puedo separarme de mi padre: ¡le quiero tanto!

—Le verás todos los días.

—¡Vivir bajo otro techo que el suyo! ¡abdicar mis derechos á su amor! ¡Oh, no! ¡eso, jamás!

—¿No aceptas mi proposición?

—Me es imposible, señora, aunque la agradezco con toda mi alma.

—Lo siento por tí y por mí, Julia: créelo—dijo la Princesa;—pero aún más por tí que por mí. Ya

hemos llegado: ¡por Dios, haz un esfuerzo sobre tí misma y no muestres dolor en tu semblante!

—¿Acaso repara alguien en mí?—murmuró la desgraciada niña con amargura.

—¿Lo dudas? Tu padre te ama lo bastante para notar tu tristeza.

—Mi padre sólo piensa ya en su esposa,—repuso Julia.

—¡Y en tí, hija mía! ¿Qué tiene que ver un amor con otro? La misma Cristina, ¿qué dirá al ver que así recibes su unión?

Julia se encogió de hombros con una triste indiferencia.

Fedora sacudió tristemente la cabeza como diciendo:

—¡Todo es inútil!

—¡Todo!—repitió el aya por otro movimiento igual.

Eran las nueve de la noche. En el palacio de Kernok, espléndidamente iluminado, había preparada una magnífica comida, habiéndose agotado en el decorado de la mesa todos los refinamientos de la suntuosidad y del buen gusto.

Al llegar al salón los novios, seguidos de los convidados, Cristina vió á Julia. La llamó, le tomó las manos y le quitó ella misma su sombrero blanco, besándola tiernamente en las mejillas.

—Julia—le dijo,—seremos muy amigas, ¿verdad? Saldrás conmigo, te compraré todo lo que quieras, y en particular libros bonitos, pues sé que te gusta mucho leer. ¿Me querrás un poco?

—Sí, señora...—respondió la niña con una repugnancia que en vano procuraba vencer.

—¡Señora! Llámame Cristina: hazte cuenta que soy una hermana un poco mayor que tú; y ahora, como memoria de este día, toma... era de mi madre... llévala tú.

La nueva Marquesa de Montbar se quitó su guante blanco y perfumado; sacó de su dedo anular una sortija de gran valor y delicadeza, adornada con un magnífico brillante, y la presentó á Julia.

—Gracias—respondió ésta:—tengo, señora, muchas sortijas de mi madre que no me pongo.

Cristina volvió sus ojos asombrados y llenos de lágrimas hacia el Marqués, que á dos pasos de allí era testigo mudo de esta escena.

—Mme. de Varennes—dijo con voz sorda,—¡lleve usted á mi hija á casa!

—¡Jorge!—exclamó Cristina aterrada.

—Y tú—prosiguió el Marqués,—guarda esa sortija, que esta niña ingrata debía haber recibido besando tu mano: ¡es una joya que no merece y que no quiero que posea!

—¡Julia!—exclamó la Marquesa reteniendo á la altiva niña, que ya se alejaba con su aya.—¡Ven aquí! ¡no quiero que señale un pesar tuyo el día de mis bodas! ¿Por qué me recibes con hostilidad? ¿Qué te he hecho? ¡Me aborreces, lo veo! ¿Pero por qué? ¡Yo estoy dispuesta á amarte! ¡te amo! Habla. ¿Qué tienes contra mí?

Julia, al oír este dulce lenguaje, se echó á llorar, y su corazón, que se destrozaba de angustia, se desahogó algún tanto.

—Vamos, vamos á la mesa—dijo Cristina tomando por la mano á Julia:—te sentarás á mi lado... quiero que seamos amigas.

Mr. de Montbar dió gracias á su esposa con una mirada de profundo reconocimiento.

El banquete empezó. Durante él la alegría residió constante sobre la cándida faz de Diana; pero la fisonomía expresiva y apasionada de la Marquesa de Montbar se cubría de vez en cuando de un ligero velo de tristeza al mirar á la hija de su esposo, que, en actitud meditabunda y triste, atraía la atención general.

Hubo un instante en el que sintió no haber permitido que se retirase con su aya, y así se lo dijo á su marido.

—Si — respondió el Marqués: — hubiera sido mucho mejor que se retirase, y otra vez no se colocará á tu lado.

En vano el Duque de Montenegro, la Princesa, Diana, su marido y alguno de los concurrentes dirigían á Julia frases dulces; ésta apenas respondía, y sus escasas palabras parecían ahogadas en lágrimas.

En fin, al levantarse de la mesa, y en tanto que pasaban todos al salón donde se hallaba servido el café, el Marqués dió á su hija, con voz severa, la orden de retirarse.

Cristina no dijo una palabra para retenerla, cansada de la opresión moral en que aquella niña la había tenido durante dos horas con su aspecto desesperado.

Julia salió sollozando, apoyada en el brazo de su aya.

La reunión se prolongó hasta las doce, á cuya hora retiráronse los convidados; y media hora después, el Duque y la Princesa acompañaron á sus respectivas casas á los dos jóvenes matrimonios.

La casa de Mr. de Montbar estaba espléndidamente iluminada para recibir á su nueva señora. Desde la escalera se veían hermosas macetas llenas de flores, que perfumaban deliciosamente la atmósfera; por todas partes se veían ricos tapices, magníficos dorados, muebles nuevos y de un gusto exquisito: todo era elegante, rico y del mejor gusto.

En tanto que la novia, la Princesa, Diana y Arturo visitaban aquella suntuosa morada, el Duque entró con su yerno en el cuarto de éste y puso en sus manos una abultada cartera.

—He aquí, querido Jorge—le dijo,—el dote de Cristina. Cuando Dios me llame á sí, y con mi título, tendrá el resto de mi fortuna, que es bastante grande; no tengo fincas, porque aunque en España poseía algunas muy buenas, las vendí al fijarme en París; toda su dote consiste en billetes de Banco y títulos de la Deuda. Ahora, hijo mío, sólo me resta suplicarte que mires por su dicha como lo he hecho yo, que disimules sus defectos atendiendo á su tierna edad: á los diez y siete años no es extraño caer en algunas faltas de carácter; pero su corazón es noble y bueno, y sus errores no serán ni de larga duración ni de peligrosas consecuencias; haz que no llore el día que



dejó la compañía de su padre, y que bendiga el día en que vino á tu lado.

—Señor—respondió el Marqués,—yo quisiera sin dote á Cristina, y que usted guardara ese dinero que no necesito ni me halaga; en cuanto á hacerla dichosa, no verterán por mí una sola lágrima sus ojos: si comete faltas, las excusaré como padre; pero no espero que llegue este caso. Veo en Cristina el ideal de la pureza, de la noble altivez, de la honrada dignidad que defiende á la mujer; nada tema usted por la suerte de su hija, pues yo sabré hacerla tan feliz como se merece. Mañana salimos para la Bretaña, y habitaremos el antiguo castillo donde nació mi madre, á orillas del mar: quiero realizar así uno de los sueños de la poética imaginación de Cristina; á la vuelta la verá usted más alegre que hoy, y le hablará á usted de su dicha.

El Duque estrechó la mano de su yerno, y ambos salieron de su cuarto para reunirse á los demás.

—¿Dónde está la señorita Julia?—preguntó la joven Marquesa á la camarera que se presentó para irle abriendo las puertas del soberbio palacio que iba á habitar.

—Se ha acostado, señora Marquesa,—respondió aquella.

—¿Y su aya?

—Está en su cuarto y esperando las órdenes de la señora Marquesa.

—Yo ya he visto y admirado tu casa, hermana mía — dijo Diana, tomando las dos manos de Cristina;—¿te vas á ir tú sin ver la mía?

—No quisiera—respondió la Marquesa;—pero dice Jorge que mañana salimos para Bretaña.

—Saldremos por la tarde—observó el Marqués,— y la mañana la pasaremos con vosotros.

—Pues hasta mañana.

—Hasta mañana.

Cristina abrazó á su padre, á la Princesa y á Diana, estrechando con efusión las manos del Vizconde, y todos salieron del palacio de Montbar.

El Duque y la Princesa acompañaron al Vizconde y á su esposa á su casa, que no era menos espléndida que la de Cristina; al salir de allí, el Duque, que se había quedado muy triste, dijo á la Princesa:

—Ya estamos solos los dos... ¿Por qué no nos unimos al pie del altar?

—Amigo mío — respondió la Princesa, — ya pasó la edad de nuestras ilusiones; ¿y qué es el matrimonio sin esas hermosas compañeras? Nada más que una tierna y acendrada amistad: esa nos la profesamos pura, leal, inalterable. No enajenemos, pues, nuestra libertad, ó á lo menos pensémolo maduramente antes de hacerlo, en cuyo caso creo que seguiremos contentos con nuestro estado actual.

Llegaban, al decir esto la Princesa, á la puerta de su casa. Fedora dió la mano á su amigo con la

misma serena cordialidad de costumbre, y entró en ella, volviéndose el Duque á la que antes ocupaba con su hija.

Cuando quedaron solos los Marqueses de Montbar, Jorge llamó á sus criados y los puso á las órdenes de su mujer, que les dirigió algunas palabras con la dulce benevolencia que era la base de su carácter; ordenó al mayordomo que hiciese á cada uno un regalo en nombre suyo, y los despidió, encargándoles que dijese á Mme. de Varennes que podía recogerse.

Julia quedó aquella noche, por la primera vez de su vida, sin el beso de despedida de su padre, y su aya la oyó dar vueltas en su lecho y exhalar amargos y frecuentes suspiros.

## VII

A la caída de la tarde del siguiente día, Mr. y Mme. de Montbar salieron para Bretaña, después de haber visto la casa de Diana y de su marido, aunque ya la tenían desde antes muy examinada, pues la Princesa había presidido á su arreglo, agotando en él los tesoros de su buen gusto y los recursos de su colosal riqueza.

Sin embargo, una gran sencillez se advertía en el palacio de Valence, pues ambos esposos eran poco amantes de la fastuosa ostentación: todo era más bien sólido y cómodo que brillante y deslumbrador.

Se almorzó en familia, y Julia formó parte de ella.

La pobre niña procuró sonreír, y se mostró tan conformada y serena como le fué posible; pero la Princesa conoció que se hacía una violencia espantosa.

Su padre no pensaba en ella, completamente embebido en contemplar á Cristina, que estaba bella como la imagen evocada por los sueños de un poeta.

Su traje de viaje, de gris claro, descubría su

misma serena cordialidad de costumbre, y entró en ella, volviéndose el Duque á la que antes ocupaba con su hija.

Cuando quedaron solos los Marqueses de Montbar, Jorge llamó á sus criados y los puso á las órdenes de su mujer, que les dirigió algunas palabras con la dulce benevolencia que era la base de su carácter; ordenó al mayordomo que hiciese á cada uno un regalo en nombre suyo, y los despidió, encargándoles que dijese á Mme. de Varennes que podía recogerse.

Julia quedó aquella noche, por la primera vez de su vida, sin el beso de despedida de su padre, y su aya la oyó dar vueltas en su lecho y exhalar amargos y frecuentes suspiros.

## VII

A la caída de la tarde del siguiente día, Mr. y Mme. de Montbar salieron para Bretaña, después de haber visto la casa de Diana y de su marido, aunque ya la tenían desde antes muy examinada, pues la Princesa había presidido á su arreglo, agotando en él los tesoros de su buen gusto y los recursos de su colosal riqueza.

Sin embargo, una gran sencillez se advertía en el palacio de Valence, pues ambos esposos eran poco amantes de la fastuosa ostentación: todo era más bien sólido y cómodo que brillante y deslumbrador.

Se almorzó en familia, y Julia formó parte de ella.

La pobre niña procuró sonreír, y se mostró tan conformada y serena como le fué posible; pero la Princesa conoció que se hacía una violencia espantosa.

Su padre no pensaba en ella, completamente embebido en contemplar á Cristina, que estaba bella como la imagen evocada por los sueños de un poeta.

Su traje de viaje, de gris claro, descubría su

elegante y gracioso talle, y se doblaba en espléndidos pliegues en el pavimento; teniendo que ponerse un sombrerito redondo de fieltro, su peinado caía negligentemente en gruesas trenzas y apretados rizos sobre su frente y cuello; y aquella cabellera, de un matiz armonioso y de una abundancia rica y sedosa, hacía resaltar la pureza nacarada de su tez y la adorable suavidad de sus facciones.

Cristina reunía dos cosas muy difíciles de encontrar juntas, la belleza y la gracia, y las reunía en el más alto grado de perfección.

—¿Va Julia á Bretaña?—preguntó Diana á su amiga.

—Yo, por mí, la llevaría—contestó Cristina;—pero Jorge dice, y no sin razón, que en aquel castillo aislado se va á aburrir la pobre niña: está inmediato á una pequeña aldea, en la que sólo viven pescadores.

—No me parece muy oportuna la presencia de Julia en vuestra luna de miel,—observó el Duque al oído de su yerno.

—Veamos el parecer de Julia—dijo la Princesa.—¿Quisieras ir, hija mía, ó quedarte conmigo?

—Yo—contestó la niña,—me alegraría de ver la Bretaña.

La Princesa leyó en sus ojos:

«Yo no quisiera separarme de mi padre.»

—Todo se puede arreglar siendo Julia razona-

ble—dijo el Marqués.—Estaremos dos meses en Bretaña; dentro de uno vendrá Julia con su aya, y así no se le hará tan penoso el estar allí durante largo tiempo, y verá el país, que es muy pintoresco y hermoso.

—Está dicho—observó el padre de Cristina:—yo llevaré á Julia de aquí á un mes, sin que por eso deje de acompañarla su aya.

Terminado el almuerzo se levantaron todos de la mesa, y empezaron los tiernos y tristes abrazos de la despedida, pues se acercaba la hora de partir.

—¡Julia, valor!—dijo la Princesa, que veía descomponerse por instantes el rostro pálido de la señorita de Montbar.—¡Treinta días se pasan muy pronto, hija mía, y los pasarás conmigo!

Julia volvió sus grandes ojos negros hacia la Princesa; pero en ellos se pintaba una angustia indecible, y sus labios temblaban de un modo convulsivo.

—Ven, Julia, ven—dijo Diana:—ahórrate y evita á tu padre este triste adiós.

Pero la joven, lejos de ceder á aquel consejo, corrió al Marqués y se abrazó á su cuello, con una fuerza nerviosa y desesperada.

—Adiós, Julia—dijo Mr. de Montbar:—hasta dentro de un mes.

Un gemido sofocado respondió á estas palabras. El Marqués sintió aflojarse el lazo que formaban los brazos de su hija, y que el débil cuer-

po de ésta caía por su propio peso inanimado é inerte.

El Vizconde la recogió en sus brazos. Julia se había rendido á un profundo desmayo.

—¡Idos, idos ahora!—dijo la Princesa:—eso no es nada. Julia es muy nerviosa, y la menor cosa la altera de un modo terrible.

El Marqués salió de la habitación preocupado y triste.

Ya al empezar á bajar la escalera, se volvió y dijo á la Princesa:

—¡Cuidado, por Dios, con mi pobre Julia, señora!

—¡Ay, Dios!—exclamó Cristina con alguna amargura.—¡Desde que me he casado sólo nos hemos ocupado de Julia!

—Perdón, amada mía—dijo el Marqués, subiéndolo al carruaje que esperaba á la puerta.—Desde ahora sólo me ocuparé de tí; de tí, que eres lo que más amo en la tierra.

—Si me hubieras dicho que esa niña iba á sufrir tanto con nuestra unión, no se hubiera ésta llevado á cabo,—repuso Cristina.

—Si Julia fuese como las otras jóvenes de su edad, yo haría menos caso de sus extremos—dijo el Marqués;—pero su desgracia la pone en un estado excepcional.

—Su desgracia la pagamos todos: de eso me quejo.

—¡Hablemos de nosotros, de nuestro amor, te

lo suplicol—exclamó el Marqués, en cuyo corazón vibraba una cuerda dolorosa;—¡no pensemos más que en nosotros, porque tú eres para mí el mundo todol

Estas palabras, el acento con que fueron pronunciadas y las caricias que las acompañaron, disiparon las nubes agrupadas en la frente de Cristina; y al llegar al término de su viaje estaba contenta y era tan feliz, que sólo sabía dar gracias al cielo por su dicha y contemplar el mar, que jamás había visto, y aquella naturaleza llena de una poesía virgen y casi salvaje.

El castillo era artísticamente hermoso, así por su antigua construcción como por lo espacioso de su recinto. Apoyábase por un lado en una pequeña aldea, y por el otro le lamía el mar; en el pueblo, como queda dicho, no vivían más que pescadores; había una iglesia humilde y un pastor que amaba á sus feligreses como á hijos; aquellas pobres gentes pasaban su vida en el mar, en su casita ó en la iglesia.

Cristina vió en el castillo la mansión de amor y poesía que soñaba en su adolescencia. Sus espaciosas y sombrías salas adornadas de espesos tapices de seda; sus altos techos con molduras doradas; sus rasgadas ventanas que daban al mar; sus cuadros que representaban escenas de martirios de santos, altos crucifijos ó bellísimas imágenes de la Virgen; su oratorio, cuyas ventanas ojivas tenían vidrios de colores, y todo aquel

conjunto antiguo, casi misterioso, arrullado día y noche por el himno eterno del mar, tenían para ella un encanto indecible.

Además, empezaba Mayo, y las praderas se hallaban cubiertas con su manto primaveral de frondosas hierbas y pintadas flores; las noches eran tibias y perfumadas; la luna, clara y tranquila, reflejaba en las sosegadas ondas. La joven Marquesa de Montbar paseaba en una barca con su marido, y la ligera y elegante embarcación era tripulada por dos marineros que se habían llamado al castillo para desempeñar ese solo cargo.

El Marqués hizo adornar aquella barca: se la alfombró, se la cerró con cortinas de seda y se la llenó de cómodos cojines y bancos mullidos; además, hizo llevar á ella el arpa de Cristina, cuyo instrumento, así como el piano, tocaba ésta con perfección, y muchas veces le pedía que cantase una romanza de Rossini ó de Meyerbeer, acompañándose, en tanto que la barquilla se deslizaba por las olas.

La mañana se dedicaba á dar un paseo á caballo por la selva que se extendía á la izquierda del castillo, y que pertenecía al Marqués; éste la hizo limpiar, y en su centro dispuso que se construyera además un gabinete de verdura.

Después del almuerzo dedicaban un rato á la música y á la lectura, y Cristina bordaba algunas veces hasta la hora de la comida.

Un día á la semana iba á la aldea al caer la

tarde: visitaba y socorría á los enfermos y á los ancianos, acariciaba á los niños y para todos tenía palabras de consuelo; así es que se deseaba el día de su aparición como la de un ángel bienhechor, y el que sufría solía tranquilizarse diciéndose á sí mismo:

—¡Paciencia, que el sábado está cerca y vendrá la señora Marquesa!

Era, en efecto, el sábado, día consagrado á la Virgen, cuando Cristina hacía sus excursiones caritativas.

La joven daba á conocer que era española en la vehemencia de sus sentimientos, en la nobleza de su carácter y en su tierna y entusiasta devoción; una fe profunda llenaba su alma, y su conciencia era tan pura, que no admitía ni la sombra de un mal pensamiento.

¡Dichosa ella si su fogosa imaginación, siempre ávida de emociones fuertes, hubiera podido ceder un poco de sitio al cálculo y á la reflexión!



## VIII

Pasó un mes como un día: tan breve se hizo para los esposos.

Una mañana trajeron una carta al castillo; era para la Marquesa y de su padre; decía así:

«Dentro de pocos días pienso abrazaros, hija mía. En París el calor es ya insoportable; la Princesa, Diana y su marido van á pasar un mes en Londres; yo me voy con vosotros, y si queréis dejar ese bello país y visitar algún otro, yo pasaré en él el verano.»

—¡Nada dice de Julia! — observó el Marqués, después de leer la carta que su mujer le había entregado.

Cristina no respondió.

—¿Estará enferma?—dijo el Marqués.

—Mi padre va á venir y te lo dirá, — repuso Cristina con algún enfado.

—¡Pero quedamos en que él la traería!

—Como cosa convenida, no habrá creído preciso volver á hablar de eso.

—¡Qué tono, Cristina! ¿Estás incomodada conmigo?

—No—respondió la Marquesa:—¿por qué ha-

bía de estarlo? Yo sabía que no podías estar mucho tiempo sin Julia.

Mr. de Montbar inclinó la cabeza sin contestar; su esposa tomó un libro, y ninguno de los dos volvió á dirigirse la palabra hasta la hora de la comida.

Ésta fué silenciosa y triste.

Cuatro días después, llegó al castillo el Duque de Montenegro.

—¿Y Julia?—fué la primera frase del Marqués.

—No ha querido acompañarme —respondió el recién llegado.—Dijo que se hallaba bien en París, y que esperaba vuestro regreso.

—¡Pero la Princesa se va, y también Diana y Arturo!

—Julia se quedará con su aya.

—¿Está buena? ¿Por qué no me escribe?—preguntó el Marqués.

—Está buena —respondió el Duque;— y en cuanto á escribirte, no habrá querido hacerlo, temerosa de causarte la molestia de contestarle.

Aquella misma tarde el Marqués escribió á su hija, que le respondió al instante, diciéndole que no había ido á Bretaña porque, sabiendo que debían volver dentro de un mes, prefería esperarles.

Volvió á renacer el sol de la dicha en el castillo, y Cristina se sintió doblemente feliz con la presencia de su padre.

Empezaron de nuevo los paseos matinales y nocturnos, los ratos de lectura y de música, las

excursiones á la orilla del mar, en las cuales Águeda, que había seguido á su querida Cristina, llevaba algunas provisiones de boca.

Pasó otro mes, y Mr. de Montbar, que tenía precisión de ir á París, propuso á su esposa que, si se hallaba bien en el castillo, se quedase en él con su padre hasta el fin del verano.

Esta proposición desagradó mucho á la Marquesa, que se quejó de ella como una falta de cariño.

—No —le dijo:— á donde vayas te seguiré.

El Marqués abrazó á Cristina dándole gracias por su mismo enfado, y se señaló el día de la vuelta á la capital de Francia.

La Marquesa se despidió con dolor de aquel magnífico y apacible recinto, donde había pasado su encantadora luna de miel; un temor extraño oprimía su corazón: le parecía que oía rugir la tempestad lejos de allí, y que toda la serenidad de su alma se quedaba entre aquellas paredes consagradas con la vida de virtudes de la madre del Marqués, que allí había nacido y vivido en el seno de la paz y de la tranquilidad doméstica, entre Dios y su familia.

Despidióse del magnífico castillo; de la verde selva llena de pajaritos; de su gabinete de verdor, á cuya puerta brotaba murmurando una clara y risueña fuente; dijo adiós al mar, sobre cuya superficie tantas veces había soñado y cantado; á la barca, que la había mecido sobre sus claras on-



das; á la pobre iglesia de la aldea y á las familias de los pescadores, á quienes había aliviado y socorrido, y que la despedían llorando y enviándole mil bendiciones.

En una hermosa mañana de estío dejó la Marquesa aquel apacible valle y aquel castillo que tanto amaba, y subió al carruaje de camino con su marido y su padre.

—¡Ah, señora!—exclamó un anciano, para el cual dejaba Cristina una corta renta vitalicia.— ¡Si alguna vez es usted desgraciada, vuelva entre nosotros: aquí la consolará el recuerdo del bien que ha hecho!

Cristina hizo una señal de despedida, y los caballos partieron al trote; pero la joven Marquesa oía, á pesar del estruendo de las ruedas, y más bien con el corazón que con el oído, estas palabras:

—¡Vaya usted con Dios, señora Marquesa!

—¡Dios vaya con usted!

—¡Su santa Madre la acompañe!

El viaje fué triste y silencioso; sólo el Duque se esforzaba en sostener la conversación. El Marqués no iba triste, sino preocupado con sus negocios y sus planes financieros. Cristina iba más melancólica: sentía dejar la Bretaña, donde tan dichosa había sido sola con su esposo, y sentía también ir á París, cuyo ruido y algazara tenían para ella pocos atractivos, y menos desde que había gustado las dulzuras de la soledad embellecidas por la inteligencia.

Iba á hallarse sin su amiga y sin la Princesa, que era para ella la más tierna de las madres.

Además, la herían como una ofensa la distracción y el silencio de su marido.

—¡Jamás le he visto así!—pensaba.— ¡Ahora ocupa su pensamiento entero esa odiosa y rebelde Julia! ¡Cuando los hombres tienen hijos á quienes aman tanto, no se debían casar!

Llegaron, por fin, á París. Cuando el carruaje se detuvo frente á la puerta de su casa, ésta se abrió y dos personas aparecieron en ella: el aya y Julia. Á la vista de la joven, la misma Cristina no pudo reprimir un grito de espanto y de sorpresa.

Julia era sólo la sombra de aquella débil criatura que ella había conocido: tal estaba de enflaquecida y de cambiada.

Su padre la abrazó, dejando escapar lágrimas de sus ojos.

—¿Por qué no has venido á Bretaña?—le preguntó la Marquesa, quien, ante el aspecto doliente de Julia, sentía evaporarse todo su enojo.— ¿Estás enferma, querida Julia? ¿Qué sientes?

—No quise ir—respondió la niña con voz ronca y fatigada,—porque como papá no me quiso llevar cuando se marchó, inferí que le incomodaba; después me puse mala, ¡me dolía el pecho, tenía mucha tos!, y me dije:—Si estando buena le era molesta mi presencia, ¡qué sería ahora! No, no: me estaré aquí hasta que vengan, y aquí les esperaré.

Luego, abrazando á la Marquesa, añadió en voz baja:

—¡Perdón. Cristina! ¡Ya sé que soy en el mundo como la sombra negra de tu dicha; pero poco estaré ya en éll

—¿Qué dices?—exclamó la Marquesa aterrada.

—Julia, ¿qué significan tus palabras?

—¡Desde que tengo este dolor en el pecho, sé que voy á morir!—respondió la niña,—y doy por salir del mundo mil gracias á Dios.

—¡No, tú no morirás—exclamó la Marquesa;—curarás, te amaremos y procuraremos todos, y yo la primera, que seas feliz!

Julia sacudió la cabeza sin responder, y una triste sonrisa pasó por sus labios descoloridos.

—Es preciso llamar al médico hoy, ahora mismo,—dijo Mme. de Montbar, dirigiéndose al aya.

—Ya se llamó, señora—respondió el aya con tristeza;—¡pero su mal no tiene remedio! ¡Bien se lo dije á su padre y no me creyó!

—¿Qué le dijo usted?—preguntó con altivez Cristina.

—Que si se casaba se quedaba sin hija.

—¿Y se atreve usted á decirme eso... á mí?—exclamó Cristina.—¡No suponía á usted tan insolente!

—La verdad se debe decir siempre, señora—dijo friamente Mme. de Varennes;—y yo digo ahora la verdad.

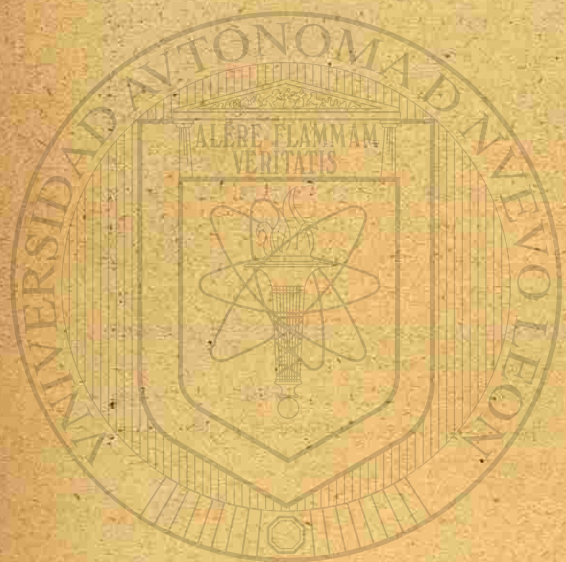
—¿Y quién se la preguntaba?

—Nadie, ya lo sé; y si la he dicho, es sólo para que usted sepa que debe pagar á su esposo el quedarse sin hija con mucho amor y gratitud.

El aya, dicho esto, volvió la espalda, y Cristina la siguió con una mirada, en la que había más tristeza que enojo, porque comprendía que sus palabras encerraban una grande y triste verdad.

Julia, á quien las emociones fuertes hacían un daño terrible, se sintió tan mal, que se vieron precisados á acostarla; la Marquesa, profundamente compadecida de ella, se sentó á su cabecera, resuelta á endulzar todo lo posible los sufrimientos de la desventurada niña.

El Marqués se sentó al otro lado del lecho, sombrío, mudo y absorto en dolorosas reflexiones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## IX

Julia empezó á languidecer más y más desde aquel día. En vano Cristina y su marido redoblaban sus afectuosos cuidados; en vano la Marquesa, cuya alma era tierna y generosa, prodigaba á la doliente niña cariñosas palabras y muestras de tierna afección. Julia era una flor que se inclinaba hacia la tierra.

Dos meses transcurrieron viéndola languidecer y contemplando cómo su vida se apagaba lentamente; apenas podía permanecer en el lecho, y pasaba semanas enteras recostada en un ancho sillón.

Cristina, durante aquel largo espacio de tiempo, no se acostó ninguna noche, y apenas se recostaba algún rato en su lecho.

Una noche en que el Marqués se había retirado á su cuarto para tomar algún descanso, la agonizante niña asió la mano de la Marquesa y la estrechó con íntima ternura.

— ¡Cuánto siento morir! — murmuró; — ¡y cómo me acuso ahora de no haber dominado mi pena en vez de entregarme á ella!

— ¿Por qué hablas de morir? — exclamó la Marquesa, besándola en la frente. — Ten esperanza en

Dios, que tal vez te dejará aún por largo tiempo á nuestro lado.

—No, Cristina: me muero—repuso Julia,—y muy pronto; no veré la noche del día que va á empezar, y Dios sabe que lo siento, porque quería haberte pagado tu cuidado y tu cariño. Cuando mi padre se casó contigo casi te aborrecía, segura de que ibas á robarme la mejor parte de su amor; pero ahora veo que tu corazón me lo hubiera devuelto. No importa: ¡hágase la santa voluntad de Dios! ¡Cristina, ama á mi padre, que ya queda solo en el mundo! ¡Hazle feliz!

La Marquesa lloraba. Veía en las facciones descompuestas de Julia que tenía razón al asegurar que le quedaba muy poco tiempo de vida: su pecho se levantaba con un silbido lúgubre; su nariz se había afilado de una manera espantosa; su palidez era ya lívida.

Ya no pudo tomar alimento, y Cristina acercó á sus labios un cordial.

Llegó el día: era uno de los primeros de Octubre, nublado y triste; uno de esos días en que un viento, ya frío, hace caer las hojas secas de los árboles.

Julia se sentía ahogada y suplicó á su aya que abriese la ventana que daba sobre el jardín: una ráfaga de aire empujó á la habitación algunas hojas marchitas.

Julia las miró rodar á sus pies, sonrió tristemente y murmuró en voz muy baja:

—Antes estábais verdes y lozanas y yo también; ¡ahora vosotras y yo volvemos á la tierra!

Pasó la tarde rezando, y aprovechando un instante en que algunos amigos habían sacado á su padre de la habitación y le habían conducido al jardín para que respirase, se despidió tiernamente de Cristina y de su aya, y pidió que le trajesen á su confesor.

Éste, que se hallaba en el palacio de Montbar preparado para acudir al menor deseo de la enferma, entró y la reconcilió, pues hacía dos días que la había administrado los Sacramentos de la Iglesia, hablándole después con dulzura de nuestra santa religión, del cielo y de su madre, á la cual iba á encontrar.

A la caída de la tarde el Marqués se escapó de sus amigos y corrió á la habitación de Julia, deteniéndose, no obstante, como petrificado de espanto y de dolor al verla agonizante ya.

Corrió á ella, llamándola con angustia. Julia abrió sus grandes ojos negros, en los que se pintaba ya la muerte; echó los brazos al cuello de su padre, reclinó en su pecho la cabeza y dejó en aquel abrazo su último suspiro, como si sólo hubiera esperado para morir la ocasión de poder hacerlo en el seno paternal.

—¡Hija mía, hija mía! ¡Yo soy tu asesino!—gritó fuera de sí Mr. de Montbar.—¡Ah! ¡Por qué no me contenté con tu amor y con tu compañía! ¡Miserable de mí!

El aya, que lloraba junto al cadáver, alzó la cabeza al oír estas palabras y miró con terror á la Marquesa, temiendo el efecto que sobre ella podían producir.

Este fué, en verdad, horroroso: la altiva Cristina se levantó con la palidez de la muerte en el rostro, con los ojos centelleantes y los labios temblorosos. Acababa de recibir una herida mortal en su corazón y en su amor propio.

No pensó en consolar á su marido; pensó sólo en que éste la había ultrajado delante de varias personas á quienes no conocía. El pasado apareció á sus ojos, y recordó que ella era la primera que había amado al Marqués, y la primera de los dos que lo había manifestado. Despertóse de repente el orgullo de su sangre española, de su alta clase, de su riqueza, todos los orgullos á la vez, incluso el de su hermosura y el de su talento, y á través de aquel negro torbellino de ideas desoladoras, un pensamiento, candente como un dardo de fuego, penetró su cerebro y descendió á su corazón.

—¿Por qué me he casado con él?— se dijo.—  
¿Me ha dado posición, riqueza? ¡No! Conmigo ha ganado, y, sin embargo, se arrepiente de su casamiento conmigo. ¡Oh, inútil sacrificio! ¡Oh, lazo odioso! ¡Ahora es cuando conozco mi deplorable ceguera!

Todo esto lo sintió Cristina con la rapidez del relámpago: cuando salió de la estancia ya no era la misma Cristina que hemos conocido.

## X

Una muralla de hielo se levantó entre el Marqués y la Marquesa de Montbar.

Negras nubes de dolor envolvían el alma del desgraciado padre, y este dolor irritaba más y más el orgullo de su esposa, que se levantaba gimiendo en el fondo de su alma.

Ni una palabra de consuelo le concedía; apenas le veía más que en las comidas, que eran silenciosas y tristes; y esta conducta resintió también al Marqués, que necesitaba y esperaba consuelos.

La dulce compañera que había soñado para su triste vida, había desaparecido. Cristina, helada, muda, indiferente, orgullosa, era insensible á su dolor.

Ni él se quejaba, ni ella tampoco; y este silencio prolongaba tan tirante y amarga situación.

Necesaria era, de parte de la Marquesa, una heroica virtud cristiana para sobreponerse á las heridas de su amor propio y consolar á su marido; pero Cristina sólo tenía diez y nueve años, no comprendía el corazón del hombre, ni tenía, en su recto orgullo, bastante generosidad para perdonar.

Así pasó parte del invierno, y la Princesa, su hija y su yerno regresaron del extranjero.

Fedora y el Vizconde comprendieron al instante que un abismo separaba á los esposos: trataron de indagar la causa, y la supieron muy pronto.

Cristina manifestó lo que la había herido á la Princesa; pero no con el llanto, sino con el fuego de la indignación en el semblante, llamándose ultrajada con tanta crueldad como bajeza.

—Este ha sido el pago, término de mis sacrificios por esa niña que Dios ha llamado á sí y de cuya suerte se me acusa tácitamente. ¡Yo creía que merecía gratitud, y he aquí, señora, la recompensa que he obtenido!

—Hija mía—respondió suavemente la Princesa,—nadie merece reconocimiento por cumplir con su deber, y tú no has hecho otra cosa cuidando á la pobre Julia. En cuanto á las palabras que la desesperación arrancó á tu marido, debes, ya que no puedes olvidarlas, perdonarlas de todo corazón.

—¡Imposible!—exclamó Cristina con vehemencia.

—Nada es imposible con una firme voluntad. Hija mía, en las situaciones apuradas de la vida, á la mujer es á la que corresponde ser fuerte y valerosa: no te lo había dicho, porque pensé que jamás serías desgraciada; pero sábelo ahora que te ha llegado la hora de sufrir y de llorar. La tarea de la mujer es mucho más ruda que la del hom-

bre, porque tiene por base casi siempre la paciencia silenciosa y la plácida resignación: si hay nubes en el cielo conyugal, á tí te toca serenarlas.

—¡A mí!—repitió indignada la Marquesa.—¿Se han extendido por mí esas nubes acaso? ¿He traído yo la tempestad?

—No—respondió la Princesa;—pero existe; tampoco la ha traído tu marido: es quizá la mano de Dios, que quiere probarte. Dios hiere lo que no se inclina ante su santo poder: olvida las palabras de tu esposo, y, si no puedes, perdónalas como cristiana; consuélale; no te alejes de su dolor; por el contrario, aproxímate á él para calmarle. El matrimonio es un lazo estrecho, que no debe aflojarse jamás: si la pobre niña que está en el cielo era un obstáculo para tu dicha, ya ha desaparecido; piensa en que su padre necesita tu amor para consuelo.

Cristina inclinó la cabeza sin decir una sola palabra: comprendía que la Princesa tenía razón; pero el calor de sus razonamientos no penetraba en su alma herida y ya fría en sus aspiraciones de amor.

El Vizconde alcanzó mejor resultado con el Marqués.

—He ofendido á Cristina, lo sé—dijo;—he sido imprudente en la manifestación de mi dolor, y, sin embargo, yo la amo con toda mi alma. Mi cabeza extraviada dictó aquellas palabras; mi corazón le está profundamente reconocido por los

cuidados y atenciones que ha prodigado á mi pobre Julia. Vamos ahora mismo á verla para que me perdone.

El Marqués fué al cuarto de su esposa y le tomó las manos con ternura y timidez.

—¡Perdón, amada mía!—le dijo.—Sé que he sido culpable; pero perdona á un padre desgraciado que, en el extravío de su dolor, pudo ofenderte; después he extrañado tu desvío, porque no me acordaba de las palabras que pronuncié: tan independientes fueron de mi voluntad; cuando las recordé, una insensible timidez me impidió acercarme á tí y demandar mi perdón... ahora vengo para que me absuelvas y para asegurarte de que tu amor es la felicidad de mi vida.

Mr. de Montbar estaba tan interesante al hablar así; sus ojos se veían animados por una tierna elocuencia, que Cristina le vió tal como le había conocido y amado, y le echó ambos brazos al cuello.

—Si sólo ha sido tu cabeza la culpable—le dijo,—la perdono.

La Princesa y el Vizconde salieron de aquella casa, que antes vestía la tristeza, casi felices, pensando que ya dejaban en ella la alegría.

Pero ¡ay! el primer grano de arena había ya caído en el lago azul del matrimonio: los corazones de Cristina y su marido habían estado separados durante seis meses, y se habían acostumbrado á vivir el uno sin el otro.

El Marqués, á pesar del acendrado amor que profesaba á su esposa, no podía defenderse de la tenaz melancolía que le asediaba; se llamaba siempre el matador de su hija, y veía en sueños la irritada sombra de su mujer y la pálida de Julia que le acriminaban dura y amargamente.

Para distraerse de su continua é insuperable tristeza, se dedicó, con más asiduidad que antes, á los negocios, en los que pasaba la mayor parte del día.

Cristina volvió á la sociedad con la Princesa y con Diana; conocía que su dicha había huído, ó que, al menos, se le había escapado la parte mejor de ella, y cansada de deplorar su pérdida, procuraba aturdirse en las distracciones.

Poco á poco substituyó á su apasionado amor por su marido una fría amistad: le estimaba, le quería sinceramente; pero ya no le amaba.

Mr. de Montbar, embebecido en sus negocios, en la política y también en su habitual tristeza, no reparó ó aparentó que no reparaba en el cambio que se operaba en su esposa; había hallado en la caza, que le causaba una fatiga corporal, el mejor lenitivo para su melancolía, y se alejaba de París con frecuencia para cazar en algunos de sus sitios: á los cuarenta y cinco años no se piensa en amor como á los veinte.

Sin embargo, amaba con delirio á Cristina y admiraba su sobresaliente talento y las dotes de su noble carácter.

Cristina se cansó pronto de la sociedad: su alma altiva se indignaba de los alárdes de coquetería que veía en las demás mujeres; no comprendía el coquetismo su corazón honrado y bueno; y separándose del camino que la mujer sigue generalmente en los salones, era objeto de la crítica de las que los frecuentaban, porque la reserva y el pudor de la joven chocaban con sus costumbres desenvueltas y poco conformes con el decoro.

Diana se había retirado también de los salones: era ya madre de una hermosa niña, dicha que el cielo no había querido conceder á Cristina y que, sin duda, hubiera llenado su vida.

Cristina empezaba á comprender que en su existencia había un vacío inmenso; que estaba sola moralmente; pero cuanto más deseaba una afección profunda, más se disgustaba de las insípidas y vacías galanterías de los jóvenes á la moda, y más huía de ellos.

Llegó, por fin, á encerrarse en su casa y á no salir más que para ir á misa á una iglesia cercana; el hastío enfrió su corazón é hizo palidecer sus mejillas; se desmejoró visiblemente, y después de un año de una vida sin emociones y sin objeto, cayó en una languidez mortal.

Yo creo que Cristina nunca había amado á su marido con ese amor que llena la vida, y que ella, más que nadie, era capaz de sentir.

Su pasión por él había sido una ilusión, un engaño de su mente calenturienta. La niña deseó

amar, y no conociendo á nadie más que al Marqués, se fijó en él y tomó por amor su vaga necesidad de ternura y de afectos.

Cristina, peligrosamente enferma ya, no se quejaba; sonreía siempre, y pasaba su vida recostada en un diván en su cuarto, leyendo ó tocando en su piano tristes melodías, que pintaban el estado enfermizo de su ánimo.

La Princesa se alarmó seriamente de la situación de la joven y se la hizo notar al Marqués. Este llamó á uno de los mejores médicos de París, que ordenó á la paciente un viaje á Italia, pues la consideraba amagada de una enfermedad de pecho.

El Marqués lo abandonó todo; mandó hacer apresuradamente los preparativos de viaje, y salió para Niza con Cristina, que se oponía á partir alegando que no estaba enferma.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XI

El aire balsámico de los jardines de aquella hermosa ciudad, puerta á la vez de Francia y de Italia, devolvió á la Marquesa algunas fuerzas. Paseaba á caballo con su marido y hacía lo posible por distraerse.

Su hermosura llamó muy pronto la atención general del alto círculo que se reúne en Niza los inviernos. La Marquesa de Montbar eclipsó desde luego á todas las mujeres: su belleza, las gracias de su talento y de su instrucción, su misma enfermedad, la hacían interesante.

Formóse en torno suyo una pequeña corte, y los hombres más á la moda se disputaban sus preferencias.

Haría como unos diez días que Cristina se hallaba en Niza, y su pecho se sentía aliviado del enorme peso que le agobiaba en París, cuando una noche, al entrar en el salón, después de haber asistido á un concierto, vió una tarjeta sobre la chimenea.

No tenía armas ni distintivos de nobleza; sólo se leía en ella este nombre: *Edmundo de Valence*.

—Por fin vamos á hallar aquí á un amigo,— dijo Cristina á su marido, mostrándole la tarjeta.

Mr. de Montbar palideció ligeramente y frunció las cejas.

—¿Qué tienes?—le preguntó su mujer;—¿te incomoda que se encuentre aquí Edmundo?

—No—respondió el Marqués:—me es indiferente; nunca ha sido mi amigo.

—¿Pero tienes antipatía á Mr. de Valence?

—¿Cómo tenérsela, si apenas le he visto cuatro veces en mi vida? El ha estado siempre viajando.

—El caballero que ha dejado esta tarjeta ha dicho que vendrá mañana á las tres,—observó el criado que se presentó con el té para los señores.

El Marqués sintió que su corazón se oprimía. El sabía que Edmundo de Valence había estado enamorado de Cristina, y que para ahogar su pasión, al ver que estaba comprometida, había huído de París.

Pero en su calidad de hombre de experiencia, se dijo que era mejor que ella ignorase esto, según lo había ignorado hasta entonces, y ya no volvió á ocuparse del asunto.

Al día siguiente el Marqués no salió, contra su costumbre, y lejos de ir al club, bajó al salón á las dos y se puso á leer.

A poco rato llegaron algunas personas. Cristina era el astro que brillaba y todos se agruparon á su lado.

Cristina se hallaba encantadora aquel día: su traje de seda gris plata, con adornos grana y en-

cajes blancos, hacía resaltar la esbeltez de su estatura, que acaso se podía tachar de un poco delgada, pero que la hacía más espiritual y más interesante. Sus cabellos caían en largos bucles sobre su frente y hombros; aquel clima benigno había extendido sobre sus blancas mejillas un delicado color de rosa, y había dado á sus ojos algunos destellos de alegría. Hallábanse en Niza algunos grandes artistas, y el contacto de la inteligencia había comunicado calor á su corazón.

Cuando anunciaron á Mr. de Valence estaba verdaderamente hermosa, y sostenía una conversación animada con un pintor célebre. Su buen gusto en el arte y su conocimiento de él, tenían asombradas á las personas allí reunidas y hacían sonreír de orgullo al Marqués, que la miraba con una especie de arrobamiento. Al ver que se le acercaba Mr. de Valence, Cristina se detuvo y le dió la mano con amabilidad.

Sólo dos ó tres veces le había visto, y entonces notó la admirable belleza de su rostro y su porte distinguido y elegante.

Edmundo de Valence tenía los ojos negros y muy hermosos; una palidez aristocrática vestía sus mejillas; un bosque de cabellos negros y finos se rizaba sobre su frente; su boca, de un dibujo perfecto, era melancólica y soñadora; en su sonrisa había más tristeza que amargura.

Cristina le siguió con una mirada cuando fué á

saludar á su marido, y así que ocupó un asiento, le dirigió la palabra con amabilidad.

—Francia debe estar muy enojada con usted, señor de Valence—le dijo.—Hace tres años que ha huído usted de ella y que le llama.

El acento de aquella dulce voz conmovió á Edmundo, que miró profundamente á Cristina; luego respondió:

—Sólo me acuso de ingratitud delante de mi padre y de mi hermano, señora; únicamente ellos se acuerdan de mí, según creo, y nada más que de ellos me acuerdo yo.

—Es usted entonces muy injusto.

—¿Por qué?

—Porque hay, además, otras personas que desean su vuelta.

—Yo doy las gracias á esas personas—repuso Valence con una sonrisa incrédula;—pero no pienso por ahora volver.

—¿Se halla usted bien en Italia?

—Muy bien, y, sin embargo, ya ve usted cómo me he acercado á las puertas de Francia. En esta parte me parezco á los niños, que aunque sus nodrizas sean feas y displicentes, les profesan especial predilección.

—¿La Francia ha sido mala para usted?

—Tengo poco que agradecerle; pero, Marquesa, estamos hablando de mí sólo, y esto es poco agradable para estos señores. ¿Ha venido usted, como casi todos los que vienen aquí, por falta de salud?

—Sí, señor: vine enferma; pero ya estoy mucho mejor.

—¿Y van ustedes á estar mucho tiempo, querido Marqués?

—No, amigo mío—respondió éste:—saldremos de aquí dentro de un mes.

—¿Para volver á París?

—Para ir á España; deseo que Cristina respire el aire natal antes de regresar á Francia.

Mr. de Valence se volvió á mirar á la Marquesa; pero ésta se hallaba ya hablando con las demás personas que había en el salón.

Con profundo arrobamiento contemplaban todos aquella fisonomía juvenil y encantadora, que se animaba al hablar. El alma de Cristina chispeaba en todos sus ademanes, en su mirada, en el eco sonoro y limpio de su voz; era una flor que revivía bajo un rayo de sol.

Mr. de Valence se despidió en breve. El rato que estuvo, excepto las palabras que cambió con Cristina, habló muy poco. Las damas presentes se sintieron de su indiferencia, pues apenas las miró.

Así que salió, y según costumbre, empezaron á murmurar de él, vengándose de este modo de lo que llamaban su grosería.

—He ahí el hombre más afortunado que he visto con las damas,—dijo uno de los presentes.

—¡Yal ¡Como que sólo se ha dirigido á mujeres insignificantes ú olvidadas!—repuso una de las señoras.—Así, no es milagro alcanzar fortuna.

—¡Insignificantes!—repitió el que había hablado.—¿Sabe usted la historia de la Princesa Colonna?

—¿De la llamada tan sin razón la *maravilla de Italia*?

—De la misma: con razón ó sin ella, pasa por una de las mujeres más encantadoras del mundo.

—¡Y bien! Concedo sus encantos y estas damas también, ¿no es verdad, señoras?

—Ciertamente,—respondieron todas con una sonrisa irónica.

—Sepamos la historia,—añadió Cristina.

—El señor de Valence rehusó casarse con la Princesa, cuya fortuna es regia, y su belleza tan admirable como perfecta.

—No la amaría,—observó el Marqués.

—¡No amarla!—dijo una de las damas;—¡si estaba loco por ella! Ella era la que no le amaba.

—No lo dió á conocer cuando se comprometió con él tan sin miramiento,—querida Condesa.

—Se arrepentiría de su capricho.

—Quien se arrepintió fué él, y así se lo dijo; en seguida huyó de Venecia, donde ella habitaba.

—¡Es posible! Si ella se había comprometido realmente, fué muy mala acción.

—Es hombre que deja de amar fácilmente, y que cuando ha dejado de amar, no sabe fingirlo ni un instante.

—¿Y cuál es aquí la ocupación de ese caballero?—preguntó malignamente otra de las señoras.

—Según he oído asegurar, ninguna — dijo el Marqués.— Admira la Italia, pinta, escribe, compone música; es, en diferentes artes, hombre de talento, pero inútil para un trabajo asiduo y complicado, al cual no tiene tampoco necesidad de entregarse, pues posee una fortuna más que regular é independiente.

—Sin embargo—observó el que había hablado de la buena suerte de Edmundo con las damas, que era un rico banquero inglés,— aun por las mujeres que ha dejado de amar, siente Mr. de Valence y les prueba una exquisita deferencia: así es que ninguna puede aborrecerle, y hasta la Princesa Colonna le profesa la más sincera amistad.

—Es muy extraño—dijo la Marquesa de Montbar con ingenuidad natural,—que sean las damas las que acriminen á Mr. de Valence, y los hombres los que le defiendan: siempre he creído que en estos asuntos debía suceder lo contrario.

—Ya ve usted, pues, que se ha engañado, querida mía—dijo la Condesa de... con no poca ironía.—Lo que probará á usted que para que nuestra opinión le acuse, le debemos tener en muy mal concepto.

Las damas, después de esto, se fueron retirando; parecía como que se hallaban incómodas oyendo hablar de Mr. de Valence.

Cristina quedó pensativa y meditabunda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## XII

Desde el día en que Edmundo de Valence fué á ver á la Marquesa de Montbar, ésta se lo encontró constantemente en su camino: en paseo, en el teatro, en las fiestas y conciertos á donde concurría, siempre tenía ante sus ojos la bella figura de Mr. de Valence, y siempre hallaba los negros ojos de éste fijos en los suyos.

La Marquesa, lejos de huir de su vista, sentía un placer secreto al encontrarle; y si, por casualidad, alguna vez no le veía, se sentía disgustada, displicente y de mal humor.

El Marqués se tranquilizaba, en vez de alarmarse, al ver que Edmundo no había vuelto á su casa; había en el corazón de aquel hombre tanta buena fe é inocencia, que no podía creer en la traición. El no iba siempre con su esposa, pues la atención á sus negocios le absorbía por completo; y cuando la acompañaba, si hallaba á Mr. de Valence, le parecía esto efecto de la casualidad.

Cristina estaba cada día mejor, más alegre, más sonrosada. ¡Revivía! ¡se sentía amada, y amaba!

Mr. de Montbar había creído siempre que con la conciencia intranquila no puede haber alegría

en el rostro, y que las faltas salen á la cara como una mancha indeleble.

¡Cuánto se engañaba!

Su esposa se aturdía y tomaba por dicha la fiebre de su cerebro, que todo lo vestía de espléndidas luces.

Lo que no podía menos de llamarle la atención era que Mr. de Valence ni se acercaba á ella ni procuraba hablarla; y era que, más experto que ella y más acostumbrado á las lides de amor, sabía el mejor camino de vencer, y encendía el fuego que después le había de evitar el trabajo de la conquista.

No era Edmundo ni un seductor de oficio ni un amante rutinario; estudiaba y comprendía muy pronto á las mujeres. Sólo á una había amado en su vida, en su primera juventud, y ésta había sido una cortesana que había llenado de hiel su corazón, y había apagado, con el hielo de su cinismo, las más puras creencias de su alma adolescente; las demás mujeres le habían cansado muy pronto, y el hastío era el monstruo que devoraba su vida y se la hacía amarga, cuando vió á Cristina.

¡Qué hermosa é inocente le pareció aquella casta figural! ¡Cómo le hizo volver con el pensamiento á sus más bellos días! Y además de la dulzura y de la candidez de sus diez y seis años, ¡qué talento se leía en los ojos de Cristina! ¡qué profunda sensibilidad!

«¡Huyamos! — se dijo un día, aterrado. — ¡Huyamos! ¡No encadenemos su alma pura y virginal á mi alma marchita! Lo que yo siento es un deslumbramiento, una impresión de admiración y de alegría ante esa criatura, que ha arrojado un rayo de luz en medio de las tinieblas que me circuyen... Dado caso que mi fortuna y mi posición no pareciesen insignificantes á su padre, y que éste me la diese por esposa, ¿soy yo acaso propio para la vida material, para ser el sostén y el jefe de una familia? ¿No me enojarían esos cuidados materiales y fatigosos? ¿Y no me han dicho que ella ama al Marqués de Montbar? ¡Dejémoslo, pues, y huyamos!»

Lejos de París ya se rió de lo que él llamaba su pasión sentimental, y se burló no poco de sí mismo; mas al saber que Cristina se hallaba en Niza, un deseo irresistible de verla se apoderó de él: la vió mil veces más linda, mil veces más interesante, y leyó en sus ojos que aún era la mujer-ángel que él conocía, y que el mundo no la había marchitado con su impuro aliento.

Sus ilusiones renacieron, pero no quiso volverla á ver; y sin embargo, una fuerza invencible le llevaba cerca de la Marquesa, y no podía separar de ella los ojos.

Llegó el día de la partida para España. Cristina salió de Niza sin pesar; una voz secreta le decía:

«¡El te sigue!»

Y en efecto, Mr. de Valence la seguía.

Cristina había contado, durante toda su vida, lo que pasaba en su corazón á su amiga Diana. ¿Por qué no le hablaba entonces de sus impresiones? Sólo al pensarlo sentía que el rubor subía á su frente, y que más fácil le sería morir que hablarle de esto. Entonces se llamaba culpable y se acusaba de infidelidad á su marido, á aquel hombre que la había preferido á todas las cosas de la tierra, y hasta á su misma hija; á aquel hombre que con tanta ternura la amaba.

Después de la voz de la conciencia, venían los sofismas de que Cristina quería armarse para amenguar su culpable desvarío.

«Yo no amo á mi esposo—se decía.—¿Y tengo la culpa de haberme engañado? ¿Tengo la culpa de haber hallado, tras el amante melancólico y tierno que soñaba, el hombre de negocios, el padre que piensa de continuo en su hija muerta? Si tanto la amaba, ¿por qué se casó conmigo? ¿por qué no me dijo que la prefería á todo? ¡Entonces yo hubiera rehusado su mano, y ambos hubiéramos sido libres y yo más dichosa!»

Con estas falsas razones se quería engañar á sí misma la Marquesa, que vió, con un loco júbilo, en Sevilla á Edmundo, la primera vez que fué á visitar su hermosa catedral. Oculto tras una de las columnas se hallaba aquél, y en una mirada le dijo más que pudiera decirle su boca en dos horas de protestas.

En tanto que Mr. de Montbar miraba un altar que coronaba una bella escultura, Edmundo se acercó á la Marquesa y le preguntó:

—¿Cuándo volveré á ver á usted?

—¡Mañana!—respondió Cristina, casi sin saber lo que respondía.

—¿Dónde?

—Aquí.

El Marqués se volvió; Edmundo había desaparecido.

—Vámonos, Cristina—dijo Mr. de Montbar, que no se había apercibido de nada:—aquí hace demasiado fresco para tí.

—Mañana volveré... si te parece,—observó la Marquesa.

Al día siguiente volvió, en efecto. Edmundo se hallaba detrás de la misma columna.

Acercóse á ella y le dijo:

—Salgamos de aquí, Cristina; no debemos profanar el templo, yo explicando á usted mi amor, y oyéndome usted. Salgamos por esa otra puerta; ahí nos espera un carruaje.

La Marquesa siguió á Edmundo sin decir una palabra. Aquel hombre, cuya voz apenas había oído, ejercía sobre ella una fascinación extraña; por otra parte, creía soñar, y que el mundo daba vueltas á sus pies.

La Marquesa y Edmundo subieron á un carruaje, que les condujo á la campiña.

Aquél dijo á Cristina todo lo que sabe decir un

hombre de experiencia y de talento que se halla verdaderamente enamorado.

Cristina oía fascinada aquel lenguaje del corazón, rápido, brillante, lleno de encanto y de fuego: parecía una estatua; pero de vez en cuando sus ojos lanzaban un rayo de entusiasmo. Tenía veintidós años, y ninguna experiencia. Su esposo, grave y reflexivo, la amaba con ternura; pero jamás se había sabido expresar como se expresaba Edmundo; éste le era muy superior en el arte de la seducción, y arrancó á Cristina la promesa de ir á encontrarle al día siguiente á una casita aislada, perdida en medio de uno de los bosques de verdura que rodean á Sevilla.

Dos días después, y al ir á vestirse el Marqués de Montbar, halló una carta encima de su mesa de noche; no tenía sobre, pero estaba cerrada.

Sin darse cuenta del por qué, sintió que se helaba su corazón; la abrió, y leyó, con el cabello erizado, estas palabras:

«Adiós, Jorge; te he faltado: amo á otro, y no quiero manchar tu casa con la presencia de una culpable; no llegan á tanto mis fuerzas, aunque pienso que el matrimonio es una cadena que se puede romper cuando pesa demasiado... Para mí era intolerable y la he roto. ¡Adiós, y sé feliz! —  
CRISTINA.»

Una lívida palidez cubrió el semblante del Marqués; sus labios se cerraron convulsivamente, y con voz ronca exclamó:

—¡Traidora!... ¡Me asesina!... ¡Hija mía!...  
¡He aquí el castigo de tu muerte!

Y como si su corazón se hubiera hecho mil pedazos, cayó en un sillón inmóvil y frío, estrujando convulsivamente la carta que acababa de leer.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

### XIII

Al día siguiente, el Marqués de Montbar, que parecía haber vivido diez años en una sola noche, salió de la fonda donde aún se hospedaba, apoyándose en un grueso bastón.

Su paso era débil y vacilante; aquella noche había encanecido sus cabellos y ahondado sus mejillas.

Se hallaba completamente vestido de negro, lo que hacía resaltar la densa palidez de sus facciones.

Dirigióse al Gobierno civil y pidió ver al Gobernador, á quien demandó media hora de audiencia reservada, que le fué al instante concedida.

—Señor—dijo con voz sorda,—mi esposa huyó en la madrugada de ayer del domicilio conyugal, seducida por un hombre.

El Gobernador miró turbado y á la vez compadecido al Marqués.

—¿A qué disfrazar la verdad?—prosiguió éste.  
—Lo que sucede no es un crimen de mi parte, ni quiero considerarlo como tal de la suya. Es una desgracia, y nada más.

—¿Sabe usted quién es ese hombre? —preguntó el Gobernador.

—Creo saberlo. El que me infunde sospechas se llama Edmundo de Valence y es natural de París. Deseo saber si está aún en la ciudad ó si se le ha dado pasaporte.

El Gobernador escribió dos renglones en un papel, y tiró de la campanilla.

—Que se averigüe esto, —dijo al oficial que se presentó.

Diez minutos después entró otro empleado y entregó una nota al Gobernador, retirándose al instante.

—No se ha dado pasaporte á esa persona —dijo el Gobernador, —y debe hallarse en la ciudad ó en algún pueblecillo inmediato. ¿Quiere usted encontrar á los culpables? Pondré á su disposición algunos agentes para que le ayuden en sus pesquisas.

—Gracias, caballero —respondió el Marqués. —Admito con reconocimiento el auxilio que se me ofrece, pues yo solo quizá tardaría mucho á dar con los culpables. No tema usted ni un crimen, ni siquiera un escándalo, porque es precisamente el escándalo lo que trato de evitar. Quisiera que las pesquisas se hicieran con todo el sigilo posible, y que cualquier indicio que haya se me avise reservadamente.

—Así se hará, caballero, —dijo el Gobernador. Mr. de Montbar salió con paso lento. Su cabeza

se hallaba doblada sobre el pecho, como si la abrumasen á la vez una inmensa vergüenza y un supremo dolor.

Dirigióse á su casa y se dejó caer de nuevo en un sillón, como si sus fuerzas se hallasen agotadas.

Dos horas estuvo con la cabeza oculta entre sus manos: pasaba por delante de sus ojos su vida entera, tan triste y tan llena de pesares; veía á Cristina faltándole á la fe prometida, cuando él todo lo había olvidado por ella.

Su ayuda de cámara le sacó de sus dolorosas reflexiones, al entrar con una carta cerrada en una bandeja.

—La persona que la ha traído espera á que el señor Marqués la lea, —dijo el doméstico, retirándose.

La mano de Mr. de Montbar temblaba de una manera nerviosa. Lo que tenía en ella debía ser algún aviso del Gobernador.

No se engañaba. Era una nota concebida en estos términos:

«Se han encontrado las personas cuyo paradero desea usted saber. Esta noche debían salir para Inglaterra, y con este motivo se ha presentado para refrendar su pasaporte. Se ha seguido al hombre que lo ha traído. La persona encargada de dar á usted este aviso le acompañará hasta su domicilio.»

Mr. de Montbar sintió que la alegría subía á su

rostro en nubes de fuego. Levantóse, guardó en el bolsillo el aviso que acababa de recibir, tomó su sombrero y salió á la antecámara, donde esperaba el agente, al que dijo con voz trémula:

—Vamos.

Éste le siguió silenciosamente.

Atravesaron ambos la ciudad. Eran las cuatro de una templada tarde de otoño. Al salir al campo, el aroma de los viñedos, de los olivares, de los huertos llenos de frutales y de flores, comunica la alegría al alma é imágenes risueñas al pensamiento. Los últimos aromas de las flores de Septiembre parecían transmitir una embriaguez encantadora á los sentidos.

El Marqués, dotado de una naturaleza tan poética, nada sentía, sin embargo; caminaba cabizbajo y pensativo al lado del agente, y cuando levantaba la vista, un relámpago de ira ó una lágrima de dolor brillaba en sus negros ojos.

Atravesando un vallecito florido, se hallaron en un bosquecillo de árboles jóvenes, regado por un arroyuelo, al fin del cual se veía una casita blanca, semejante á una nevada paloma.

Detúvose el agente y dijo con su voz grave y helada:

—Aquí es.

—Amigo mío—repuso el Marqués,—ya no necesito de la ayuda de usted: le doy mil gracias por haberme acompañado, y le suplico que se retire.

Al decir estas palabras puso una onza de oro en la mano de aquel hombre, que se retiró haciendo mil cortesías.

La puerta de la casita estaba abierta; un mozo de una fonda salía con una enorme cesta vacía, y se dispuso á cerrarla; pero el Marqués le detuvo, pasó, cerró después y empezó á subir tranquilamente la escalera.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

#### XIV

La casita tenía un solo piso. Diez ó doce peldaños de una escalera suave y cómoda conducían á él.

Sin duda los actuales habitantes no habían querido quedarse en la planta baja, á fin de evitar la mucha publicidad.

Una mujer, vestida con una bata blanca, arreglaba algunos platos sobre una mesa cubierta con un mantel muy limpio. Esta mujer se hallaba de espaldas á la puerta de la estancia donde se había detenido el Marqués; pero éste la conoció fácilmente.

Dos trenzas magníficas de cabellos castaños descendían por su espalda; su estatura era alta, y su figura estaba llena de nobleza y distinción.

Cerca de la ventana había un hombre joven y de bella presencia, que leía un periódico francés.

Ni una ni otro vieron aparecer á Mr. de Montbar, que había entrado justamente al abrir el camarero la puerta para salir.

Cristina se volvió para alcanzar un plato de un aparador que se hallaba á su derecha, y entonces su vista se fijó en el Marqués; lanzó un grito so-

focado y dejó caer el plato de la mano, quedándose pálida y temblorosa.

El que leía se volvió vivamente para averiguar la causa del espanto de su compañera. Vió á un hombre apoyado en el marco de la puerta, y no distinguiendo bien sus facciones, exclamó con aire sorprendido é irritado:

—¡Caballero!

—¡Caballero!—repitió el Marqués, mirando á Edmundo frente á frente.

Este, como herido por un rayo, dejó caer á su vez el periódico que tenía en la mano, y quedó inmóvil y confundido ante el marido ultrajado.

Mr. de Montbar avanzó algunos pasos lentamente hasta colocarse en medio de los dos; cruzó los brazos sobre el pecho, y dijo con una triste amargura:

—¿Por qué tembláis? ¿Quién soy yo? ¡Un hombre honrado! ¡Nada más! ¿Quién sois vosotros? Tú, una pobre y débil criatura—añadió, señalando á su mujer;—y usted, un vil seductor, ¡un hombre despreciable!

Al pronunciar estas palabras designó á Mr. de Valence, que dió un salto hacia atrás y se puso lívido de cólera.

—No te castigaré, Cristina—prosiguió el Marqués, sin hacer caso alguno de aquel movimiento;—yo soy un hombre fuerte y valeroso, y no alzaré mi mano sobre una criatura débil é indefensa: esa sería una hazaña digna de un cobarde; ade-

más, desgraciada mujer, sólo tengo fuerzas para compadecerte; te conozco y sé que, pasada esa embriaguez que se ha apoderado de tí, tu verdugo más cruel será tu propia conciencia. En cuanto á usted, señor de Valence, hijo y hermano de mis dos mejores amigos, ya es otra cosa.

—Estoy á las órdenes de usted—dijo Edmundo con frialdad;—sólo usted tiene derecho á imponer condiciones.

—Saldremos esta noche los tres para París. Mi mujer volverá á su casa, que es la mía; usted y yo nos batiremos con testigos: el mío lo será su hermano de usted.

—El mío mi padre—repuso Edmundo:—está dicho.

Y miró fieramente al Marqués, como haciéndole ver que le importaba muy poca cosa de la vida.

—No hay que hablar ahora nada más—dijo el Marqués.—Hasta la noche, caballero, en la casa de postas.

—Hasta la noche.

Mr. de Montbar ofreció el brazo á su mujer, que se apoyó en él sin decir una sola palabra, y salió después de enviar una mirada de desesperación á Edmundo de Valence.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

XV

Es el amanecer de un día nublado de Septiembre; pocos faltan para que se acabe, y la lluvia cae por intervalos espesa y fría en las calles de París.

El Marqués de Montbar se paseaba ya por su aposento; había velado toda la noche, y así lo demostraban dos bujías casi consumidas, cuyos restos ardían en dos candelabros de plata, á pesar de penetrar ya por los cristales la dudosa claridad del día.

La noche anterior habían llegado de Sevilla el Marqués, la Marquesa y Mr. de Valence. Ni una palabra habían cambiado en todo el camino; Cristina, presa de una terrible fiebre, había venido recostada en un rincón del carruaje; los dos rivales habían guardado un profundo y obstinado silencio.

Con más frecuencia y con más piedad también que las de Edmundo, se habían detenido sobre la Marquesa las miradas del ultrajado esposo; pero ella no tenía el atrevimiento de soportarlas, y si bien su imaginación, exaltada siempre, y más aún en aquellas extremas circunstancias, le de-

cía que no era un crimen amar á otro que á su marido, la vergüenza de su falta y la voz de su conciencia hablaban más alto que los sofismas de su cabeza.

Así que llegaron á su casa, Cristina se retiró á su cuarto, y á las repetidas preguntas de Águeda sólo respondió que se sentía enferma y que necesitaba de reposo.

¡Terribles fueron las horas de aquella noche!

Su huella profunda se grabó en las delicadas facciones de Cristina, que á la luz del día aparecieron marchitas para no adquirir ya más su anterior frescura.

¡Iban á batirse! ¿Cuál de los dos moriría? Si sucumbía Edmundo, ¿cómo podría soportar el peso de la vida?

Apenas la aurora empezaba á enviar al mundo su primera luz, oyó Cristina que alguien entraba á ver á su marido. Preguntó quién era, y le dijeron que el Conde y el Vizconde de Valence.

Oyóles asimismo salir, y, en su angustia mortal, corrió al aposento de su marido y llamó á la puerta, que estaba cerrada desde que habían salido los testigos.

—¿Quién va? — preguntó la voz de Mr. de Montbar.

—¡Soy yo! — dijo Cristina con acento tembloroso.

La puerta se abrió. La Marquesa dió dos ó tres pasos en la estancia; pero era tanta su emoción,

que sus piernas se negaban á sostenerla, y tuvo que apoyarse en una silla para no caer.

Su marido fué hacia ella, la tomó por la mano y la condujo á un asiento.

—Cálmate, Cristina—le dijo,—y dime lo que quieres. Tu estado me causa una profunda piedad... habla, amiga mía, habla: ¿qué deseas? No me temas; mi corazón no guarda ni un solo reproche para tí... yo soy aquí el más culpable... no he sabido cuidar de tu dicha, y por lo mismo, de la mía. Por olvidar el dolor que me causaba la muerte de Julia, me dediqué á los negocios, á la política, en fin, á distraerme: he sido un marido como tantos otros; pero no me portaré como ellos, no te castigaré ni te culparé: ¡nada temas!

—¡Oh, suprema bondad!—exclamó la Marquesa, cayendo de rodillas á los pies de su marido.—Esas dulces palabras me desgarran el alma más que sangrientas reconvenções. Mátame, Jorge, mátame... ¡pero no te batas!

—¡Matartel—repitió el Marqués, poniendo su mano enflaquecida sobre la cabeza inclinada de su mujer.—Eso, Cristina, no sería digno de mí ni podría hacerlo. Yo no soy un cobarde; pero tendría miedo á lo que me sucedería después de tu muerte: tu sombra ensangrentada me perseguiría sin tregua y no me dejaría descanso ni paz. ¡Hazaña triste es matar á una mujer! No espere ya el que la lleve á cabo un instante de tranquilidad, ¡no! Yo soy cristiano y rezo cada noche,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1880. JOSÉ MONTAÑEZ, MÉXICO

gracias á Dios, las oraciones de mi infancia, y digo de todo corazón estas sublimes palabras: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores.* Yo te perdono, Cristina.

—Entonces, Jorge—dijo ésta levantándose con la esperanza en los ojos,—¿por qué vas á batirte?

—Por dos razones—repuso el Marqués, haciendo sentar de nuevo á su esposa.—Para castigar á ese hombre, que no ha respetado en tí á mi mujer, y con la esperanza de morir. Si le mato, queda castigado; si me mata á mí, tú te verás libre y yo descansaré en el sepulcro de toda una vida de dolores.

—¡No, no! Ese duelo impío no puede llevarse á cabo—exclamó la Marquesa.—¡Su padre, su hermano no lo consentirán!

—Su padre y su hermano acaban de arreglar conmigo las condiciones; dentro de una hora debemos hallarnos sobre el terreno.

—¡Jorge, por Dios! ¡renuncia á ese proyecto! —dijo la Marquesa, cayendo á los pies de su marido y torciéndose las manos. — ¡Mírame á tus plantas! ¡Yo me encerraré en un convento! ¡huiré del mundo para siempre! ¡Piedad, piedad!

—Nadie te compadece más que yo, Cristina; pero es imposible lo que me pides, ¡es imposible! ¡He perdido la dicha; déjame al menos el honor!

—¡Pero, Dios mío, yo voy á volverme loco! ¿Qué armas habéis elegido?

—No quieras que te hable de estas cosas, mi pobre amiga—dijo el Marqués, volviendo á levantar á Cristina y llevándola dulcemente hacia la puerta.—Cálmate, retírate á tu cuarto... La Princesa va á venir y Diana la acompañará, pues acabo de escribirles dos letras. Ten valor para dominarte y calma para escuchar sus consuelos.

—¡Y mi padre! ¡mi padre, gran Dios! ¡Qué dirá de mí! ¡Qué dirá de su culpable hija!

—Yo hubiera querido ocultar á tu propia familia este desgraciado acontecimiento—dijo tristemente el Marqués;—pero no ha sido posible. Te suplico de nuevo que te tranquilices y que no me quites el valor.

En aquel instante se detuvo un carruaje en la calle, y poco después sonó la campanilla de la puerta de entrada.

Uno de los criados que estaban levantados desde muy temprano, sorprendido, como sus compañeros, de la agitación que reinaba en la casa, abrió.

La persona que llamaba era el Vizconde de Valence, que traía bajo el brazo una caja de pistolas.

Cristina, al verle, lanzó un grito de terror, y se dejó caer de rodillas delante de él.

—¡Piedad, Vizconde!—exclamó.—¡Que no se lleve á efecto ese duelo fatal! ¡Impídale usted, por el amor de Dios!

—No puedo, señora—respondió friamente el Vizconde:—usted debía haber evitado que se provocase; ahora ya es imposible retroceder.



La Marquesa se dejó caer de espalda contra un asiento, sin hallar fuerzas para levantarse, sin color y sin voz.

El Marqués y el Vizconde aprovecharon aquel instante, y salieron.

El ruido del carruaje que se alejaba sacó á Cristina de su atonía, y levantándose corrió á su cuarto dando gritos desesperados, y se arrodilló delante de un crucifijo.

Pero su cabeza, extraviada, no le permitía rezar; veía las mortíferas pistolas apuntando, y luego caer dos cuerpos bañados en sangre; dos hombres que cerraban para siempre sus ojos, acusándola de su muerte.

Entre tanto, el Marqués y su padrino llegaron silenciosamente al sitio designado de antemano, que era detrás de las tapias de los Inválidos; apeáronse y se pusieron á pasear, guardando siempre el silencio más profundo.

¿De qué podían hablar entonces aquellos dos hombres, aunque unidos por la más cordial y sincera amistad? Arturo de Valence temblaba por la vida de su hermano; de su único hermano, al que quería con la mayor ternura.

Un enojo sordo contra la Marquesa llenaba su corazón; acusábala de la desgracia que abrumaba á su familia, del dolor que torturaba á su marido y del pesar que debía desgarrar el corazón de su anciano padre.

A la tercera vuelta vieron llegar otro coche, y

descender de él á un joven que ayudó á apearse á un venerable anciano.

Aquella cabeza blanca, inclinada sobre el pecho por un profundo dolor, hizo temblar á Mr. de Montbar; pensó en el martirio del pobre padre sirviendo de padrino á su hijo, y pidió perdón á Dios de habérselo ocasionado.

Edmundo tenía también una caja de pistolas bajo el brazo, que entregó á su padre poco antes de llegar á donde estaba su adversario.

Saludáronse todos friamente. Se examinaron las pistolas, se contaron los pasos de distancia; los dos contendientes se pusieron el uno enfrente del otro, con la pistola en la mano, y se apuntaron.

La palidez de los padrinos era terrible; pero ningún músculo de su rostro pintaba la más leve agitación.

El Conde, inmóvil, parecía la estatua del horror, con su frente severa y espaciosa coronada de cabellos blancos.

Él fué quien dió la señal con una palmada, y en el mismo instante salieron los dos tiros.

La bala del Marqués fué á sepultarse en el costado de Edmundo; la de éste pasó rozando el hombro de Mr. de Montbar.

Los cocheros transportaron á Mr. de Valence al coche que le había traído con su padre y en el que se había quedado un cirujano; éste sacó del botiquín que llevaba trapos y vendas para restañar la sangre, pues la hemorragia era alarmante.

Mr. de Montbar y el Vizconde estuvieron mirando cómo colocaban al herido.

—¿Es peligrosa la herida?—preguntó el Marqués.

—Bastante, caballero—respondió el facultativo;—pero—añadió mirándole,—veo que también tiene usted el hombro lleno de sangre.

—Esto no es nada—repuso Mr. de Montbar:—una ligera rozadura. ¡Ojalá que no ofreciese más peligro la herida de Mr. de Valence!

Dichas estas palabras se encaminó á su coche, con el semblante triste, seguido del Vizconde.

—Amigo mío—le dijo,—puede usted acompañar á su padre y á su hermano: mi estado no ofrece el peligro más leve.

—Sin embargo, no debo abandonar á usted—dijo el Vizconde.—¿Por qué no permite usted que registren la herida?

—No, no: es inútil, y no merece la pena,—repuso el Marqués.

El cochero azotó á los caballos, que tomaron un medio galope.

## XVI

Al día siguiente, todo París tenía noticia del duelo ocurrido entre el Marqués de Montbar y Mr. de Valence, y de todas las circunstancias que le habían precedido, así como del motivo de él.

¿Quién lo había dicho? Con claridad, nadie; pero dado el hecho, se fueron recogiendo indicios y detalles: se supo que se habían hallado en España los Marqueses de Montbar á Mr. de Valence; que habían venido juntos, y que el duelo había tenido lugar: no fué menester otra cosa para que la reputación de la Marquesa quedase lastimosamente comprometida.

Cuando el Marqués llegó á su casa, su mujer corrió á su encuentro con ansia; pero tranquilizada ya respecto de su herida, no se atrevió á preguntarle nada acerca de la de Edmundo: era ésta una crueldad de la que no era capaz Cristina, cuyo corazón era tan noble, aunque estuviera extraviado por una loca pasión.

Tampoco Mr. de Montbar pronunció el nombre de su enemigo; se hizo curar la leve herida que tenía en el hombro, y luego fué al cuarto de su

Mr. de Montbar y el Vizconde estuvieron mirando cómo colocaban al herido.

—¿Es peligrosa la herida?—preguntó el Marqués.

—Bastante, caballero—respondió el facultativo;—pero—añadió mirándole,—veo que también tiene usted el hombro lleno de sangre.

—Esto no es nada—repuso Mr. de Montbar:—una ligera rozadura. ¡Ojalá que no ofreciese más peligro la herida de Mr. de Valence!

Dichas estas palabras se encaminó á su coche, con el semblante triste, seguido del Vizconde.

—Amigo mío—le dijo,—puede usted acompañar á su padre y á su hermano: mi estado no ofrece el peligro más leve.

—Sin embargo, no debo abandonar á usted—dijo el Vizconde.—¿Por qué no permite usted que registren la herida?

—No, no: es inútil, y no merece la pena,—repuso el Marqués.

El cochero azotó á los caballos, que tomaron un medio galope.

## XVI

Al día siguiente, todo París tenía noticia del duelo ocurrido entre el Marqués de Montbar y Mr. de Valence, y de todas las circunstancias que le habían precedido, así como del motivo de él.

¿Quién lo había dicho? Con claridad, nadie; pero dado el hecho, se fueron recogiendo indicios y detalles: se supo que se habían hallado en España los Marqueses de Montbar á Mr. de Valence; que habían venido juntos, y que el duelo había tenido lugar: no fué menester otra cosa para que la reputación de la Marquesa quedase lastimosamente comprometida.

Cuando el Marqués llegó á su casa, su mujer corrió á su encuentro con ansia; pero tranquilizada ya respecto de su herida, no se atrevió á preguntarle nada acerca de la de Edmundo: era ésta una crueldad de la que no era capaz Cristina, cuyo corazón era tan noble, aunque estuviera extraviado por una loca pasión.

Tampoco Mr. de Montbar pronunció el nombre de su enemigo; se hizo curar la leve herida que tenía en el hombro, y luego fué al cuarto de su

mujer, y le dijo con voz tranquila y tomándole afectuosamente la mano:

—Cristina, creo que aún renacerá la dicha para nosotros, y que aún podremos ser el uno para el otro lo que hemos sido durante cerca de cinco años. Entre tanto, seamos dos amigos; yo procuraré complacerte en todo, á fin de que tu corazón olvide lo que jamás debió acoger.

La Marquesa bajó la cabeza sin pronunciar una palabra. Su corazón se destrozaba al pensar en que quizá Edmundo había muerto. No sabía á quién preguntar ni de qué modo adquirir alguna noticia. Hasta entonces había esperado la llegada de la Princesa y de su hija; pero éstas no habían parecido.

—Mañana—prosiguió el Marqués,—hay baile en la Embajada inglesa. Es forzoso que vayamos los dos. Yo entraré en el salón dándote el brazo: ese es el medio mejor de hacer callar á los maldicientes.

—¡Pero estás herido!—murmuró Cristina.— ¡Ah! no merezco yo tanta generosidad.

—Mi herida es una cosa insignificante. Mañana por la noche estará casi cicatrizada. Este duelo se sabrá al momento, y á todo trance es preciso evitar que las malas lenguas...

—No tengo que hacer más que obedecerte—repuso la joven con abatimiento.—Manda: soy tu esclava.

—No quiero yo que seas tal cosa—repuso el

magnánimo esposo.—Sé mi amiga, mi hermana. Cuando la herida que sangra en nuestros corazones se haya cicatrizado, quizá podré darte de nuevo más dulce nombre. Unicamente siento que yo camino hacia la vejez y que tú empiezas á vivir. No obstante, espera días más felices.

Un criado llamó á la puerta, y avisó á la Marquesa que su padre la esperaba en el salón.

Cristina se puso lívida de espanto, y miró á su marido con angustia.

—No te dejaré expuesta al primer ímpetu de la cólera de tu padre—dijo el Marqués.—¡Ven! ¡Yo te acompañaré!

Y tomándola de la mano, la condujo al salón.

El Duque de Montenegro se paseaba con aire sombrío y con la cabeza inclinada sobre el pecho; sus grandes cejas negras estaban convulsivamente fruncidas. Al ruido de los pasos de su hija y de su yerno, que se acercaban, se estremeció.

Abrióse la puerta y apareció el Marqués, que tenía de la mano á Cristina.

—¡Padre!—murmuró ésta con voz temblorosa.

—No me dé usted ya jamás ese nombre, señora—barbotó el Duque.—A eso he venido, á prohibírsele. Mi hija era honrada y fiel á la fe conyugal; usted no lo es, y el alma de su madre debe estar profundamente triste en el cielo.

Cristina no se arrojó á los pies de su padre, como lo hubiera hecho otra mujer: el reproche la irritaba; la benevolencia la volvía humilde.

Retiróse dos pasos, y permaneció pálida y silenciosa.

—Yo la he perdonado y no quiero privarme de su compañía—dijo el Marqués con acento solemne.—Señor, no sea usted más cruel que yo, que soy el único que tenía derecho á castigar.

—¿Y mi nombre escarnecido? ¿Y mis canas manchadas con un borrón indeleble?—exclamó el Duque exasperado.

—Sólo el marido es responsable de las faltas de una mujer casada.

—¿Y usted acepta esa responsabilidad?

—Sí, señor.

—¿Y saldrá usted con esa mujer á la calle?

—Mañana iré con ella á la Embajada inglesa.

El Duque dió un paso hacia atrás. No pudo al pronto comprender aquella inmensa generosidad; pero luego la radiosa luz de tan caritativo proceder penetró las tinieblas de su enojo, y se arrojó en los brazos de su yerno.

—¡Oh, hijo mío!—exclamó.—¡Mejor que esa infeliz extraviada mereces tú toda mi ternura! ¡Gracias, gracias por tu generosidad! ¡Ojalá que ella sea el mayor castigo para la conciencia de mi hija, y que le diga hasta qué punto es grande el corazón que ha ofendido!

Hubo algunos instantes de silencio. El Duque hacía esfuerzos para dominar la emoción que sentía: Cristina lloraba. El Marqués se hallaba triste y cabizbajo.

—Procura merecer mi perdón, que aún no te doy, y el que tan generosamente te ha dado tu marido—dijo el Duque á su hija.—Piensa en su grandeza de alma, y que tu vida, de la que le hiciste dueño en tu extravío, se ocupe en recompensarle su admirable abnegación.

Estrechó por última vez la mano de su yerno, y salió sin mirar á su hija.

—Cristina—dijo el Marqués cuando quedaron solos,—retírate á descansar: bien lo necesitas, ¡pobre mártir! ¿Por qué hablan de castigo, ni qué castigo más rudo que el que estás sufriendo desde hace tantas horas? Ve y reposa, desgraciada criatura.

—¡Gracias!—exclamó la Marquesa.—Necesito efectivamente estar sola. ¡Mi cabeza arde! ¡Mi corazón pesa de una manera terrible!... ¡me ahogo! ¡Hasta luego, Jorge, hasta luego!

Lanzóse Cristina fuera de la estancia, y corrió á encerrarse en su cuarto.

Ya allí, su primer pensamiento claro fué para Edmundo. ¿Había muerto? No, porque en este caso su padre no hubiera dejado de acusarla por ello. ¿Estaba herido de peligro? Esto era lo más probable, casi lo seguro.

Llamó á su nodriza y le tomó las manos con ternura.

—Ve á su casa—le dijo,—si no quieres que pierda la razón: ya sabes que vive con su padre... infórmate de cómo está, de si es de peligro su

herida, de todo. Ve, mi buena Agueda, y prueba-me así que tu cariño es una verdad.

La complaciente mujer salió aturdida. La Marquesa, impaciente, creía que eran las horas minutos... Temblaba de ansiedad y de fiebre.

Agueda tardó más de una hora en volver. Le dijo que había hablado con el ayuda de cámara de Mr. de Valence, y que le había asegurado que la herida era muy peligrosa, si no mortal; que su amo deliraba desde el instante en que le habían acostado, y que no cesaba de pronunciar el nombre de Cristina.

La Marquesa se torció los brazos con desesperación y prorrumpió en secos sollozos.

—Y qué, señora—exclamó Agueda,—¿querrá usted todavía á ese hombre, que la ha comprometido á los ojos de todos, y que podía haberla dejado á usted sin esposo? ¡Pues yo no me acordaría de él sin horror!

—¡Ojalá—repuso Cristina,—que yo pudiera hacer lo mismo! ¡Ojalá que mi cabeza mandase á mi corazón! Pero ¡ay, Agueda! Mi corazón es todo suyo, y siento que así será hasta que muera.

—¡Bah, bah! ¡tonterías de niña! ¿Y qué sacará usted de ese amor? ¡Malos ratos y muchas penas! Además, el señor Marqués podrá perdonar la primera falta; pero si llega á saber que sigue pensando en él, ¿qué dirá?

—¿Qué sé yo? ¿Puedo yo vencer mi pensamiento, Agueda? Y además, dado el primer paso,

¿crees que mi esposo verá ya en mí á la esposa pura y sin mancha á quien respetaba tanto como quería? ¡Ay! El amor quedará tal vez; pero el respeto me faltará. Siempre estará dudando de mi virtud, aunque ésta sea tal que me convierta en mártir. ¡Le agradezco su perdón; pero no me basta para ser dichosa!

—¿Sería usted acaso más feliz viviendo al lado del señor de Valence?

—¿Y quién lo duda?—exclamó la Marquesa con entusiasmo.—Por él me he perdido, y tengo derecho á todo su respeto, á toda su consideración; en tanto que aquí, al lado de mi marido, que es el ofendido, sólo puedo sufrir reproches y excitar la compasión.

—Señora—dijo Agueda,—es siempre mucho mejor el marido que el amante. Yo soy una pobre mujer que nada sabe del mundo; pero he observado eso, y siendo joven, tuve ocasión de apreciarlo en un pueblo de Castilla. Dos infelices mujeres dejaron al marido por el amante, y luego el amante les hacía pasar la pena negra. Pero esto no tiene nada que ver con usted. Estoy segura de que no dejará su casa dando un escándalo terrible y á su marido un dolor mortal.

La llegada de la Princesa, á la que anunció un criado, cortó la palabra de la nodriza, que se retiró á una señal de la Marquesa.

El rostro de Fedora, siempre altivo, estaba grave y profundamente triste; sentóse al lado de

Cristina, sin tomarle la mano, y la miró con una compasión tan fría y casi tan acusadora, que la Marquesa sintió que su corazón se llenaba de ira y de dolor.

—No hubiera esperado lo que sucede—dijo la Princesa,—de tí, que has crecido á mi lado; de tí, á quien he educado con tanto cariño y amor; pero no vengo á reconvenirte, hija mía, sino á consolarte, y á decirte que el hombre por el que has perdido el derecho de levantar la frente, no lo merece.

La Marquesa guardó un triste silencio; la Princesa prosiguió:

—Como tú, otras muchas se han perdido por él, y, sin embargo, camina de placer en placer, y no ha satisfecho la sagrada deuda del honor ni aun con jóvenes que le han dedicado su primer amor y cuya virtud ha agostado para siempre.

—¡Oh, basta, basta, señora!—exclamó la Marquesa.—¡Ahl! ¡qué empeño en desgarrarme el corazón, como si su herida no fuera ya demasiado sangriental

—Yo pensé—repuso la Princesa con mayor frialdad en la voz,—que escucharías mis palabras con gratitud.

—¡Con gratitud, señoral ¿Y cómo es eso posible? ¿Qué bien les debo? Y además, sólo mi marido tiene derecho á juzgarme y reconvenirme; en los demás no le reconozco. Si usted no quiere, no vuelva á verme; si Diana no ha venido cre-

yendo, como pienso, que el entrar en mi casa perjudicaría á su reputación, que no venga; pero si ella ó usted vienen, que no sea para mortificarme con reconvenciones.

—Ni ella vendrá, ni yo volveré—dijo la Princesa levantándose.—Te compadezco y no quiero molestarte más.

Fedora salió, dichas estas palabras, y Cristina la siguió con una mirada, en la que había impresa una sombría desesperación.

Cuando hubo desaparecido, exclamó:

—¿Por qué dudar? ¡Todos me acriminan, todos me compadecen! Todos se creen con derecho para reconvenirme, para hablarme con una piedad insultante... ¡Sí... lo que yo he pensado es lo mejor!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XVII

Serían como las diez de la noche del día siguiente, cuando el Marqués de Montbar entraba en el cuarto de su mujer.

Hasta llegar á la puerta, sombrías nubes cubrían su semblante; pero, ya en ella, procuró disiparlas por medio de una sonrisa, en la que, á pesar de advertirse una gran cordialidad, había no poca violencia.

La Marquesa estaba sola, envuelta en una bata de cachemira azul y hundida en un sillón, con la frente apoyada en la mano.

Un quinqué ardía sobre la chimenea.

Agueda, sentada en la antesala, trabajaba en una calceta muy fina; de vez en cuando se dormía sin dejar de la mano su monotonía labor.

A la llegada del Marqués, estaba dormida; pero el ruido de sus pasos la despertó.

—¿Está vestida la señora?—le preguntó.

—¡Vestida!—replicó la nodriza frotándose los ojos.—¡Cal no, señor.

—¡Pues ya es muy tarde!

—Dice que se siente muy mala esta noche y que no puede salir.



El Marqués se encogió de hombros, y entró en el gabinete donde se hallaba su mujer.

—¡Qué! ¡aún estás así!—exclamó Mr. de Montbar.—¿Sabes la hora que es, querida Cristina?

—Jorge—dijo la Marquesa con voz suplicante,—¡perdóname que no vaya á la Embajada! ¡Ahórrame el martirio de ir!

—¡El martirio! ¡No te harás superior á tus recuerdos ni por dos horas!—observó el Marqués con no poca amargura.

—¡Es que no puedo!—dijo la Marquesa, cuya voz estaba llena de sollozos.

—¡Todo se puede con una firme voluntad!

—¡A mí me falta el valor para esa terrible prueba!—gimió Cristina.—¡Dios mío! ¡Presentarme ante esa sociedad maldiciente! ¡Qué será de mí!

—Es la única manera de cortar las habillitas y de embotar los dardos de la murmuración—dijo el Marqués, compadecido del dolor de su esposa.—Yo te protegeré, porque, al verte de mi brazo, nadie querrá ser más riguroso que yo, ni se reconocerá con derecho para serlo. ¡Vamos, Cristina, valor! Es necesario que te vean en público, créeme: dame gusto en esto.

—¡Tú no has pensado!—repuso la Marquesa—en que hay muchas mujeres que me envidiaban, y en que éstas van á ser mis más terribles jueces! ¡Yo soy nerviosa... arrebatada! Pudiera oír una frase que me hiriera demasiado, y tal vez se me escape alguna palabra imprudente... ¡Oh, Dios mío! ¡Un

escándalo, en mi situación, sería terrible, y más terrible aún devorar los ultrajes de las que siempre han sido mis enemigas!

—Aunque oigas palabras equívocas, haz como si no las escuchases.

—Tu empeño—dijo la Marquesa levantándose,—más parece á un castigo que á una reparación; pero ya que deseas que así sea, no tengo el derecho de quejarme, sino el de obedecerte.

El Marqués no respondió. Aquel silencio pareció á la Marquesa un acto de despotismo, puesto que era asentir á que deseaba que le obedeciera.

Llamó á sus doncellas y entró en su gabinete de tocador para vestirse.

El Marqués entró en su cuarto para vestirse también.

Su fisonomía estaba más sombría que al presentarse en la estancia de su mujer. Aquella palabra *escándalo*, aquella terrible palabra resonaba en sus oídos y aparecía ante sus ojos como un fantasma amenazador y armado con una espada de fuego.

Cerca de las once eran cuando volvió á entrar en el cuarto de Cristina: ésta llevaba un traje deslumbrador; pero su palidez era tal, que parecía un cadáver envuelto en costosas galas.

¡Pensaba en Edmundo! ¡en Edmundo herido por ella! ¡agonizante quizá!

El carruaje esperaba. El Marqués ofreció el brazo á su esposa; Agueda le colocó en los hombros

la capa de raso blanco guarnecida de pieles, y bajaron la escalera silenciosos y sombríos.

¡De qué distinto modo hubiera ido al baile la Marquesa si hubiera permanecido inocente!

Su corazón sangraba y se oprimía con un funesto presagio.

El carruaje se detuvo á la puerta de la Embajada, y los Marqueses de Montbar entraron en el patio, que estaba adornado de candelabros y de innumerables macetas de flores.

El peristilo de la escalera, muy ancho y sostenido por columnas de mármol, se hallaba cerrado por una verja dorada, y huyendo del calor de los salones, algunos caballeros disfrutaban allí del aire fresco de la noche y del aroma de las flores del patio.

—¡Calle! Ahora llegan el Marqués y la Marquesa de Montbar,—dijo uno de ellos.

—¿De veras?

—Véalos usted.

—¡Pero si ayer se ha efectuado el escandaloso desafío con Valence!

—A pesar de eso, están aquí.

—Pues digo que esa mujer tiene muy poca aprensión.

—¡Y él más valor que un héroe!

—¡Imposible parece!

—He visto sangre fría, pero no hasta ese punto.

Toda esta conversación llegó á oídos de Cristina y de su marido: éste sintió el temblor nervioso

del brazo de su esposa, y sintió también que su corazón se helaba y que su valor era más bien temeridad al arrostrar tan pronto, después de un lance ruidoso, las hablillas del público.

Pasó por el peristilo con la cabeza erguida, y su esposa bajó la frente abrumada con el peso de las miradas de todos aquellos hombres.

Llegaron á la puerta del salón donde se hallaba recibiendo la Embajadora: al ver á Cristina, hizo un gesto de asombro, casi de espanto; luego la saludó con notable frialdad.

¡Ella, tan amable, tan cordial y tan benévola para todos!

En vez de ir á colocarla, como lo había hecho otras veces y como lo hacía con sus amigas predilectas, la Embajadora dijo á Mr. de Montbar:

—Querido amigo, dejo á usted el cuidado de colocar á la señora.

La Embajadora había llamado siempre á la joven *su querida Cristina, su adorable Marquesita*.

¡Qué humillación!

La sala daba vueltas en derredor de los ojos del Marqués.

Cristina respiraba apenas, y sólo murmuraba por lo bajo como si estuviera loca ó sonámbula:

—¡Bien lo decía yo! ¡Bien lo decía yo!

Dos ó tres veces fué el Marqués á colocar á su mujer en una silla desocupada, y las damas sen-

tadas cerca la hicieron desaparecer ensanchándose, como si repugnaran semejante vecindad.

De repente, y cuando ya faltaba el sentido á la desgraciada joven, oyó ésta una voz muy conocida y muy dulce que le dijo:

—¡A mi lado, Cristinal! ¡Ven á mi lado, que hay asiento!

—¡Gracias, Dianal!—exclamó el Marqués con efusión;—¡gracias por ella y por mí!

—¡Dios mío! ¡Estáis lívidos los dos!—dijo la Vizcondesa.—Marqués, váyase usted allá fuera... busque á Arturo y tranquilícese; yo sosegaré á mi pobre hermana.

—¡No, no! No quiero alejarme de ella,—respondió Mr. de Montbar.

—¿Qué puede temer á mi lado?—preguntó Diana;—además, esas mujeres se reportarán.

—¿Ha venido tu madre?—preguntó la Marquesa á su amiga con voz temblorosa.

—Sí—respondió Diana:—está allá... á la izquierda... ¿no la ves?

—¡Cuánto te reñirál!

—¿Por qué?

—Porque me has llamado al lado tuyo.

—¡Infeliz amiga mía!—exclamó Diana, de cuyos ojos cayeron dos lágrimas gruesas y hermosas como dos perlas ofrecidas en el altar de la caridad.—¡A qué extremo has llegado de timidez y apocamiento! ¡Nada temas por mí! Es verdad que mi madre me ha prohibido que fuera á verte hoy;

pero podré hacerlo mañana y todos los días: tú eres como antes, mi Cristina, la querida compañera de mi infancia.

Diana se detuvo y miró con angustia en torno suyo: oía sordas risas y cuchicheos que la hacían temblar.

Una dama joven y muy elegante, que se hallaba á su espalda, la tocó con el abanico; la Vizcondesa se volvió.

—¿Queréis algo?—le preguntó.

—Sí—repuso aquélla.—Quería decirte que te comprometes de una manera horrible, querida Diana.

—¿De qué modo?

—Estando al lado de esa mujer; estrechando su mano, y dándole muestras de tan íntima amistad.

—Ha sido mi amiga de la niñez, querida Clotilde, y ahora la amo como antes.

—¿Pero no sabes el escándalo que acaba de dar?

—Sí, lo sé...—respondió la Vizcondesa, cuya firmeza empezaba á vacilar.

—Clotilde no se refiere sólo al desafío, Vizcondesa—dijo otra encantadora joven rubia y delicada:—se refiere á que en Sevilla se fué á vivir á casa del amante. Eso es horrible é imperdonable.

—¿Es más noble y más digno tener el amante sentado á la espalda?—exclamó la Marquesa volviéndose, con las mejillas rojas como la púrpura y

los ojos echando llamas.—Porque creo que es su amante de usted el Duque de...

—Eso sólo le interesa á mi marido—dijo la joven rubia.—Yo no le he abandonado, ni he abandonado mi casa.

—Pero, querida mía—repuso Clotilde riendo,—no sé por qué te entretienes en discutir con la señora: ¡no estáis á la misma altura!

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Señoras, perdón! ¡perdón para mi pobre amiga!—exclamó la inocente Diana, de cuyos ojos se escapaban gruesas lágrimas.

—¡Perdón! ¿Por qué le imploras para mí de esas mujeres hipócritas y malvadas?—gritó la Marquesa levantándose,—¿y por qué he consentido yo en venir á su lado? ¡Bien sabía que habían de tomar una ruín venganza de los triunfos que he conseguido sobre ellas!

Una carcajada de todas las damas sentadas al derredor acogió estas palabras; pero hasta aquella risa, por punzante que fuese para la Marquesa, era comedida: más diestras que ella, sabían provocar el ridículo con sus pullas, y hacer que cayese entero y sangriento sobre Cristina, entregándola á su doloroso é impotente furor.

Este subió á su último grado al oír las insultantes risas: entonces la Marquesa se levantó como la cierva herida de muerte, y exclamó con acento ahogado y con una risa convulsiva:

—¡Ah, ahl! ¡Os tenéis á menos de estar á mi

lado! ¡Creéis que mi presencia os mancha! Pues bien: sabed que yo también me creo manchada con vuestra hipócrita proximidad y con el espectáculo de vuestros desórdenes, y huyo contenta de vosotras y despreciándoos tanto como merecéis.

Cristina, ciega, casi loca, presa de un terrible paroxismo nervioso, con los dientes apretados y los ojos centelleantes, atravesó el salón con paso presuroso.

Ni la misma Diana se atrevió á seguirla: tan inaudito era el escándalo.

La Princesa, que se hallaba sentada hacia el centro de la sala y había seguido todos los pormenores de la escena precedente, clavó en la infeliz joven una mirada de sangriento y profundo desprecio.

Cristina no vió aquella mirada ni ninguna de las de asombro, burla ó estupefacción que se fijaban en ella; pero su marido, que, al verla atravesar el salón, se adelantó á recibirla, la percibió muy bien y la sintió en el corazón como la hoja de un puñal.

El Marqués era demasiado noble para dejar á la abandonada Cristina sin socorro, y la amaba todavía con pasión: detuvo su loca marcha por en medio del salón, la asió de la mano y la condujo al umbral de la puerta.

Desde allí miró con desprecio á aquella multitud cubierta de oro y seda, y gritó con voz poderosa y clara:

—¡Yo soy el que protege á esta mujer, que es la

mía! Soy el Marqués Jorge de Montbar, y hago responsables á todos los hombres aquí presentes de la vileza con que sus esposas... y sus queridas han insultado á la Marquesa de Montbar.

El Marqués desgarró su rico guante blanco, le sacó de la mano izquierda y lo arrojó en medio del salón como un reto mortal.

Nadie lo recogió.

Con la cabeza erguida y sin soltar la mano de su mujer, que se hallaba yerta y pálida como un cadáver, prosiguió:

—¡Coquetas sin corazón! ¡Hipócritas que vendéis cada día la fe conyugal! ¡Delante tenéis aún á esta mujer, á la que, olvidando todas las leyes de la caridad, habéis insultado! ¡Aquella de vosotras que esté limpia de toda culpa, arrójele la primera piedra!

Todas las cabezas se inclinaron al oír las sublimes palabras de Jesucristo arrojadas en medio de aquel salón lleno de declaraciones amorosas, de pensamientos culpables y de las notas de una música voluptuosa y mundana.

El heroico esposo lanzó una última mirada á aquella turba, y salió con su mujer atravesando el ancho peristilo, donde se hallaban los lacayos asombrados, y bajando lentamente la escalera.

Su coche estaba allí, pues previendo algo de lo que iba á suceder, había ordenado á los lacayos que esperasen.

Ayudó á entrar en el carruaje á Cristina, que se

acurrucó en el rincón más oscuro como si hubiera querido huir de sí misma.

El Marqués, dominado por su amarga y terrible emoción, tampoco habló una palabra.

El carruaje llegó al palacio de Montbar.

Al bajar de él, el Marqués condujo á su habitación á su esposa, quien, apenas entró, se echó de rodillas y exclamó inclinando la cabeza:

—¡Ah! ¡Perdón, perdón!

—¿De qué?—preguntó el Marqués.—¿De qué he de perdonarte? ¡Tú eres la que debes perdonarme por haberte sometido á tan bárbaro martirio! Yo te obligué á ir á esa fiesta.

—¡Pero yo debía haber sufrido, haberme callado ante la burla y el insulto! ¡Ah! ¿Tengo yo, por ventura, el derecho de ser aún altiva?

—Lo tienes, como lo tiene toda mujer que no se halla degradada—repuso el Marqués.—Tu duda prueba que tu alma está ileso y que es noble y enérgica. Sosiégate, mi pobre Cristina, sosiégate. ¡Ya no volveremos á frecuentar más esa despiadada é hipócrita sociedad! Huiremos de París. ¡Nos iremos al campo y viviremos en la soledad! Ahora seremos dos amigos, dos hermanos; después... ¿quién sabe? El olvido es un bálsamo poderoso, el más eficaz de todos los bálsamos. Confía en él y en Dios. Ora y descansa. ¡Mi apoyo jamás te faltará!

El Marqués besó en la frente á su esposa y salió.

Cristina volvió á dejarse caer de rodillas, y sepultó su cabeza en el asiento de una silla, sollozando con honda amargura. Como sucede á todas las naturalezas altivas, el rigor la irritaba; pero la dulzura la conmovía, de suerte que la llegaba al más alto grado de gratitud.

—¿Este hombre es un santo ó un héroe?—se preguntaba.—¡Yo no había concebido nada tan grande sobre la tierra! ¡Yo le he arrebatado su hija, yo le he cubierto de oprobio, yo le he sumergido esta noche en la sima sin fondo del ridículo! ¡Y él me ampara, me protege; desafía al mundo entero, se proclama mi esposo y mi defensor! ¡Dios mío! Si dáis palmas y coronas á los mártires del cuerpo, ¿qué premio daréis á este mártir del corazón?

Un fuerte campanillazo y algunas voces descompasadas, que le siguieron, interrumpieron las reflexiones de Cristina; después se oyó sollozar á un hombre y á un hombre anciano. La Marquesa, impulsada por una fuerza irresistible, corrió hacia la puerta que daba al cuarto de su marido y la abrió, porque en él había entrado la persona que gemía, y en la voz había reconocido con horror al antiguo ayuda de cámara de su padre. Helada de pavor, se quedó en el umbral y oyó preguntar á su marido dirigiéndose al viejo:

—¿Qué hay, Francisco? ¿Qué sucede?

—¡El señor Duque... el señor Duque!...—exclamó Francisco agitado.

—¿Qué tiene?

—Fué á la Embajada de Inglaterra...

—¿Fué? No le ví.

—Pues fué, sí, señor, y presencié lo que pasó con la señora Marquesa... Se salió del baile, vino á casa como un loco, y... y...

—¡Acabe usted por Dios!

—Se encerró en su cuarto... y...

—¿Qué?

—Oí un tiro... entré... por la puerta del lado de su alcoba... y le hallé cadáver.

—¡Cadáver!

—¡Se disparó un pistoletazo!

Un grito desgarrador se escapó del pecho de Cristina, que cayó sin sentido. El Marqués no lo oyó: aturdido con la desgracia que le acababan de relatar, loco con tantas y tan terribles emociones, salió de la estancia con el ayuda de cámara, y se dirigió á casa de su suegro por si aún había alguna esperanza de salvarle.

¡Sólo halló un cadáver, cuyo rostro expresaba la más desgarradora desesperación!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## XVIII

Edmundo de Valence se hallaba acostado en la magnífica cámara que ocupaba en casa de su padre, grande y opulento señor en toda la extensión de la palabra.

Su herida era muy peligrosa; una fiebre ardiente le devoraba, y el médico había declarado por la tarde que, si no disminuía, su estado sería en extremo grave.

Sentado á su cabecera, sombrío y desesperado, se hallaba su padre: quebrantaba el corazón ver á aquel noble anciano, con la cabeza blanca, llorando lenta y silenciosamente.

La cámara estaba alhajada con una suntuosidad admirable, pero á la par con esa sencillez del mejor gusto cuando se trata de la habitación de un hombre.

El tapiz de las grandes cortinas de los balcones era de seda de Persia, de color verde claro, con lunares en relieve más oscuros; dos magníficas panoplias de armas extranjeras de guerra y caza; una mesa, obra maestra del arte de ebanistería; algunos cuadros de gran mérito, y una librería de

palosanto con los volúmenes favoritos de Edmundo, componían el mobiliario.

La alcoba estaba adornada de columnas, é interiormente cerrada por un rico tapiz de seda, á la sazón descorrido.

En el fondo, y en un soberbio lecho esculpido, se hallaba Edmundo: una lámpara de alabastro pendía del techo, sostenida por una cadena de plata; á los pies un velador de palosanto, con un tablero de mármol, sostenía botellas y vasos, un termómetro y un reloj de instantes fijos.

Al lado de este velador, y sentada en un sillón, dormitaba una enfermera.

Las revueltas ropas de batista del lecho dejaban ver sus colchones de damasco carmesí; la colcha era de rico terciopelo del mismo color.

Edmundo, vestido de una camisa de batista, tenía los brazos fuera de la ropa, agitado por un mortal desasosiego: la blanca tela de su camisa tenía una gran mancha de sangre; su frente, cubierta de lívida palidez, se hallaba inundada también de un sudor frío; la hermosa masa de sus cabellos negros se destacaba de la blanca camisa, entre una pila de almohadas que la sostenía; sus grandes ojos, pesadamente cerrados, parecían abrumados por el peso de su doliente cerebro; sus labios, secos y entreabiertos, dejaban ver el nacarado esmalte de sus dientes; su respiración era lenta y entrecortada.

El Conde de Valence adoraba á sus dos hijos,

pero con mucha más pasión á Edmundo que al mayor. La delicada belleza de aquél, su talento, su carácter melancólico, su perfecta elegancia, todo esto le hacía seductor á sus ojos. Además, el heredero de su casa era Arturo; Edmundo, como segundo, era mucho más pobre, aunque á la muerte de su padre debía poseer los bienes del título de su hermano, que debía pasar á él.

Todo el dolor del alma del desgraciado padre se leía en sus ojos y en la expresión desesperada de su rostro. Los labios de Edmundo murmuraron algunos sonidos; el Conde inclinó la cabeza y oyó esta sola palabra:

— ¡Cristina!

— ¡Siempre el mismo pensamiento! — se dijo el Conde. — La imagen de la Marquesa se ha grabado en su alma con caracteres de fuego; aun en medio de su letargo teme por ella... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué haré para tranquilizarle?

— ¡Cristina! — volvió á murmurar Edmundo más distintamente.

— ¡Hijo mío! ¿qué tienes? — preguntó el anciano inclinándose hacia el lecho. — ¿Sufres? ¿Quieres algo?

— ¿No ha venido, padre mío? — preguntó el herido.

— ¿Quién?

— ¡Ella!

— ¿Quién es ella? ¿De quién hablas, hijo mío?



—¿De quién puede ser sino de Cristina? ¿No ha venido á ver cómo estaba? ¿La habrá muerto su marido?

—No: tranquilízate—repuso el Conde.—Cristina vive y está buena.

—¿Está buena y no ha venido á verme? ¡Padre, eso no puede ser! ¡Quizá no sepa que estoy herido y que me muero!

—Lo sabe, hijo mío: su nodriza ha venido á saber de tu estado.

—¿Y le han dicho la verdad?

—Toda la verdad.

—¿Y no ha venido Cristina?

—Ya ves que no.

—¡Padre, necesito verla porque me muero!

—¿Qué dices?—exclamó aterrado el Conde.—

¡Verla! ¡Eso, hijo mío, no es posible! Cuando ella no ha venido, será porque no habrá podido dejar su casa ni á su ofendido esposo.

—¡No, no!—repuso Edmundo, agitándose con desesperación.— Cuando ella no ha venido, es porque su marido la ha castigado con la muerte.

—¡No te digo que vive!

—¡Por engañarme! ¡Ella ha muerto, ha muerto!

Y Edmundo, ocultando la cabeza entre las ropas del lecho, se puso á sollozar desesperadamente.

La primera luz del día penetraba ya por los cristales. El Conde, cuyo corazón se prensaba de

angustia, salió á la antecámara y ordenó á un criado que fuese á llamar al médico.

En seguida despertó á la enfermera y le pidió un cordial para el moribundo; pero éste, en vez de tomarle, lo rechazó con despecho.

—¡Edmundo, hijo mío! ¿Quieres matarme?—exclamó el anciano con el llanto en los ojos.

—¡No, padre mío! ¡Quiero morir—respondió el herido;— pero quiero morir después de verla!

El Conde dejó caer la cabeza sobre el pecho, y ocupó de nuevo su sillón á la cabecera de la cama.

La respiración del herido era cada vez más penosa y más entrecortada: sollozaba y lanzaba gritos inarticulados, dejándose llevar de la desesperación.

De esta suerte se pasó media hora hasta la llegada del médico; éste se acercó al lecho, examinó al enfermo y dijo:

—Esta terrible agitación agrava mucho su ya deplorable estado. Es preciso á toda costa que venga esa persona á quien llama.

—¡Imposible, doctor, imposible!—exclamó el Conde.—¿Sabe usted que es una mujer casada?

—Lo sé.

—Ya ve usted, pues, que es imposible que venga.

—Creo que no, señor Conde. Una falta suya ha conducido á su hijo de usted á las puertas de la muerte; ¿no sería disculpable que faltase hoy por humanidad?...

—¡Eso sería hasta justo, doctor!—exclamó el pobre padre;—pero ¿quién se atreverá á aconsejarle que dé un paso tan arriesgado?

—Usted.

—¡Yo!

—Sólo el padre de Edmundo puede suplicar á esa mujer que se comprometa de tal suerte.

—¡Oh, jamás, jamás me atreveré!—murmuró el Conde.

—Pues Edmundo morirá; es imposible que resista la violenta crisis que le acosa, señor Conde.

—¿Es decir, que el medio que proponéis es el único recurso de salvarle, doctor?

—El único, á menos que esa idea fija abandone su cabeza.

—¡Esperemos, esperemos! ¡Quizá varíel... Quizá ese pensamiento que le atormenta dará lugar á otro.

El doctor se encogió de hombros; la crisis nerviosa del herido iba á más en vez de calmarse. El nombre de Cristina salía sin cesar de los labios de Edmundo, que la lloraba muerta con gritos desesperados.

La fisonomía del Conde se descomponía; la angustia se retrataba en sus facciones; en fin, aturdido, casi loco con los lamentos de su hijo, el anciano tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Media hora después volvía á entrar con Cristina de la mano.

La Marquesa iba pálida y muda como la estatua de la desesperación.

—¡Hijo mío, hijo mío, aquí está Cristinal—exclamó el anciano.—¡Vive, vive! Ella quiere que vivas, y yo moriría si tú faltases.

Edmundo abrió los ojos, miró á Cristina, dejó escapar un grito de alegría y asió sus dos manos con pasión.

—¡No ha muerto, no ha muerto!—exclamó con delirante expresión.

—¡Pluguiera al cielo!—murmuró la Marquesa con ahogado acento.



## XIX

Quando el Conde de Valence llegó á casa de Cristina, ésta había vuelto ya en sí del mortal desmayo que le había causado la noticia del suicidio de su padre, gracias á la vehemencia misma de su dolor.

Sentóse en una silla y se preguntó si la escena del baile y la catástrofe que acababa de tener lugar, eran efecto sólo de una horrible pesadilla; pero la fría y espantosa realidad no tardó en aparecer ante sus ojos.

—¿Qué soy yo ahora para el mundo?—se decía.—¡Un objeto de desprecio y de horror! Ni mi padre ha podido hallar fuerzas para soportar mi oprobio, y ha buscado la muerte. ¿Por qué no he de buscarla yo? ¿Quién me llorará? ¡Nadie! Mi marido dará gracias al cielo de que haya seguido el ejemplo de su primera esposa. ¡Desgraciada de mí! ¡A dónde me ha conducido mi primera falta! ¡Yo era buena, feliz, amada de todos; yo era el orgullo de mi padre y de mi marido! ¡Ah! ¡Dios me ha probado con harta crueldad!

La Marquesa se detuvo; el día nebuloso dejaba

penetrar por las vidrieras de la ventana de su dormitorio una triste luz. Cristina tenía la cabeza muy débil, pues hacía muchas horas que no tomaba alimento alguno: esto, unido á la fatiga de tantas y tan violentas emociones, había encendido en sus venas una abrasadora fiebre. Quiso salir, porque ansiaba ir á dar el último adiós al cadáver de su padre, y sintió que su cabeza se desvanecía y que todo daba vueltas ante sus ojos.

—¿Por qué, Dios mío—exclamó,—no me dais la muerte como fin de tan terribles dolores? Sólo hay en la tierra un sér que me ame... ¡Edmundo!... ¡Y ese, por mi culpa también, quizá está agonizando!

En aquel instante oyó sonar violentamente la campanilla de la puerta de entrada, y poco después vió entrar al Conde con el semblante descompuesto.

A la vista del anciano, que tal vez venía á reconvenirla también por la muerte de su hijo, la Marquesa dejó escapar un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—¡Edmundo se muere, señora!—exclamó el Conde, como si quisiera corroborar el pensamiento de Cristina.—¡Se muere y la llama á usted! ¡Venga usted á darle este último consuelo!

—¡Se muere!—repitió la Marquesa.—¡Feliz él y desgraciada de mí!

—¡Quizá al ver á usted recobre la vida! A lo menos, en que usted vaya está fundada la última

esperanza del facultativo que le asiste. ¡Ah! sígame usted. ¡Se lo pido de rodillas!

—¡Sí, sí, iré!—exclamó Cristina.—Basta de catástrofes por causa mía. Vamos, señor, vamos, y al menos que se salve Edmundo.

La Marquesa se dirigió á la puerta de su cámara; pero su cabeza se desvaneció y estuvo á punto de caer.

El Conde le dió el brazo y la sostuvo. En la esquina de la calle había ya carruajes de alquiler: tomó uno; ayudó á Cristina á entrar en él; se sentó á su lado, y dió al cochero la orden de apresurar el paso hacia su casa.

Cristina, cuya fiebre crecía por instantes, iba como adormecida; al llegar al lado del lecho de Edmundo, aún se hallaba presa de un vértigo.

Pero al grito de alegría del hombre á quien amaba tanto; del hombre que, á pesar de las borrascas de su dolor, no se separaba de su pensamiento, se sintió querida con pasión por él y volvió en sí con un sentimiento de felicidad.

La desventurada dió gracias al cielo por haberla reunido con el que la amaba, separándola de los seres á quienes ella había ofendido.

—Ya estoy á tu lado para siempre—dijo á Edmundo;—ya no nos separaremos.

—¡Nunca, nunca!—exclamó el herido.—¡Yo seré para tí todo lo que has perdido, todo lo que dejas por mí!

—Hijo mío—dijo el Conde,—Cristina no pue-

de permanecer aquí más que muy poco tiempo.

—¡Volver á mi casa!—dijo espantada la Marquesa.—¡Jamás, señor Conde, jamás!

—Para evitarlo, Marquesa, no puede usted permanecer en París. Dentro de una hora debe usted salir para Inglaterra: así que deje á Edmundo fuera de peligro, yo seguiré á usted y él se nos reunirá tan pronto como pueda viajar.

—¿Pero qué mal hay en que esté aquí, padre mío?—preguntó el enfermo.

—Que su marido la hará volver al domicilio conyugal, hijo mío, y esta vez ya no la perdonará tan fácilmente.

—Es cierto—murmuró Edmundo.—¡Parte, Cristina, parte! La certeza de que me esperas me aliviará en breve y podré ir á reunirme contigo.

—¡Abandonar el sitio donde duermen los restos de mi padre!—exclamó la Marquesa.—¡Alejarme de todo lo que me amaba! ¡Ahl Eso es horrible.

—Tu padre irá á verte donde quiera que estés—observó Edmundo.—Un padre perdona siempre.

—¡Mi padre ha muerto!

—¡Ha muerto!—repitieron atónitos el Conde y su hijo.—¿Dónde? ¿cuándo?

—Esta noche se ha suicidado al salir de la Embajada inglesa, donde presencié los insultos de que fuí objeto.

—Ese lazo menos la liga á usted ya á la Fran-

cia, mi pobre Cristina—dijo el Conde.—Ya no puede usted contar con otros protectores que con mi hijo y yo; pero nosotros la indemnizaremos de todo lo que ha sufrido. Vamos ahora á tomar algún alimento; entre tanto vendrá un carruaje, y se enviará á buscar á Agueda con una persona de confianza que llevará dos renglones de usted; dentro de una hora tomará usted con ella el ferrocarril para Inglaterra; se embarcará usted en Calais, y mañana estará usted en Londres, desde donde nos escribirá al instante.

Como por encanto se presentó á los ojos de Cristina una mesa servida con todas las delicadezas que el paladar más enfermo ó más exigente podría desear. Halló en seguida un gabinete de tocador dispuesto con una camarera para vestirla, y, sobre un diván, un precioso traje de camino de riguroso luto.

El anciano Conde hacía todas las cosas maravillosamente y con espléndida magnificencia.

Poco escrupuloso en materias de religión, lo era mucho en las que él creía de honor, y se había propuesto llenar con rica perfección los deberes de hospitalidad hacia la Marquesa, á la que profesaba una ciega gratitud por haber salvado á su hijo de una muerte segura con su sacrificio.

Antes de cambiar de traje, Cristina escribió dos renglones á su nodriza, á quien se los llevó un mozo de recados de una fonda cercana.

Cuando la Marquesa estuvo dispuesta, el Conde entró y le presentó una pequeña y elegante cartera perfumada.

—Hija mía—le dijo,—sólo así te llamaré en adelante, y como padre te trataré, reemplazando al que la desgracia te ha quitado; tú serías la esposa de mi hijo si no te uniese á otro un lazo indisoluble, y su esposa serás si el cielo lo desata algún día. Así, pues, bien puedo ofrecerte este préstamo; me has seguido generosamente por salvar á mi Edmundo, y nada has sacado contigo: aquí tienes algún dinero para los primeros gastos de tu instalación; admítelo como admite una hija lo de su padre.

Cristina tomó la cartera, no sin que sus mejillas se cubriesen de un vivo encarnado. ¡Ayl! estaba destinada á aceptar todos los sacrificios!

—¡Gracias!—dijo el Conde.—Vamos, y ahora el último abrazo á Edmundo, y parte; ya te espera Agueda en mi cuarto. Necesitas por algunos días calma y soledad; lejos de París hallarás muchas cosas.

Cristina se despidió de Edmundo con sollozos, y abrazó á su padre con el mismo dolor; echó el velo de blonda de su sombrero sobre su rostro, bañado en llanto, y subió al carruaje con Agueda, que la hubiera seguido al fin del mundo.

Apenas hacía algunos minutos que habían partido, cuando llegó el Vizconde de Valence con su esposa: ambos se hallaban azorados.

—¿Está aquí la Marquesa, padre mío?—preguntó Diana al Conde.

—No,—respondió el anciano con gravedad.

—¿De veras?

—¿Te he engañado yo alguna vez, hija mía? Diana bajó la cabeza sin responder.

—¿Pero ha estado, padre?—preguntó su marido.

—Sí,—contestó el Conde con la misma firmeza.

—¿Y ahora está?

—¡No!

—¿Pues dónde se halla?

—Camino de Londres.

—¡Perdida para siempre!—exclamó Diana, dejándose caer sollozando sobre una silla. — ¡Y yo que la amaba tanto! ¡Desgraciada hermana mía!

.....  
 .....  
 Aquella noche, á las once, el ayuda de cámara del Marqués de Montbar llevaba al Conde de Valence un paquete cerrado con lacre negro.

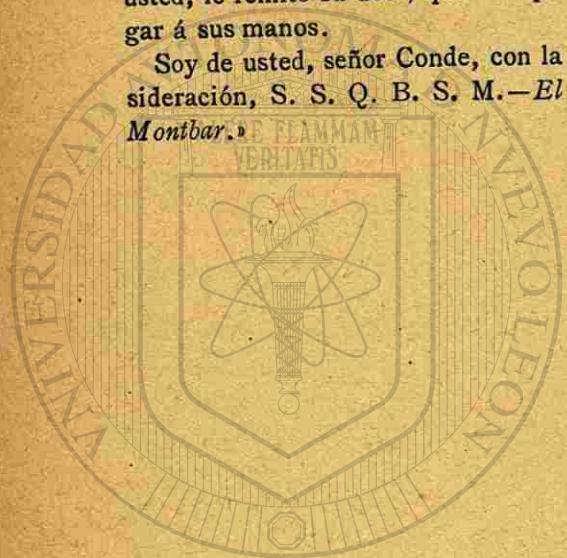
Dentro había una carta y muchos billetes de Banco.

La carta sólo contenía estas palabras:

«Señor Conde: Mi mujer ha desaparecido por segunda vez de su casa. Visto su empeño en huir de mí, no pensaba ya buscarla, y siento que haya ido á arrostrar las molestias de un viaje, temiendo, sin duda, que yo la obligaría á vivir á mi

lado. Puesto que usted debe saber dónde se halla, y conociendo desde largo tiempo la hidalguía de usted, le remito su dote, que le suplico haga llegar á sus manos.

Soy de usted, señor Conde, con la mayor consideración, S. S. Q. B. S. M.—*El Marqués de Montbar.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XX

Como unos quince meses después de los sucesos que acabamos de referir, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenía lugar en una linda casita situada en la calle de Babilonia, de París.

La entrada era por el jardín, en cuyo centro se veía un pabellón que servía de vivienda á dos personas y su servidumbre.

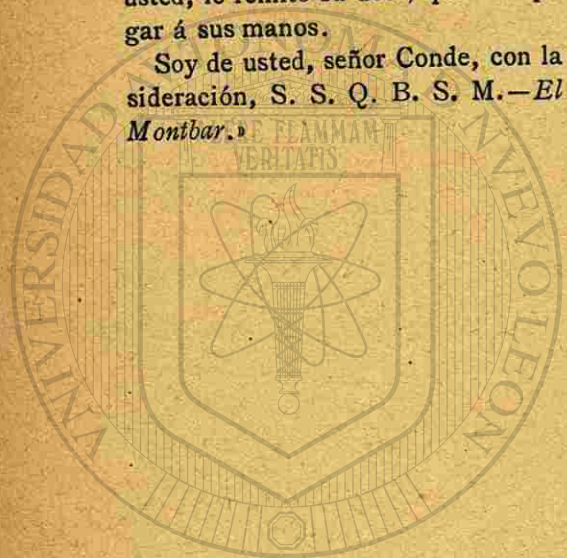
En el barrio eran conocidas por Mr. y Madame Lawrence; esposos dotados de una belleza poco común, que parecían melancólicos, y que huían en lo posible, y sin afectación, de ser vistos y de tratar con las gentes.

Alabábase mucho en el barrio la belleza delicada, pura y aristocrática de Mme. de Lawrence, española de nación, según había dicho su nodriza, vieja habladora, pero que sólo decía lo que no importaba mucho que se supiera.

En la noche de que vamos hablando, los llamados esposos se hallaban en un lindo saloncito, bien alumbrado por una lámpara que pendía del techo, por dos candelabros con bujías colocados

lado. Puesto que usted debe saber dónde se halla, y conociendo desde largo tiempo la hidalguía de usted, le remito su dote, que le suplico haga llegar á sus manos.

Soy de usted, señor Conde, con la mayor consideración, S. S. Q. B. S. M.—*El Marqués de Montbar.*



## XX

Como unos quince meses después de los sucesos que acabamos de referir, y en una helada noche de invierno, una escena muy triste tenía lugar en una linda casita situada en la calle de Babilonia, de París.

La entrada era por el jardín, en cuyo centro se veía un pabellón que servía de vivienda á dos personas y su servidumbre.

En el barrio eran conocidas por Mr. y Madame Lawrence; esposos dotados de una belleza poco común, que parecían melancólicos, y que huían en lo posible, y sin afectación, de ser vistos y de tratar con las gentes.

Alabábase mucho en el barrio la belleza delicada, pura y aristocrática de Mme. de Lawrence, española de nación, según había dicho su nodriza, vieja habladora, pero que sólo decía lo que no importaba mucho que se supiera.

En la noche de que vamos hablando, los llamados esposos se hallaban en un lindo saloncito, bien alumbrado por una lámpara que pendía del techo, por dos candelabros con bujías colocados



sobre la chimenea, y por un quinqué que sostenía un velador del Japón.

Al lado de este velador estaba sentada la joven española, con un bordado en la mano, en el que no trabajaba.

Era, efectivamente, muy hermosa. Su alta estatura, esbelta y elegante, tenía proporciones llenas de gracia y delicadeza; su rostro, sentimental, era de una belleza angélica; sus cabellos, de un castaño claro y brillante, caían en gruesos bucles por su frente y espalda, y hacían parecer más hechiceros sus ojos negros; sin embargo, en aquel divino rostro, tan perfecto y tan puro, se hallaban dibujados á la vez una enfermedad mortal y un desaliento terrible.

Cerca de ella, dormitaba en un sillón un caballero joven y de una belleza varonil y triste á la vez.

Sobre el velador había un té servido para dos personas.

La joven, pues contaba poco más de veintitrés años, miraba, ya al té que se enfriaba, ya á su compañero; la expresión tímida de su rostro decía que no se atrevía á despertarle: dos veces se levantó y se dirigió hacia él, y otras dos volvió á sentarse sin haberle llamado.

Por fin, sin dejar su asiento, dijo con voz dulce:

—¡Edmundo!

El que dormitaba alzó la cabeza.

—¿Qué quieres?—contestó.

—El té se enfría.

—¡Y bien! ¡Tómale tú! ¡No quiero té!

La joven enjugó una lágrima.

—¡Siempre llanto!—dijo Mr. de Valence, levantándose y paseándose con violencia.—¡Siempre quejas! ¡Cristina, es preciso concluir!

—¿A caso me quejo yo?—preguntó la Marquesa, haciendo esfuerzos para sonreír.

—Soy yo el que se queja. Desde que murió mi padre, echo de menos una familia, un objeto, algo que me saque de esta perpetua soledad, de este aislamiento que me hastía y me consume.

—Yo he dejado por tí á todos los míos—observó la Marquesa con amargura;—he dejado mi rango, mis amigos, mi esposo, ¡un hombre tan bueno para mí!

—No te exigí yo semejantes sacrificios,—dijo el Marqués.

—Y, sin embargo, los aceptaste.

—¡Siempre lo mismo!—exclamó Mr. de Valence colérico.—¡Siempre quejas, siempre lágrimas! ¡Preciso es que acabemos de una vez, Cristina!

—¿Es á eso á lo que querías venir á parar?—exclamó la Marquesa.—¿Y qué, no hay más que seducir, que perder á una mujer honrada, para decirle el día en que el hastío reemplaza al amor: «es preciso acabar?» ¿Crees que no has contraído conmigo ninguna obligación? ¿Qué será ahora

de mí? ¡Mi dote se ha empleado en pagar tus deudas! Nada me has dejado para poder atender á mi subsistencia. ¡Acaso amas á otra mujer... y á mí no me queda más recurso que el suicidio!... ¡Y, sin embargo, yo te amo todavía!... ¡Oh, vergüenza!... ¡Oh, desesperación!

—Vamos, cálmate, Cristina—repuso Mr. de Valence, sentándose al lado de la Marquesa;—cálmate y hablemos. Ya sabes que á la muerte de mi padre, mi hermano heredó su título y yo el que éste llevaba; desde entonces echo de menos á mis amigos, mi casa, mi familia. En tanto que vivió mi padre, su inmensa ternura para mí lo iluminaba todo; pero desde hace diez meses que él falta todo lo veo obscuro y triste, y he comprendido, por fin, que sólo un amor puro y legítimo puede llenar el amargo vacío que su pérdida ha dejado en torno mío. Mi hermano tiene esposa y dos hermosos hijos: yo le envidio; en una palabra, el cansancio y el deseo de familia y de hogar han muerto la pasión que me inspiraste, Cristina. No sé mentir: yo no puedo ser tu amante, pero siempre seré para tí el mejor amigo; tengo treinta años, y la razón ha llegado sin que yo la llamase.

—¿Es decir, caballero—observó Cristina, cuyo cuerpo temblaba y cuyo rostro estaba pálido como las hojas de una azucena,—que cuando usted se iba y me dejaba sola horas enteras era ya para buscar esa esposa honrada y pura que ahora,

marchito ya y cansado de todo, viejo á los treinta años, le exige la conveniencia?

—Sí, Cristina,—respondió Valence.

—¿Y... la ha encontrado usted?

—Sí.

—¿De modo que está usted decidido á que todo se acabe entre nosotros?

—No puede ser de otro modo.

—¡Oh, infeliz de mí—exclamó la Marquesa alzando al cielo sus ojos y sus manos unidas.—¿Qué he hecho? ¿Qué hombre es éste al que he fiado lo que tenía más caro en el mundo, que me ha costado el aprecio y consideración de todos y de mí misma, que me ha costado la vida de mi padre?

—Has hecho lo que hacen tantas otras mujeres en tu lugar, Cristina—respondió el Vizconde, prosiguiendo con fría y calculada obstinación la idea de su rompimiento;—has sacrificado á una quimera la felicidad real y positiva de tu vida; en cuanto á mí, soy un hombre como todos los demás. La debilidad vuestra es el origen de nuestras victorias; pero no hablemos más de esto, es tarde y necesitas descansar; tranquilízate y acostúmbrate á la idea de nuestra separación.

—¡No, no!—exclamó la Marquesa levantándose.—¡Esa separación es imposible! ¡No se abandona de ese modo á una pobre mujer sin recursos, sin amigos, sin apoyo de ningún género!

¡No, caballero: usted no puede abandonarme tan cobarde y cruelmente!

El Vizconde agitó el cordón de la campanilla; en tanto que se presentaba el criado, se acercó á Cristina.

—Señora—le dijo,—hace dos días he solicitado la mano de una joven, tan ilustre por su cuna como adorable por su belleza y su virtud; además, es muy rica... y me la han concedido.

Y volviéndose al criado, añadió:

—Pon luz en mi cuarto.

Cristina no respondió ni una sola palabra: el golpe la había anonadado.

—Buenas noches, señora—dijo Valence;—mañana es forzoso que yo deje esta casa para no volver.

El Vizconde desapareció dichas estas palabras, y la Marquesa exhaló un grito ronco, dejándose caer en un sillón.

Un segundo después se abrió de nuevo la puerta del salón, y dió paso á Agueda, que venía cautelosa, pero precipitadamente.

—¡Señora, señora, tengo una cosa para usted!—dijo á la Marquesa.—¡Mire usted, una cartal!

La Marquesa alzó la cabeza con un movimiento maquinal.

—Aquí está—prosiguió Agueda, sacándola de su bolsillo;—se la ha dado á Benito un señor alto, que dice que tiene el pelo blanco, aunque es joven todavía.

Cristina tomó la carta con desmayada mano; pero así que vió el sobre, dejó escapar un grito: había reconocido la letra de su marido.

—¡Es muy justo!—murmuró.—Estará llena de reproches, y me dirá que lo que me sucede es el castigo de mis faltas. El no me ha perdido de vista, estoy segura de ello, y sabrá hasta qué extremo soy infeliz; no importa: apuremos hasta el fin este amargo cáliz... y después... después... iré á buscar el remedio supremo.

Abrió la carta y leyó lo que sigue:

«Te he seguido paso á paso, Cristina, y conozco hasta dónde llega hoy tu desgracia; sé que ese hombre, en pago de tu amor, te ha empobrecido, te ha sido infiel por mil miserables caprichos, y por fin te va á abandonar cobardemente, porque va á casarse con otra. Pues bien: yo, en pago del amor que un día me tuviste, te ofrezco de nuevo mi casa, mi completo perdón, el olvido de todo lo pasado y la amistad más tierna y sincera. No te haré vivir en París, donde todos saben lo que ha sucedido: te llevaré al pobre castillejo de Bretaña, donde eras tan amada, y los honrados pescadores, á quienes socorrías, no te pedirán cuenta de tu pasado, ni se acordarán más que de tus beneficios. Cuando la calma haya vuelto á tu corazón, nos iremos á un país extranjero, donde todo sea nuevo para tí. Mi vida está vacía y triste desde que te perdí: vuelve á llenarla con tu amistad y con tu grata compañía.»

Cuando acabes de leer esta carta estaré cerca de tí, y mi brazo, fuerte para defenderte, te prestará su apoyo para devolverte la libertad.—  
*Forge.*

La Marquesa había leído las primeras líneas de esta carta con el acento monotonó y gutural de la sonámbula; luego los sollozos llegaron á sus labios, y su llanto fué tan copioso que hubo de interrumpirse varias veces. Cuando acabó, exclamó alzando las manos al cielo:

—¡Ese hombre es un héroe ó un santo!

—Es un hombre que ha aprendido en la ley de Jesucristo á perdonar—dijo á su derecha la voz del Marqués de Montbar, que había entrado mientras su esposa leía.—Salgamos de aquí—añadió presentándole el brazo;—y tú, Agueda, síguenos.

Cristina se apoyó desfallecida en aquel noble brazo; apenas podía andar, y el Marqués la sentía temblar con los sacudimientos de la fiebre que la devoraba.

Al pasar por el recibimiento, una puerta se abrió y una cabeza curiosa asomó por ella.

Era la del Vizconde, avisado sin duda por alguno de sus criados de lo que pasaba.

El Marqués se detuvo enfrente de aquella puerta, y sin soltar el brazo de la mujer, alzó los ojos y miró con toda la majestad de la virtud al vil seductor. Este se inclinó con profunda humildad y extremado sonrojo ante el marido ultrajado, ante

el generoso protector de la debilidad y de la desgracia.

El Marqués pasó sin decir una sola palabra, y salió lentamente con su mujer, seguido de Agueda, que iba loca de alegría y á la vez enjugándose las lágrimas de admiración que le causaba la conducta de su señor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## XXI

La paz y la felicidad habían vuelto á residir, al parecer, en el castillo señorial de los Marqueses de Montbar, situado á orillas del mar.

Los aldeanos tenían cada sábado su socorro de carne, arroz y dinero. El hospital estaba esperando con sus blancos lechos á los enfermos. La escuela recibía á los niños cada mañana para enseñarles á conocer y amar á Dios. En las ventanas del castillo había flores, y las camareras iban y venían coquetamente vestidas; pero la señora de todo aquello, la autora de tantos beneficios, se moría.

Tranquila, llena de ternura para su marido y de dulzura y afabilidad para todos, Cristina de Montbar bajaba á la tumba con paso rápido y seguro.

Desde que su esposo la había redimido de la penosa esclavitud de sus faltas, todos los instantes de su vida, todas sus acciones, todas sus palabras habían estado dedicados á probarle su sumisión y su gratitud.

Había en ella una ciega y entusiasta adoración por aquel hombre, tan grande á sus ojos y á

quien no se creía digna de mirar; y ¡cosa extrañal un amor profundo, el más intenso y el único verdadero de su vida, había brotado en su alma hacia él desde su último y generoso perdón.

La primera afición que le había inspirado había sido la afición romántica de una niña soñadora; su amor por Mr. de Valence, un engaño de su propio corazón; pero el amor que ahora sentía por su marido era una pasión intensa.

Y, sin embargo, el pasado se abría como una insondable sima entre los dos; el amor, si volvía con sus dulces y castas ilusiones, debía tardar mucho en llegar al ulcerado corazón del Marqués, y el sepulcro reclamaba su presa.

Era una noche de Septiembre, calurosa y perfumada; la luna lucía como un blanco fanal en el cielo; en una barca, conducida por dos remeros, iban dos personas: un hombre y una mujer.

Ella estaba vestida de blanco, y espesas trenzas de cabellos bajaban hasta cerca de sus rodillas; aquella hermosa cabellera fatigaba, sin duda, con su peso su dolorida cabeza, y la había desprendido dejándola suelta.

El caballero que se veía á su lado era alto y robusto: á pesar de ser joven, sus cabellos estaban casi del todo blancos; en sus facciones había una gran belleza, unida á una gran distinción; pero se conocía que hondos pesares habían azotado su vida.

—¿Te sientes mejor, Cristina?—preguntó, to-

mando la mano de su mujer, pues ya habrán conocido nuestros lectores al Marqués de Montbar.  
—¿Estás más aliviada?

—No—respondió la Marquesa:—siento el pecho cada vez más oprimido. ¿Por qué he de engañarte, Jorge? Pronto te dejaré.

Ambos hablaban en español, lengua nativa de la Marquesa, y que los remeros no entendían.

El Marqués inclinó la cabeza con un abatimiento profundo, y nada respondió: su corazón le anunciaba la horrible pérdida.

—No podía ser de otro modo—prosiguió Cristina.—Las violentas sacudidas que he sufrido han ido gastando poco á poco los resortes de mi vida, muy frágiles ya: la muerte de mi padre, á quien amaba, y de la cual fuí la causa, principió esta obra de destrucción; y luego, al leer en tu noble rostro lo que te he hecho sufrir, al pensar que te he arrebatado una hija, el reposo, el bienestar, mi corazón se oprime, como si una mano de hierro le aniquilase, ¡y siento que voy á morir!

—¿No abandonarás nunca esas lúgubres ideas, mi pobre Cristina?—exclamó el Marqués.—Mi hija está en el cielo, y allí es feliz; mi presente y mi porvenir lo constituyes tú, y nada de lo que he abandonado á esa sociedad, que conozco demasiado, echo de menos. ¡Tú solamente me haces falta! ¡Vive para mí!

—¡Qué distinto tiempo era aquél en que vine aquí por vez primera!—murmuró Cristina,—

¡y cómo, al compararle con éste, siento que mi corazón se deshace con lágrimas de sangre! Entonces, ¡qué inocente era yo y qué dichosa! Hoy, ¡qué culpable y qué desgraciada! La sombra de mi padre me persigue sin descanso, y me grita sin cesar: «¡Adúltera! ¿Qué has hecho de mi nombre, que tan limpio llevó tu madre?»

La Marquesa extendió las manos delante de sus ojos, como tratando de apartar una terrible visión, y guardó algunos instantes de silencio.

Su marido procuró calmarla, murmurando á su oído frases llenas de consuelo y de dulzura.

Pasado aquel paroxismo nervioso, prosiguió la Marquesa:

—Cuando me ví tan cobardemente abandonada por el hombre causa de mi primera falta, quise buscar la muerte, ¡sí! A no haberte hallado al lado mío en la noche que me sacaste de la casa de la calle de Babilonia, hubiera buscado mi reposo en las aguas del Sena; pero tú me salvaste, y á tu amor sublime debo la última de las felicidades de la vida: la de poder morir como una cristiana.

—Volvamos á casa—dijo el Marqués:—estás helada; tu pecho se debilita; volvamos para que reposes.

La barca fué conducida al pie del castillo, y el Marqués llevó en sus brazos á su esposa hasta su cámara, pues ya no podía andar.

El capellán y el médico del castillo acudieron presurosos.

Cristina se acostó, ayudada de sus doncellas, y pidió que la dejaran sola con el sacerdote.

El Marqués se llevó al médico hacia el hueco de la ventana.

—¿Se va, es cierto?—le preguntó, con voz que temblaba.

—Sí, señor—repuso el facultativo:—no vivirá dos horas. Valor, señor Marqués.

—Ya sabía que iba á dejarme—murmuró Mr. de Montbar;—¡pero no que fuese tan pronto!

—Su exquisita y delicada naturaleza—dijo el doctor—no podía soportar fuertes emociones, y sin duda la han agitado algunas muy violentas y la han llevado á una rápida consunción.

—La enferma llama al señor Marqués,—dijo el sacerdote.

Mr. de Montbar se dirigió á la alcoba y se sentó á la cabecera de la cama.

—¡Jorgel!—le dijo Cristina,—no me dejes ya: quiero morir apoyada en tu hombro... Sólo á tí he amado sobre la tierra, y llevo á la tumba el terrible dolor de no poderte pagar tu clemencia infinita, tu ternura para mí... Quiero dormir en el alegre cementerio de ese pueblecillo situado á las orillas del mar, entre las pobres sepulturas de los marineros: alguna vez ve á rezar por mi alma, que expiará sus culpas en el Purgatorio... Después tengo esperanzas de subir al lado de Julia,

que ya me recibirá como á una amiga. ¡Jorge, adiós!... ¡adiós, esposo mío!

Cristina apoyó sus labios en la mejilla del Marqués, y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

Sólo hace algunos años que tuvo lugar la triste historia aquí consignada. Aún se ve, en un pueblecillo de la Bretaña, un alegre cementerio, y en él una modesta tumba, que tiene escrito el nombre de *Cristina, Marquesa de Montbar*. Cada tarde, al caer el sol, se ve arrodillado junto á la losa á un hombre de edad madura, cuyos cabellos están blancos como la nieve.

Reza y llora durante largo rato, y después entra en un antiguo castillo que se eleva á la espalda del pueblo, y cuyo pie besan las saladas olas.

Es el Marqués de Montbar, que no ha vuelto á París ni se ha separado de la tumba de Cristina.

La Princesa se ha dedicado á la devoción.

Su hija Diana, tan bien organizada para ser dichosa, lo es, en efecto, al lado de su esposo, el grave Arturo, y es, además, madre de cinco niños.

Edmundo de Valence disfruta en paz de su título de Vizconde y de la compañía de una mujer demasiado coqueta para ser virtuosa, demasiado frívola para amarle; pero es muy rica, y el orgu-

lloso caballero ha podido reponer la brecha que sus desórdenes, después de consumir el dote de la Marquesa, abrieron en su fortuna.

Diana y su madre hablan algunas veces de Cristina y lloran al recordarla: ambas la amaban verdaderamente; pero ninguna de las dos la amó lo bastante para tenderle una mano salvadora.

—Líbrate, hija mía, de caer en la *primera falta*—dice la Princesa á Diana,—porque ésta conduce á otras muchas. La primera falta atrajo á la pobre Cristina el desprecio del mundo, le arrebató su padre y la empujó al abismo, donde halló la muerte y la desesperación; sólo conoció una dicha: la de tener por esposo al hombre más grande de la tierra, al más noble, al más heroico, pues supo perdonárselo todo, á imitación del dulce, del santo, del divino Maestro.

FIN





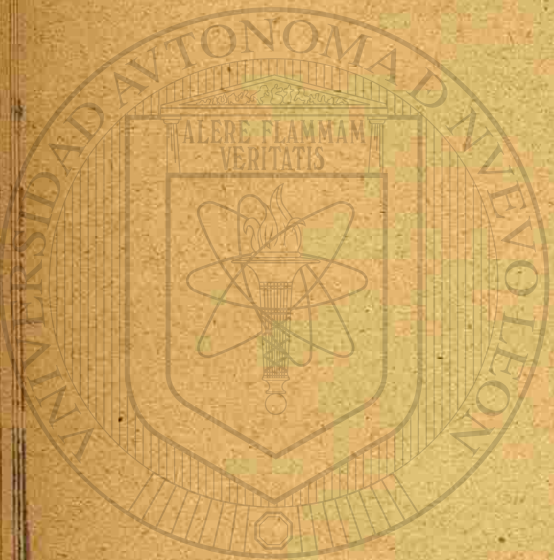
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## INDICE

	Páginas.
I. . . . .	1
II. . . . .	19
III. . . . .	35
IV. . . . .	47
V. . . . .	53
VI. . . . .	65
VII. . . . .	79
VIII. . . . .	87
IX. . . . .	95
X. . . . .	99
XI. . . . .	107
XII. . . . .	115
XIII. . . . .	123
XIV. . . . .	129
XV. . . . .	133
XVI. . . . .	141
XVII. . . . .	151
XVIII. . . . .	165
XIX. . . . .	173
XX. . . . .	181
XXI. . . . .	191





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE  
BUARAMANGA  
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECA

BUARAMANGA